



Herencias colaterales

LLORT



ALREVÉS
NOVELA NEGRA

HERENCIAS COLATERALES

LLORT

ALREVÉS
BARCELONA-2019

Primera edición: noviembre del 2019

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© 2019, Lluís Llord
© de la presente edición, 2019, Editorial Alrevés, S.L.

ISBN:978-84-17847-32-6
Código IBIC: FF
Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Lluís Llord (1966) trabaja en prensa desde 1986, los últimos veinte años como periodista de temas literarios.

Desde 1999 ha publicado doce novelas, quince títulos infantiles y ha participado en una decena de libros colectivos. También ha sido guionista de un par de *sitcom* televisivas.

El abogado Ernest Claramunt ha llegado a un acuerdo con la anciana Francesca Puigmajor: a cambio de pagarle una pensión mensual vitalicia, el magnífico piso de la mujer en el centro de Barcelona pasará a ser de su propiedad. Francesca tiene ochenta años. El negocio es seguro; rentable lo dirá el tiempo. Lo malo es que no todo el mundo respeta las leyes, ni siquiera las relativas a la esperanza de vida, y que el pasado nos puede explotar en la cara en forma de herencia colateral.

Una obra de ritmo ágil, diálogos fluidos, humor negro, giros argumentales imprevisibles y una protagonista principal que deja huella.

«Para conseguir sorprender al lector en cada página, el autor tiene que arriesgarse. Lloret se arriesga de manera temeraria.

Y sale airoso de la aventura.»

Andreu Martín

HERENCIAS COLATERALES

,

EL APRENDIZ Y LA VIEJA

Suena el timbre. Una llamada corta. La mujer no piensa ir a abrir. Continúa ajetreada en la cocina. Vuelven a llamar. Esta vez el timbrado se alarga un poco. Secándose las manos con el delantal, va hacia la puerta del piso. La abre un par de palmos y la frena con el pie izquierdo, con una prevención moderada. Fuera hay un joven que carga una pequeña bolsa de deporte.

—¿Qué quiere?

—Buenos días, vengo del gas.

—Ya hicieron la revisión hace pocos meses.

—Esta es otra, señora, han cambiado la normativa y debo revisar su instalación. —El joven le muestra un carné tal como un policía de telefilm enseñaría las credenciales, un visto y no visto.

—Lárgate ahora mismo o llamo a la policía... ¡Estafador!

La mujer cierra la puerta con una contundencia innecesaria. Con el portazo quiere evidenciar el rechazo hacia el chico y demostrar que ella domina la situación. Esa es su casa.

El joven, sin moverse de donde está, se concentra en aminorar los latidos del corazón, de intensidad y de frecuencia. No le gusta este trabajo, pero es lo único que ha conseguido después de una travesía de diecinueve meses de paro, de la que ha salido vivo, endeudado, pero vivo. Esta es la quinta semana dedicada a las revisiones del gas. Aprende deprisa, le dicen. Están contentos con él. Los mismos que le prestaron dinero le han propuesto entrar en el negocio. Son unos aprovechados, seguro, pero a la vez buena gente, ha pensado el muchacho últimamente, para convencerse.

Empieza a bajar hacia el rellano siguiente, poco a poco, recomponiendo una sonrisa que pretende ser profesional. La escalera está bien iluminada gracias a la luz que llega por la claraboya, decorada con cristales de colores de formas geométricas. La mujer no era lo bastante vieja. Con las personas mayores suele ser más sencillo. Ahora, sin embargo, también empiezan a estar en guardia permanente, no se fían de nadie, se comportan como robots, solo saben repetir «no, no quiero nada, ya me hicieron la revisión, vete, vete, vete o». Las puertas han pasado de frías a heladas. Ding-dong, ding-dong. Oye subir el ascensor de madera, lento y enjaulado en una red de alambres rizados. Pasa de largo de la planta en la que él espera. Evita mirar quién va dentro. Evita, de hecho, que quien va dentro le vea la cara.

Es una escalera noble de la zona noble de la ciudad noble. Conjugado con un nostálgico pretérito pluscuamperfecto, «que había sido noble» durante los últimos ciento cincuenta años. Ahora todo chirría como aquel ascensor, muy singular, pero armado de pocos argumentos más a favor. Barcelona sustenta los abundantes puntos turísticos con el círculo cerrado que describe el dinero de los visitantes, pero el resto de la ciudad se desmorona progresivamente. Lo que hace

unos años era solo insinuado, manchas de humedad y pintura desconchada, la recesión económica de estos últimos tiempos lo ha transformado en evidente: grietas tan profundas que hacen peligrar la estructura de la urbe. En innegable, para los partidos de la oposición del ayuntamiento y de la Generalitat. La periferia urbana, tradicionalmente, siempre ha ido limitada de recursos, pero el efecto, similar al de unas gotas de café invadiendo un terrón de azúcar, nunca como ahora se había acercado al Eixample.

Nadie responde en ninguno de los dos pisos de la planta. ¿En esa escalera no vive nadie o qué? No es extraño que le haya costado tan poco entrar en el inmueble. En general son puertas francas. En las semanas que hace que se dedica, solo se ha enfrentado a tres ejemplares de porteros que se creían la ley y el orden, de esos que prácticamente cachean a quien pretende acceder a *su* edificio. Los porteros de escalera de vecinos, cada vez más escasos incluso en el Eixample, están escondidos en la garita, o demasiado esforzados leyendo la prensa deportiva o la del corazón para pedir con un mínimo interés el origen, el destino, la identidad y las intenciones de quien quiere acceder a la finca. Son las grandes preguntas que la humanidad se plantea desde hace miles de años: de dónde venimos, adónde vamos, quiénes somos y qué hacemos en este mundo. Tal vez la distancia que separa a los filósofos y a los porteros es menor de lo que podría parecer.

El revisor del gas desciende otra planta, hasta el principal. Cada vez le cuesta menos reponerse tras un chasco, una amenaza, un portazo en las narices. Aprende deprisa, le dicen. Y él quiere devolver las alabanzas con un gran lazo. Ha llegado el momento de sorprender a los que le dieron el trabajo, conseguir una visita sonada para ganarse totalmente su confianza; una anécdota de esas que después pueda explicar muchas veces, riendo, añadiendo detalles inventados, convirtiéndola en legendaria. Riiing. Silencio. Tan abajo de la escalera hay menos claridad, pero a esa hora del mediodía todavía es un espacio bastante iluminado. Cuando está a punto de probar en la puerta de enfrente, oye unos ruidos amortiguados por la gruesa puerta de madera maciza, llena de ornamentos vegetales tallados en la superficie y de adornos de latón que no volverán a brillar como antaño. Abren.

Lo primero que se escapa de ese piso es un hálito lento, el típico de piso poco y mal ventilado, piso de viejo. Percibe unas notas de otro hedor que no consigue identificar. Sí, parece de perro, perro viejo, con la piel reseca y estampada de costras. O eso, o quizá sí que deben de tener problemas en la instalación del gas. Sonríe. Cuando la vista se le adapta un poco a la penumbra que señorea el recibidor, cree distinguir a una persona sentada en una silla de ruedas.

—Buenos días. ¿Cómo vamos? —«En silla de ruedas», podrían responder.

—¿Qué quiere?

—Vengo a hacer la revisión del gas.

—...

—Si me deja pasar, en pocos minutos terminaré.

La mujer —porque aquella voz, que, más que rota, tiene las cuerdas deshilachadas, es femenina— intenta cerrar, pero él consigue entrar en el piso, escurriéndose de manera felina, tras empujar con suavidad la gran puerta y, al mismo tiempo, retirar un palmo la silla de ruedas y la ligera carga que transporta. La mujer, con la mano derecha, maneja el mando del motor de la silla y se aleja del joven un par de metros, dando marcha atrás. Todo está tan oscuro que él percibe el movimiento gracias al piloto rojo del mando. A medida que las pupilas se dilatan van apareciendo algunos muebles —dos sillas y una cómoda baja, de recibidor— y objetos —un jarrón sin flores y

quizá una bandeja para las llaves, sobre el mueble, y un espejo y un par de cuadros en las paredes — y distingue que la mujer está muy arrugada, consumida. Es muy vieja. Perfecto.

Le enseña el carné que lo acredita como operario de una empresa de mantenimiento de gas y electricidad. Es imposible que la vieja vea nada si no es con la ayuda de un dispositivo de visión nocturna, como los soldados de película.

—¿Puedo encender la luz, señora?

—Ya está encendida. —El tono suena más ofendido que temeroso.

Él mira hacia el techo y, efectivamente, hay una lámpara de araña, desvencijada, que mantiene encendidas dos de las seis bombillas originales, de esas con forma de llama y que, con un esfuerzo aparente, esparcen impulsos amarillos, intermitencias débiles.

—Si quiere, y tiene bombillas nuevas y una escalera, cuando termine la revisión se las puedo cambiar en un momento. Gratis.

Intenta ser agradable, lo que en un porcentaje alto de las visitas consigue. Aquella señora no parece fácil de persuadir. Seguro que es muy vieja, por el aspecto momificado, pero no parece senil, como bastantes de los ancianos con los que ha tratado durante estas semanas. O, si se le va la olla, no es lo bastante grave para que resulte evidente en tan poco tiempo. Como si le leyera el pensamiento, le comenta:

—He abierto porque pensaba que era otra persona... Si no, no habría abierto.

—Y hace muy bien, señora, porque en los tiempos que vivimos... —Deja un margen por si ella se añade a la protesta vaga, pero se limita a mirarlo, enfurruñada—. Cada día, los clientes me cuentan casos de asaltos, de estafas, en fin, de problemas de todo tipo. Si es que no sé dónde iremos a parar... —Mira alrededor, valorando el espacio y las sensaciones que puede captar—. Pero, ya que estamos, ¿verdad que me dejará hacer mi trabajo? Será un pim pam. He desayunado temprano y empiezo a tener hambre... Casi ya es hora de comer. A ver, ¿dónde tiene el calentador?

La técnica del charlatán es sencilla, basta trenzar con una parte mínima del cerebro frases banales y tópicos diversos y, con el resto, analizar todas las variables de riesgo, por un lado, y las posibilidades de negocio, por el otro.

Empieza a recorrer un pasillo largo y, naturalmente, oscuro. Mientras avanza, cuenta diversas puertas de habitaciones —seis, cerradas— y percibe cómo se amplía la gama de malos olores, el mínimo rumor que llega de la calle y, aunque más suave, el zumbido del motor de la silla de ruedas que la vieja conduce, siguiéndolo.

—¿Dónde está, en la cocina o en el exterior?

—Joven, haga el favor de irse. No se aproveche de mi discapacidad.

El muchacho se detiene a medio pasillo y se gira hacia la mujer, que no frena a tiempo y choca contra las piernas del operario con sus pies inmóviles, enfundados en unas zapatillas negras aparentemente demasiado grandes. No se han hecho daño. Con la mínima ayuda del contraluz que genera la claridad que se cuela por la puerta del piso todavía abierta, al chico le parece interpretar en la vieja una expresión de disculpa, aunque no diga nada.

—Un momento, señora. ¿Qué quiere decir con que me aprovecho? ¿Quiere que le diga cuál es la parte más desagradable de mi oficio? Tener que perder tanto tiempo demostrando que soy un trabajador legal, de una empresa legal y que desempeño una función mucho más necesaria de lo que parece. ¿Sabe cuántas explosiones hay cada año por culpa de un mal mantenimiento de la

instalación del gas? Va, diga, diga...

—...

—Decenas y, en muchos casos, con víctimas mortales. Yo no le vendo aparatos milagrosos para calmar el dolor, ni seguros, ni líneas telefónicas. Yo me limito a hacer las revisiones que, por ley, corresponde hacer. Nada más. Y, sobre todo, sobre todo, por su seguridad y la de sus vecinos.

Se calla, satisfecho de la improvisación. Espera la reacción que seguro que habrá.

—Si hay que pagar, no tengo dinero.

El tono, aunque se mantiene bastante firme, se ha vuelto algo menos seco. Es evidente, este muchacho aprende deprisa, improvisa bien, cataloga con mucha aproximación la psicología de los viejos y localiza los puntos débiles, la brecha en la coraza por donde acceder a su confianza.

—Usted insiste en desconfiar, ¿eh?... —Mira hacia el recibidor—. Y, en cambio, deja la puerta abierta. —Pasa junto a ella, llega al recibidor y cierra la puerta del piso empujándola con suavidad con el pie derecho—. Si no tiene dinero en efectivo, se lo puedo cobrar con tarjeta de crédito, y como me dirá que no tiene, me puede dar el número de cuenta del banco y ya se lo cobrarán. —Vuelve a pasar junto a ella mientras charla; se le planta delante y se acuclilla un poco para quedar a su altura y que no lo perciba como una amenaza; lo aprendió en la tele, en un programa de adiestramiento de perros, y parece mentira lo bien que funciona con los viejos—. Mi sueldo no depende de eso. A mí me pagan igual, tanto si usted abona el coste de la revisión ahora como dentro de un mes. —Ella no dice nada y le aguanta la mirada sin esfuerzo—. ¿Me permite que me ponga manos a la obra de una vez? —No espera respuesta—. ¿Dónde está el calentador?

La mujer duda unos instantes, pero le indica con un movimiento de la cabeza, breve y silencioso, que siga recto.

—Antes de llegar al final, a mano derecha, está la cocina. Pero todo funciona bien.

Tras decirlo, enciende la luz del pasillo, dos apliques de latón, con arabescos de estilo modernista, a unos diez o doce metros de distancia el uno del otro, con dos grandes tulipas de cristal cada uno, que vierten una luz menos amarillenta y más potente que la del recibidor. Él se gira sonriendo para agradecerle la deferencia y avanza con paso seguro, intentando deducir cuál de esas puertas debe de ser la del dormitorio de la vieja. No es su estilo, no suele robar, más allá de la factura fraudulenta que muchas veces consigue cobrar a cambio de la revisión falsa. Y las cobra a base de labia y simpatía o, cuando eso no funciona, con amenazas veladas, o incluso, alguna vez, poniéndose agresivo, cuando le parece que de esa manera la vieja o el viejo de turno soltarán el dinero. Varía y perfecciona las técnicas de presión con facilidad. Aprende deprisa, le dicen. Todos aseguran que en casa no tienen dinero y todos tienen un rincón de los de por si acaso; ni bajo una baldosa ni bajo el colchón, a menudo dentro de una caja de puros, de madera, todavía aromatizada por el tabaco que un día contuvo, oculta en el cajón de la ropa interior. Y todos son unos cagados. Unos robots y unos cagados. Si sabes cómo presionarlos, se dejan embaucar. El problema son los hijos y los nietos dependientes. Porque últimamente los pensionistas se han convertido en el pilar económico de la sociedad. La veneración por los ancianos que se profesaba en la antigua Grecia o, más acá en el tiempo, en Japón y otras culturas, también se practica, pero no por reverenciar la senectud y la sabiduría que aporta la experiencia; no, los viejos solo serían un estorbo que estrangula a los jóvenes con la cuerda gruesa de los impuestos si no fuera por sus cuentas corrientes, periódicamente saqueadas, precisamente, por los miembros jóvenes de cada familia. Son la anomalía, sin corrección posible, de mantener una estructura demográfica de pirámide invertida: hay muchos más viejos que jóvenes. Para que se

mantenga el equilibrio de esta sociedad, esta pirámide invertida debería rodar a gran velocidad, como una peonza; pero ahora se ha frenado casi por completo y la inercia milenaria del planeta girando en el espacio no es suficiente ni para mantener en pie la metáfora.

—¿Vive sola?

—...

—Un piso tan grande le debe de dar mucho trabajo... ¿Tiene hijos?... ¿Nietos?

El falso revisor entra en la cocina, sucia y oscura, tal como esperaba. Se acerca al calentador, pero no piensa tocarlo: está tan mugriento que dejaría unas huellas impecables y en 3D; aún más, se quedaría pegado y tendrían que llamar a los bomberos para librarlo de aquella trampa adhesiva.

—¿Cómo se llama, señora?

—No le importa, cómo me llamo.

—¡Por supuesto que sí! —sonríe, mientras saca de la bolsa una carpeta con hojas de facturación—. Primero tengo que rellenar el impreso de mantenimiento y la factura.

—Ya ha visto el calentador. ¿Está mal? ¿No? Pues largo.

—¿No nota el pestazo a gas que hay aquí?

—No.

—Pues, señora... como se llame, tiene que ir al médico, porque huele mal en todo el piso.

—Mire, joven, ya he oído suficiente. Le aconsejo que se marche.

—Yo tengo que hacer mi trabajo. Además, tengo hambre.

—Sí, ya me lo ha dicho. Supongo que no pretende que le invite a un tentempié, ¿no?

Él ríe, sinceramente sorprendido. Aquella vieja le planta cara con una dignidad que lo estimula. Deberá esforzarse aún más si quiere sacar algo de valor de ese piso. Ella no ha mirado el carné, como suele ocurrir. Tampoco lo podía leer. Es falso, pero el nombre que aparece es el suyo, el real, porque a veces, si intuye que le puede ser de ayuda, también muestra el DNI. El de verdad. Por lo tanto, la vieja solo podría dar una descripción física y él es un joven vulgar, cosa que fomenta evitando tatuajes, gafas, pendientes, barbas... No tiene ningún rasgo distintivo concreto.

La vieja no se dejará engañar. Le ha abierto por error, ha confesado. Si espera a alguien, no le sobra el tiempo. Deberá aprovechar las limitaciones de movimiento de esa mujer y ser rápido y limpio. Cambio de táctica.

—No me invite a comer, pero, por favor, déjeme ir al baño... ¿Qué puerta es?

Da unos saltitos simulando que se mea, quizá algo excesivos. Ella desplaza un palmo la silla para bloquear la salida de la cocina. Tendrá que saltar por encima de ella, le está dando a entender, retándolo con la mirada. «Por encima de mi cadáver.» Esa vieja es una especie de examen final del buen estafador, se las sabe todas. Detiene el baile y se acerca a ella, decidido. Empieza a temerse. Se dirige a la acción directa. Nota que está pisando la grava del camino que lo conduce más allá de la frontera de lo razonable. Soltará la mala leche que acumula día a día. Aprende rápido, sí, pero porque todo va deprisa y él ya está quemado. La acumulación de bilis no empezó con la complejidad, y a menudo con el fracaso, de estos pequeños timos. Viene de más lejos: del barrio, de la familia, de las limitaciones permanentes, del rechazo y de las pocas posibilidades de mejora, de la desoladora colección de negativas, de la falta de aire y de oportunidades. Le pasa poco, pero a veces pierde la capacidad de raciocinio, el mundo de vista.

En cinco semanas, un par de agresiones, con más puñetazos de los previstos, y un intento de violación. Era una chica joven, aparentemente muy inocente, demasiado, con una camiseta rosa dos tallas pequeña y vaqueros bajos, enseñando las braguitas, blancas. Lo dejó entrar enseguida, aunque ninguna de las dos compañeras de piso estaba, como se apresuró a explicar innecesariamente. Cuando él dijo que era «el del gas», ella le preguntó si tenía un origen élfico y se rio mucho, a diferencia de él, que no entendió la broma. Después lo invitó a una cerveza, mientras él simulaba revisar el calentador, y flirteó todo el tiempo hasta que, sentados en el sofá para rellenar la factura, él quiso besarla y, a la vez, le puso la mano en la entrepierna, seguro como estaba de que ella se la ofrecía obscenamente. Al final solo le sobó los pechos y poco más, sin compensación de estímulo sexual, porque iba esquivando golpes y tratando de silenciar gritos, y porque aquellos vaqueros ceñidísimos no había dios que los pudiera arrancar. Veinte largos segundos después, cuando comenzó a enfriarse el fogonazo de locura y se dio cuenta de que ella estaba asustada, que no era un juego de seducción, le pidió disculpas, regadas con unas lágrimas escasas, de ambos. Y se marchó avergonzado y tomando nota de los límites que no sabía que estaba capacitado para saltarse y que no quería volver a transgredir. La chica no lo denunció, seguramente por miedo, como tantas veces ocurre. Si lo hacía, él, o alguien enviado por él, podía visitarla cualquier día. Y el piso le gustaba. Hijo de puta. No lo parecía, cuando le abrió la puerta.

—Por última vez, váyase de mi casa o no me hago responsable de lo que pueda pasar.

—¿Me está amenazando? —le escupe a un palmo de la cara, encorvado sobre ella, pero con un cambio de actitud: ha pasado del dulce al agrio. Está a uno o dos pasos de ir más allá de su frontera moral, pero de manera controlada, consciente, se asegura. Cogiendo los brazos mullidos de la silla, forrados de tela aterciopelada, da un tirón y la retira del paso, con la vieja encima—. Diga. ¿Me está amenazando?

—No, le estoy advirtiendo —responde con aspereza, sin mostrar ningún síntoma de temor a pesar de que la ha levantado como si fuese un muñeco y que se comporta de manera agresiva.

El chico busca los guantes en la bolsa de deporte. Con las manos aún no ha tocado nada, salvo la silla de ruedas. No está fichado por la policía, pero vale la pena ser cauto. La vuelve a mirar. Seguro que tiene joyas. Y antiguas, obviamente. No le dirá dónde. Da igual. Revisará la casa y en pocos minutos se irá con un buen botín. Son previsibles, los viejos, son capaces de tener piezas caras en el joyero del tocador. Aunque a menudo las joyas más buenas están escondidas en el armario del dormitorio, envueltas en papel fino y dentro de una caja, sí, de puros. Apenas sale al pasillo, sin embargo, la luz se apaga y queda a oscuras, casi por completo; solo lo impiden unas lonchas de luz que se deslizan por debajo de algunas puertas del pasillo y entre los postigos cerrados de lo que podría ser una sala grande o un comedor, junto a la cocina. Nota que el hedor que se pasea por ese piso se vuelve más intenso. Percibe movimientos. No puede ser la vieja. ¿Un perro? ¿Gatos?

—¿No me ha dicho que vive sola? —pregunta con un tono que resbala hacia la súplica.

Cuando se gira para regresar a la cocina, distingue el piloto rojo de la silla de ruedas que va directo hacia él y le cierra el paso. Busca la linterna dentro de la bolsa, con los guantes a medio poner. Caen al suelo la carpeta de facturas y un destornillador. Cuando consigue encenderla tratando de dominar el temblor causado por esa sensación de movimiento silencioso a su alrededor, recibe un golpe en la cabeza. No pierde el conocimiento, pero sí la linterna, que rueda por el suelo dibujando semicírculos de luz que proyectan sombras chinescas en las paredes, con perfiles difíciles de interpretar. Mientras, agachado, se presiona un punto de la cabeza por encima

de la oreja derecha, como si el cerebro le tuviera que salir disparado por ahí. Estira el brazo izquierdo para recuperar la linterna. Intuye un balanceo que se acerca. Alguien coge la linterna y la apaga. Él pide perdón, a gritos. Ruega que le deje marchar. Obedece el impulso de ponerse en pie para huir y recibe más golpes, muchos, pero con poca fuerza y no más precisión, aunque suficiente para desorientarlo y obligarlo a acurrucarse en el suelo. Ha pisado el destornillador y lo busca a tientas. No lo encuentra. Choca contra... algo. Busca. Está encerrado en una especie de jaula de piernas huesudas que le empequeñecen el espacio. Se ahoga.

El temor que sentía se viste de pánico porque no sabe a qué se enfrenta. La posibilidad de sufrir un dolor conocido o imaginable nos empuja hacia el miedo; cuando lo que puede pasar nos resulta inédito, caemos en el pozo del terror.

—Te lo he dicho, te lo he dicho... —insiste la vieja, que se va alejando de él acompañada por el zumbido del motor eléctrico.

Lo han rodeado con una lentitud persistente. Un sinfín de manos sarmentosas lo agarran, por los cabellos, por la camisa del uniforme, por un brazo, por una pierna, y tensan hacia todas direcciones, con un rumor hecho a base de gemidos contenidos y del traqueteo de los dientes, unos contra otros; un ritmo sincopado, como el crepitar del fuego de una chimenea que podría alumbrar una escena que se mantiene oscura, oscura como debe de ser el final. El final de todo.

Aprende deprisa, pero no tanto como creía.

Recibe un nuevo golpe en la cabeza, denso y a la vez blando. El dolor se esparce en olas lentas, como cuando tiramos una piedra en un estanque dormido; rebotan en los márgenes y vuelven hacia el centro del dolor, cruzándose con otras nuevas, multiplicando el sufrimiento.

Recibe un golpe más.

Y otro.

LOS CLARAMUNT Y LA VIEJA

1989, veintisiete años antes

Ernest Claramunt hoy quería llegar temprano a casa, en el barrio de Les Corts, donde hace doce años que vive en un piso de noventa y cinco metros cuadrados que terminó de pagar hace veintiséis meses. Pero ya son las ocho y cuarto y aún está en el despacho. Hace una media hora que ha llamado a su mujer, Vicky. Le ha comunicado que aquella noche irán a cenar, en miércoles, sí, porque tienen algo importante que celebrar. Ella no necesita grandes excusas para ir a cenar, le encanta arreglarse, salir. Durante un momento muy breve se ha preguntado qué será eso que quiere celebrar su marido, aunque nunca suele estar al caso de sus negocios —y seguro que tiene que ver con eso; para Ernest, los motivos de celebración difícilmente tienen otro origen—, pero enseguida ha desplazado el interés hacia un tema mucho más prioritario: qué modelito elegir. La conversación ha sido tan breve que no ha tenido tiempo de preguntarle a qué restaurante tenía previsto llevarla. Si no sabe adónde van no puede decidir la ropa ni los complementos. Necesita más información o desentendrá por exceso o por defecto, por lo que ahora es ella quien llama.

—¿Diga?

—Ernest, soy yo.

—Cariño, ahora no puedo hablar.

—Sí, ya me lo ha dicho la petarda que tienes como secretaria.

—Pobre Marta... Va, ¿qué quieres? Estaba a punto de salir para venir a casa.

—No me has dicho algo...

—Os lo diré mientras cenamos, ¡esa es la gracia, Vicky! —comenta entre risas.

—¿«Os... lo diré»? ¿Quién más vendrá?

—Los niños... Te he dicho que los avises.

—Ah, ¿entonces no es una cena romántica?

—No, cariño, es una cena familiar. Te prometo que la próxima semana haremos una romántica... si quieres. —Hace un ruidito similar a un carraspeo, aunque podría no serlo.

—...

—¿Qué querías saber? Venga, que tengo que colgar.

—A qué restaurante me ibas a llevar... Pero, si vamos con los niños, acabaremos en una pizzería y no es necesario que me preocupe por la ropa que me voy a poner —se queja, acentuando el tono desencantado.

—No, a una pizzería no, iremos a Ca l'Isidre. Le he dicho a Marta que nos reserve mesa.

—Uf, en aquel barrio sucio... ¿No podemos ir a otro sitio?

—Se come muy bien y es un restaurante de mucha categoría, Vicky. Hace tres años los reyes celebraron el aniversario de boda. Y también ha cenado el presidente Pujol y mucha más gente importante.

—Sí, eso dicen, pero falta que coincidamos con alguien... Además, aquellas calles me ponen nerviosa.

—Le diré al taxista que se detenga justo en la puerta, arrimado a la acera, y no tendrás ni que pisar aquel callejón. —Emite, dos veces seguidas, ese ruido que podría ser un carraspeo, pero también una especie de risita nerviosa—. Y ahora te tengo que dejar. —Se oye alguna voz de fondo—. Arréglate, que en veinte minutos estoy en casa y nos vamos. ¡Y avisa a los niños!

Cuelga sin esperar réplica alguna.

Por mucho que pretenda situarlo en el nivel que ella considera que le corresponde, su marido tiene tendencia a ser poco elegante, prefiere una buena comida a un buen ambiente, y no solo por el local, también por el barrio. No se puede decir que venga de una familia humilde, pero su ascendencia burguesa es de apenas dos generaciones. El bisabuelo de Ernest tenía tierras, sí, pero las trabajaba él mismo: era agricultor. Fueron el abuelo y el padre los que levantaron una pequeña industria. Y él optó por ser abogado. Mantiene una participación en lo poco que queda del negocio familiar, con sus tres hermanos mayores. Las derivas que ha ido siguiendo lo que fue una próspera fábrica textil, que hace cien años enriqueció moderadamente a los Claramunt, han reducido los beneficios a la vez que se han multiplicado los problemas y los gastos. A pesar de ser catalanes y del sector textil, los hermanos de Ernest no han sabido nadar (en la abundancia) y guardar la ropa. Y Ernest no se fía de su hermano mayor, Joan, y muy poco de los otros dos, Maria Eulàlia y Jacint. Joan está acostumbrado a funcionar como en un patriarcado feudal, hace lo que quiere sin consultar ni dar explicaciones. Entre esa actitud y el desprecio por los asesoramientos profesionales, está dilapidando las pocas ganancias aprovechables. Por eso hace años que Ernest se ha desentendido de la gestión del negocio familiar y se dedica plenamente a su carrera y a las alternativas, siempre legales, que de vez en cuando toma para ganar más dinero.

En cambio, Vicky sí, ella sí tiene linaje, oriundo del País Vasco. Es cierto que más de apariencia que de liquidez, porque su familia no cuenta con una base financiera sólida desde hace decenios. Viven de un pasado de aroma aristocrático que ya solo conserva un patrimonio mínimo —un palacete de verano casi en ruinas cerca de Oiartzun, en Donostia, y una mansión en caída libre hacia la decadencia en, como allí la llaman, la Parte Vieja de San Sebastián—, del que, sin embargo, presumen gracias a su valor histórico y artístico, según ha evaluado y catalogado recientemente una pareja de historiadores franceses residentes en Biarritz.

A pesar de estas diferencias de cuna, cuando se conocieron hace unos veinte años, ella enseguida se encandiló —catalogarlo de enamoramiento sería del todo excesivo— de Ernest, sin tener en cuenta la seguridad económica que le pudiera ofrecer. En aquella fiesta, excepto los camareros, las personas que deambulaban por salones y jardines tenían un nivel social similar, alto, por la línea roja de la sangre, por la verde del dinero o por la marrón zurullo, suma de ambas. Ella, en ese momento, ya tenía veintiocho años y, aunque atesoraba una belleza distinguida —un poco sutil pero evidente cuando te fijabas, mejorada gracias a una elegancia muy elaborada—, inexplicablemente no había tenido muchas propuestas de pretendientes, adecuadas y serias, para elegir. Cuando alguna vez su soltería era tema de conversación, el padre la acusaba de ser arisca y ella se limitaba a levantar una ceja como réplica muda. Por eso, cuando en aquel

contubernio de alta sociedad en una noche de verano —húmeda y pegajosa, como siempre en Barcelona—, se dio cuenta de que el tal Ernest Claramunt —algo mayor que ella, más atractivo que guapo, más simpático que refinado— le hacía la corte de manera insistente, no dudó en repartirle cartas, con una mayoría de ases, reyes, damas e incluso comodines. Y le regaló un beso de despedida en los jardines del palacete donde tenía lugar la fiesta estival. Un beso que comenzó con la pasión a que empujan un cierto exceso de champán, el entorno y las circunstancias, pero que pronto se disipó en una calculada y digna retirada, ensalzada con un final clásico de manual de usos sociales: «Llámame».

Y Ernest, de buena mañana, con el sabor de aquel medio beso todavía en los labios, la llamó. E insistió un par de semanas hasta conseguir una cita. Él, que ya tenía treinta y seis años, tampoco se concedía margen para buscar y elegir a la mujer de su vida. El gabinete de abogados crecía en una clara trayectoria ascendente, consolidando mercado, y era el momento de formar una familia antes de que se le pasase el arroz, como decía su bisabuelo labrador. Aquella Victoria Aibar Gorraiz de Sistiaga, Vicky, no solo sería una esposa digna, sino que era guapa y muy elegante, algo altiva de trato, pero con unos modales y una cultura exquisitos. Era perfecta. Que le abriera las puertas de su corazón, por decirlo con terminología de cuento de hadas, era un golpe de suerte que no podía dejar escapar. Y él nunca dejaba escapar los golpes de suerte, aunque los tuviese que ablandar con paciencia.

Un año y medio después de aquella primera noche se casaron. En Montserrat. Una boda de la que Ernest pagó el noventa por ciento, gracias a los ahorros y a un crédito bastante ventajoso que liquidó en tres años escasos. Él pagó aquel altísimo porcentaje aunque más del ochenta por ciento de los invitados eran de la parte de ella. Por tradición, aún más en esa franja alta de la escala social, el padre de la novia hubiese tenido que aportar la dote de la boda, pero Ernest se vio obligado a ofrecer un pacto entre caballeros en virtud del cual se hacía cargo de gran parte de los gastos... sin que nadie lo supiera, en especial Vicky, que escogió hasta el último detalle del antes, el durante y el después de la ceremonia evitando mirar ni una sola vez los precios de los diferentes presupuestos. No podía perder el tiempo haciendo cálculos sobre una vulgaridad como el dinero, estaba mentalmente desbordada eligiendo entre gardenias, orquídeas o crisantemos, entre velo largo, corona o escote palabra de honor, entre rape estilo Cadaqués, *confit* de pato con trufa y frutos del bosque o jarrete de ternera asado a la antigua con setas y espárragos salvajes.

La boda fue un éxito. Incluso comercial. Ernest amplió y reforzó la red de contactos y potenciales clientes para el despacho. Su socio, Carlos Quintero, ya le había advertido que sería una inversión, tal vez no en cuanto a la novia y las futuras herencias familiares, pero sí a la extensa lista de invitados: un *mailing* de calidad, pagado a un precio elevado, que también tuvieron en cuenta. Entre ambos llenaron los bolsillos de los comensales de tarjetas de presentación: «C & Q, abogados». Sí, y además no falló nada y todo el mundo quedó emocionado, satisfecho o alegre según marcaban las diferentes fases del banquete. Eso Ernest ya lo daba por seguro, porque, aunque Vicky tomaba poco las riendas —afirmaba que era el hombre quien debía dirigir el rumbo familiar—, cuando se implicaba en algo era tremendamente eficiente y alcanzaba los propósitos previstos.

Con las últimas migajas de la provisión económica, todavía pudieron sufragar el viaje de luna de miel a París y a Venecia, porque no se decidían por un destino u otro y ambos, opinó Vicky, eran igual de románticos.

Unos nueve meses después, contando desde el doble viaje, nació Artur, el primogénito. Si el

país donde se concibe a una persona hubiese de influir en ella de alguna manera, Artur habría tenido acento italiano.

Tres años después de Artur nació Gisela. En su caso, el acento de concepción debería haber sido ampurdanés, en consonancia con el apartamento alquilado en Cadaqués donde los Claramunt pasaron seis veranos seguidos y se hartaron de comer *suquet* de pescado, respirar brisa marina y vestir de blanco.

Gisela fue la última hija del matrimonio, y eso que los planes de Ernest y Vicky incluían tres o cuatro hijos, o «los que Dios nos quiera conceder», como ella, católica convencida y practicante, repetía. Pero el posparto de la benjamina se complicó con una atonía uterina que provocó una hemorragia incontenible que estuvo a punto de llevarse a Vicky. Los médicos no tuvieron otro remedio, con permiso escrito de Ernest, que practicarle de urgencia una histerectomía. Le salvaron la vida y los ovarios, pero quedarse sin útero corroyó el ánimo más hondo de Vicky, que ya tendía a mirarse el ombligo con afición creciente. A partir de ese momento no perdió la ocasión de automarginarse, de tildarse de «menos mujer», y se desmoronó deslizándose por una suave pendiente depresiva.

La esterilidad cayó como una manta en plena canícula sobre las relaciones sexuales de la pareja y casi las asfixió por completo. A Vicky le parecían pura lujuria si la concepción no podía entrar en juego. Con el paso de los años fueron sumando semanas y meses a la distancia entre una cópula y la siguiente. Vicky lo tomaba como un sacrificio a cambio de que él se aliviara dentro del matrimonio y así evitar, hasta donde le parecía digno, que cualquier día una oscura prostituta sudamericana, de culo gordo y boca experta, le robase al marido.

Para Ernest, cuando llegaba el momento, todavía solía ser un placer. Vicky le gustaba. Aunque no ponía mucho de su parte ni era negociable incluir variaciones o novedades sexuales de ningún tipo, su mujer, por imperativo genético, se mantenía elegante en todos los ámbitos y, a pesar de dejar entrever en un momento u otro el sacrificio que significaba —él, aquella presunta sumisión, de manera acertada o no, la interpretaba en clave sexual—, cuando se daba cuenta de que Ernest le pedía guerra, siempre se ponía braguitas y *déshabillés* sensuales y caros antes de meterse en la cama. Y se deshacía el moño con que normalmente llevaba recogida su melena rubia natural.

Las solicitudes mudas que enviaba Ernest muchas veces no eran satisfechas, y por eso optó por ser más explícito utilizando como megafonía cenas románticas en restaurantes del gusto de ella. Después incluyó la improvisación —la primera vez fue real, después simulada— de terminar en una habitación de hotel de lujo. El sistema resultó infalible ocho veces a lo largo de dos años. Después, a ella, la obligación sexual del final de la velada le borraba todo el romanticismo previo y se sentía como una de las prostitutas imaginarias de las que se quería defender. Defender, en ningún caso rivalizar. Todo ello provocó que Ernest, de manera inducida y sin ningún tipo de represalia conyugal, cayera en brazos de la erótica del poder: cuando cerraba un buen negocio no se puede decir que tuviera un orgasmo, pero sí que se veía a sí mismo como un falo erecto y sonriente.

Y esta noche sonríe mucho. Los cuatro miembros de la familia Claramunt cenan en un restaurante de renombre, en la calle de las Flors, en la zona del Paral·lel, porque Ernest les quiere dar una noticia.

Los manteles blancos y gruesos de la mesa del restaurante permiten que Ernest se sienta como ante un altar. Un altar pequeño, de ermita. Aún más cuando toma la copa de vino con ambas

manos, como si fuera un cáliz de cristal. Está tentado a levantarla hacia el cielo; lo evita la previsible bronca que le caerá por parte de Vicky, que no admite bromas sacrílegas. Da un trago, saborea menos de lo que se merece aquel Chateau Roumieu del 1975, y continúa narrando los prolegómenos de la Gran Noticia. Su mujer simula estar interesada, aunque ella nunca lo escucha demasiado rato cuando le cuenta anécdotas del trabajo, conversaciones, sentencias o lo que sea. Solo parece que ponga atención de verdad cuando le comenta nombres de personalidades que ha conocido o que, incluso, son nuevos clientes. El gabinete de abogados Claramunt & Quintero ya hace algunos años que ha entrado en el selecto club de los diez más bien considerados de Barcelona. La reactivación económica, tras la crisis de finales de los años setenta y buena parte de los ochenta, impulsada localmente por la perspectiva favorable de las Olimpiadas que se celebrarán en la ciudad dentro de tres años, les ha abierto muchas puertas de negocio. Ernest y su socio Carlos por fin se están llenando los bolsillos a espaldas.

Excitado y divertido por el negocio que ha cerrado esa misma tarde, se eleva hasta ser consciente de la nube de bienestar en que se ha instalado, y se propone compartir con la familia el algodón que le rodea. La familia, su familia, la segunda cosa que más le interesa en la vida.

Artur, de diecisiete años, es como su madre, rubito y con ojos claros, apuesto, un estudiante que podría tener un expediente académico más que digno si fuese capaz de mantener el interés por estudios, por aficiones, por deportes. Artur empieza a salir las noches de los fines de semana. Cuando alguna vez explica algún detalle de dónde va y con quién, ocasionalmente suelta el nombre de alguna chica. Ernest, por tanto, le atribuye cuatro amigos —todos aceptados por su madre, es decir, de buenas familias— y algunos ligues, escuchar música a ratos y embobarse el resto del mucho tiempo de que dispone. Le preocupa, le preocupa que no llegue a ganarse un lugar en el mercado laboral. Y quizá sea por su culpa, que le consiente demasiado. Y su madre aún más, a pesar de los celos que de vez en cuando Ernest insinúa sobre la educación laxa de Artur. Vicky se limita a responder alzando una ceja. Nada más.

Ernest se enorgullece de la paternidad cuando mira a Gisela, la niña, que solo tiene catorce años y ya ha demostrado vocación de ser una buena estudiante y, sobre todo, ha hecho evidente que es muy lista. Han sido educados por igual. Gisela —a través de sus ojos, grandes y oscuros, injustamente escondidos detrás de unos mechones de cabello rizado, de un tono naranja suave, y desde su pequeñez física, por debajo de lo que le corresponde por edad— sí le escucha y le pregunta datos y le plantea conflictos y le ofrece soluciones. Todo a un nivel todavía incipiente, básico, tierno, pero lo que importa es la intención, la predisposición, el instinto. Herencia de su padre, opina Ernest.

—Bueno, vale, pero entonces, ¿qué es eso tan importante que estamos celebrando? —pregunta Vicky, con una de sus sonrisas de catálogo que quiere disimular el moderado aburrimiento que soportan Artur y ella con la palabrería previa del cabeza de familia.

Ernest toma aire, y también quisiera coger las manos de su mujer y de sus hijos, pero no sabe cómo hacerlo con solo dos manos y, por no discriminar a ninguno, opta por asir disimuladamente las patas de la mesa, vestidas con los manteles almidonados.

—¡Esta tarde he cerrado un trato que hacía semanas que perseguía! —Y espera un instante, observando el grado de atención conseguido.

En el fondo, a Ernest siempre le ha gustado la dramaturgia de estas puestas en escena y trata de disfrutarlo hasta donde le permite la platea de tres espectadores, que no es mucho.

Su mujer, sentada frente a él, mantiene la sonrisa, aunque, solo desviando los ojos, está

observando a un matrimonio que se sienta en una mesa próxima. Valora su clase a través de la calidad de la ropa y los complementos, además de la peluquería, la manicura, la textura de la piel y, especialmente, las maneras, el saber estar. A Ernest le están incomodando esos ojos blancos, de tanto que su esposa fuerza la mirada hacia la derecha mientras mantiene el rostro orientado hacia él.

Artur unta con mantequilla fragmentos del panecillo destripado, una costumbre que le asemeja a un muerto de hambre que su madre no soporta y que, seguramente por ese motivo, él practica con exhibicionismo.

Gisela, siempre Gisela, está expectante, preparada para asistir a una de las representaciones de trama económica de su padre.

—Dentro de poco, tal vez unos años, tendremos un magnífico piso junto al paseo de Gràcia. ¡¿A que es genial?!

Ahora sí que Vicky pone atención y los ojos enfocan únicamente a su marido.

—¿De verdad? Oh, Ernest, ¡qué feliz soy! Hace tiempo que quiero cambiar de barrio. Y prefiero el centro a Pedralbes, exclusivo pero demasiado solitario... —Alarga la mano derecha por encima de las copas buscando una de las de su marido, que suelta las patas de la mesa para responder al gesto afectuoso—. ¿Cuándo nos mudamos? —pregunta ella, con una implicación festiva que hace años que no concede a nada.

—Mamá, ha dicho que en unos años... —le recuerda Gisela.

—¿Y no lo podemos acelerar? Ay, me iría tan bien tener una dedicación tan satisfactoria como reformar un piso... Quizá incluso podría reducir la medicación.

—¿Por qué estás tan contento, papá? ¿Solo por el piso? —Gisela sí que ha estado atenta a los detalles; conoce bien la cadencia dramática de su padre.

—Por el precio. Bueno, por el precio estimado.

—¿Que es de...? —colabora Gisela.

—Pues... Bueno, no lo sé. He cerrado un trato con una viejecita. Una renta vitalicia. No os podéis imaginar lo que me ha costado... Ha sido una operación genuinamente Claramunt, de esas en que he tenido que amasar y trabajar a la abuela, y mimarla y notar cómo se iba ablandando hasta que... *ñaca*, le he podido clavar la estocada final. Esta misma tarde, con todo el papeleo delante y mi pluma de oro en la mano, la señora Francesca, Francesca Puigmajor, se llama, aún dudaba si firmar. Y yo trataba de controlar el tempo para no desgarrar un material tan sensible. Tras tantas semanas de negociaciones, solo tenía ganas de gritarle: «¡Firme de una puta vez!». — La frase se le ha escapado con más entusiasmo de lo que sería correcto en aquel ambiente. Y en muchos otros.

—Ernest, por el amor de Dios, modera tu lenguaje. —La colleja oral de Vicky ha sido automática, rápida como la picadura de una víbora.

—Perdón, perdón...

—Papá, quieres decir que, si esta señora se muere mañana, tendremos un piso chulísimo casi regalado. ¿Es eso?

Ernest se emociona cuando su hijita usa la primera persona del plural en términos como el que acaba de comentar. Sangre de su sangre, lista y luchadora como él. Artur no, tiende a la segunda persona, a hacerse el desganado, y cuando se implica es por un interés tan descarado, y se podría decir que tan naíf, que resulta insultante.

—Sí, técnicamente, sí. Le pagaré una pensión y, cuando muera, su piso será mío. Nuestro. Así de fácil. Bueno, fácil no, porque es una negociadora excelente, y la ayudaba Agustí Sánchez, un viejo amigo economista, que es quien me ofreció el trato. Me han hecho sudar mucho. Además, siempre hay un componente de riesgo... ¡Que viva muchos años! —Suelta tres toses que se podrían interpretar como risitas nerviosas—. Aunque la esperanza de vida permite calcular que perder dinero, lo que se dice perder, no perderé. Cada año que la señora Francesca viva a partir de los ochenta y siete dejaré de ganar, en todo caso.

—¿Qué edad tiene? —quiere saber Vicky.

—Casi setenta y ocho.

—¿Y parece sana? —Gisela hace los cálculos que su padre ha repetido decenas de veces a lo largo de las últimas tres semanas.

—La cabeza le funciona muy bien, pero está muy delgada y tose a menudo... Quizá fingía debilidad para tomarme el pelo y que le pague más pensando que no durará mucho.

—¿Y cuánto le pagarás? —Gisela necesita datos para seguir calculando.

—Cien mil pesetas, doce veces al año. Cada mes, vamos.

—¡¿Cien mil?! Joder, me lo podías pagar a mí, ¿no? —Por primera vez, Artur da síntomas de estar en el restaurante, además de la dispersión de migas de pan que ya adornan su zona del mantel, y que todos sus cubiertos y copas están fuera de donde les corresponde.

—¿A cambio de qué? —A Ernest el tono le sale más duro de lo que hubiera querido, porque pretendía seguirle la broma. Están de celebración.

—Hombre, yo los sabré gastar mejor que la vieja esa.

—Pero tú no tienes un piso tasado, muy a la baja, en sesenta y dos millones y medio. ¡Ni lo tendrás nunca, si no espabilas! Mira cómo tienes la mesa, Artur. Venga, que ya no eres un chiquillo... —Artur simula que se desploma y mete la cara dentro del plato, vacío.

—¡No seas burro, cojones! —Ernest le da un coscorrón, con poca fuerza.

—Y tú no seas vulgar, cariño... Ninguno de los dos. Vamos, Artur, compórtate —protesta Vicky, mirando alrededor por si alguien se ha percatado de la pequeña trifulca.

—Eso quiere decir que le pagarás un millón doscientas mil pelas cada año. —Gisela no pierde el hilo, ni el tiempo.

—Sí, más un aumento cada tres años del cinco por ciento. Concretar eso también pidió horas y horas de negociaciones... ¡Ella pedía un cinco anual!

—Vaya, que no empezarás a perder dinero hasta dentro de unos... cincuenta años.

—Es una manera de verlo. Aunque es imposible que viva tanto...

—¿Ella o tú? —Artur aprovecha para atacar. Su madre le pone la mano derecha sobre el antebrazo izquierdo y presiona con firmeza, mientras con la mirada le transmite que lo deje correr, que no vaya por ese camino.

—Papá..., buen negocio —sentencia Gisela, imitando de manera inconsciente la teatralidad de su padre mientras levanta la copa con Fanta de naranja y brinda hacia él.

—Gracias, hija. —La sonrisa de orgullo que estalla en la cara de Ernest parece un castillo de fuegos artificiales de final de fiesta mayor: por fin alguien de la familia comprende y comparte su alegría.

Les sirven los primeros platos. Callan. Tan pronto como el camarero deja el último, vuelven a hablar, sin perder la compostura.

—¿Y dónde está, más o menos? —Vicky se centra en la parte que le interesa.

—Cerca de la Pedrera, pero en la parte Llobregat, mar.

—Qué manía tenéis los catalanes de complicar las cosas. He aprendido catalán e incluso a dar la hora en cuartos, pero esta división de la ciudad con ríos y mares y montañas me niego a estudiarla. Ni que fuésemos *boy scouts*...

Ernest ríe con ganas, no porque considere tan divertido el comentario de Vicky, sino para dejar escapar de alguna manera la euforia que lo colma y que podría terminar en deflagración, es decir, en ataque al corazón o en embolia. Es de lo que murieron su padre y su abuelo, respectivamente.

—Está en la calle Provença. Subiendo paseo de Gràcia, a la izquierda, antes de llegar a Rambla de Catalunya. Tiene casi doscientos cincuenta metros cuadrados. Es una maravilla, precioso y luminoso, a pesar de ser un principal.

—¿Vive sola?

—Sí. Hace muchos años que es viuda y no tiene hijos, o no están vivos. Me dijo que no tiene herederos y eso ha provocado buena parte de la batalla. No tiene a nadie, pero no ha querido que, si ella muere antes de diez años, mi beneficio sea tan alto. Me parece que no necesita demasiado el dinero, pero es lista y tiene una mala leche que la ha convertido en una rival durísima. Ha exigido que pague su pensión vitalicia a una especie de centro de la tercera edad...

—Por lo tanto, si se muere mañana, como decía antes, ¿deberás seguir pagando? —Gisela no puede reprimir un gesto de decepción: el negocio de su padre está perdiendo brillo.

—Sí, durante diez años. Hasta el 31 de diciembre de 1999 estará vigente la cláusula que me obliga a pagar al centro, si ella muere antes. ¡Pero es que ella quería veinticinco años!

Todos callan. Ernest empieza a cansarse de que no aprecien las complejas negociaciones que ha llevado a cabo. Sin saber de dónde partía ni conocer la escarpada orografía del terreno, no se puede valorar la habilidad que ha demostrado a lo largo de todo el recorrido. Lo debería haber filmado, piensa mientras ensarta con el tenedor habitas a la menta. Gisela mastica ensalada tibia con setas y queso de cabra mientras continúa calculando.

—El precio mínimo, pues, es de unos doce millones... Eso significa unos cincuenta de beneficio directo. Buen negocio, papá. —Recupera la mirada devota y admirada que tanto le gusta recibir a Ernest.

Vicky ni intenta calcular nada, prefiere volver a su territorio mientras traga, con calma y por supuesto sin sorber, cucharaditas de sopa de pescado de roca. Se detiene un instante.

—Habrá que hacer una buena reforma, porque si es un piso de persona mayor y sola...

—Tienes razón. Si al final nos vamos a vivir ahí, para que sea un piso totalmente cojonudo habrá que cambiar la instalación eléctrica, renovar los dos baños, la cocina...

—¿Qué quieres decir con «si al final nos vamos a vivir ahí»? —exclama Vicky—. ¿No has dicho que es para nosotros? —Ese matiz no se le ha escapado.

A Vicky no le importan los negocios de su marido porque siempre hay cláusulas y letras pequeñas al pie que parecen creadas para desconcertarla y aburrirla. Aquí tiene la muestra.

—Cariño, en principio sí, pero estoy invirtiendo cada vez más en el mejor negocio, el inmobiliario. Un piso es un valor seguro, como el oro.

—¿Y eso qué significa?

—Que sí, que nos iremos a vivir a este piso, no temas, cariño —concede Ernest, tan solo para

zanjar el disgusto que muestra su esposa.

—O que si, llegado el momento, alguien paga, no sé, cien kilos, quizá sea más inteligente venderlo, ¿no? Y reinvertir los beneficios. —Una vez más, Gisela la clava, pero, para evitar enturbiar la cena, Ernest solo le dedica un guiño cómplice en silencio.

—Qué buenas están estas habitas... ¿Qué tal, vuestros platos?

Ernest ya ha explicado la Gran Noticia, que ha sido recibida de tres maneras diferentes, como era previsible. No importa, ahora lo que interesa es cruzar los dedos y que la señora Puigmajor no viva muchos años más. Cumplir su parte y pagar el dinero al grupo de viejos no le preocupa, pero cuanto antes tenga el piso en propiedad y lo pueda reformar y vender, mejor. O, si no hay más remedio, por insistencia de Vicky o por falta de compradores atractivos, convertirlo en su nuevo hogar. Tampoco es una mala perspectiva. Se merecen un piso como ese, no todo es acumular dinero, ocasionalmente también lo pueden gastar con una cierta prepotencia.

Da un trago largo de vino y se aparta un poco de la mesa para que le sirvan un rodaballo salvaje que queda rebozado de imágenes superpuestas del magnífico piso, de la vieja, de hojas de contrato, de planos y obras, de cifras y porcentajes... y de esquelas sin fecha.

2005, dieciséis años después

Artur está sentado en uno de los sofás de imitación de piel negra. O quizá no sea una imitación. Vuelve del lavabo, de esnifar una buena raya de cocaína para aguantar el festival funerario. Si pudiera, se largaría. De hecho, puede, no le importa un carajo la puta ceremonia, íntimamente no va con él. Papá ha muerto. ¡Viva papá! ¿Qué más puede hacer? De acuerdo, no se va porque sabe que sería montar el número y porque su madre, de alguna manera, lo quiere a su lado. Parece un muñeco, sentada en silencio, aceptando que una de sus hermanas, la tía Irene, la tome de una mano. Las últimas horas ha añadido tantas pastillas a las altas dosis habituales que seguramente tiene la psicomotricidad alterada: no ha conseguido peinarse bien. Hay un mechón de cabello, teñido con la intención de simular el tono rubio que tenía de joven, que se empeña en caerle sobre la cara, cargando de dramatismo su expresión estática, vacía. Es un muñeco desgarbado. Que la siempre elegante Victoria Aibar no haya podido dominar un pequeño manojito de cabellos es muy significativo. Quizá lleve las bragas del revés. Todavía es atractiva, a pesar de los sesenta y cuatro años que suma. Atractiva para un hombre de sesenta, mínimo; Artur admite un cierto complejo de Edipo, pero tampoco pierde el sentido de la realidad. Y las viejas son viejas. Y su madre es vieja.

Aspira la mucosidad con fuerza, de manera algo escandalosa. Si alguien, de entre la decena de personas que hay en la sala en ese momento, se ha fijado en el gesto, seguro que lo atribuye a humedades relacionadas con el llanto, no al consumo de droga. Y si no es así, no le importa. Cuando se lo permite el tránsito de gente que finge estar compungida y que entra y sale de la sala de velatorios, Artur observa el extenso rebaño que conversa fuera, distribuido en pequeños grupos. Algunos, los menos hipócritas, sonríen e incluso bromean. Otros mantienen la que debe de ser su expresión habitual, preguntándose qué hacen ahí, planeando lo que sea que harán al salir, mirándose la punta de los zapatos en espera de que pase el tiempo y concluya uno de los trámites sociales más molestos.

Artur necesita beberse una cerveza, de un trago. Y fumar. Un par de cigarrillos seguidos. Observa a la gente para distraerse. Hay muchos viejos y, aún más, viejas. No sabe quiénes son,

reconoce pocas caras y le resulta complicadísimo asociarlas a nombres.

Su madre se retira una vez más el mechón de pelo que en pocos instantes volverá a deslizarse por el rostro, como lágrimas secas y doradas. La vejez nos iguala, piensa Artur, al darse cuenta de lo clónicas que pueden ser todas aquellas mujeres, que calzan zapatos impersonales, blandos, para pies delicados, que visten abrigos de materiales sintéticos de tonos marrones, que se abrazan a unos bolsos negros de tamaño similar, tan impersonales como los zapatos, que miran el mundo a través de unos cristales bifocales en unas monturas doradas imposibles de distinguir las unas de las otras, que se maquillan con la misma torpeza y, sobre todo, que parecen satisfechas de los peinados, unos cabellos henchidos como cascos de moto y teñidos de colores que no existen en la gama humana ni, probablemente, en la de la naturaleza.

La vejez nos iguala. Seguramente, a los veinte o treinta años muchas de esas mujeres tenían una personalidad que las diferenciaba del resto, eran ellas mismas, sin miedo. Ahora, a pesar de no estar obligadas, de no vivir bajo el yugo de un régimen estético totalitario, van iguales por... ¿por comodidad? ¿Porque no se dan cuenta? ¿Porque no se atreven a salir del perfil estipulado, como niños aprendiendo a manejar el lápiz llenando de color siluetas de elefantes, de pelotas de playa, de árboles y de casas con chimenea?

La masa de conversaciones cruzadas aumenta de volumen de manera uniforme, como si fuese un solo ente, a pesar del recato y la discreción a que obligan el lugar y las circunstancias. Llega más gente y se saludan unos a otros. Artur identifica algunas caras conocidas: empresarios, políticos, dos o tres artistas, no sabe concretar de qué ámbito. Alguien, es posible que del servicio de pompas fúnebres, exige silencio soplando dos largos *ssstque* rozan la impertinencia. Los presentes obedecen de inmediato. Tras un instante de silencio casi absoluto, el runrún vuelve a ponerse en marcha y en pocos minutos alcanzará los decibelios excesivos que activarán la alerta de serpiente de cascabel del trabajador de la empresa Cementerios de Barcelona. Ciclos. Somos ciclos y en ciclos nos convertiremos. Sonríe. Buena farlopa.

Artur, después de aceptar un par de muestras de condolencia de personas para él anónimas, se pone en pie y se aproxima a su madre, sentada en una silla —siempre afirma que una señora tiene que ir con falda y que por eso no debe sentarse en un sofá bajo—. Artur pinza el mechón rebelde con uno de los clips de pelo que ya llevaba puesto Vicky. Ella se ha asustado un poco con el primer contacto. Al darse cuenta de que es su hijo, tolera el mimo.

Gisela ha asumido su rol natural y está atendiendo con amabilidad a las personas que se han acercado al tanatorio para dar el último adiós a papá. Ahora charla con el todavía socio de su padre, Carlos Quintero, que le ha propuesto que, si se ve con ánimos, pueden reunirse esa misma semana, en el despacho, a la hora que ella elija, para empezar a concretar los términos y trámites relacionados con la herencia y con los negocios en activo. Parece sinceramente afectado. Es lógico. Él y Ernest han mantenido más de cuarenta años de colaboración estrecha y de buena amistad. Además, ha sido un fallecimiento inesperado y abrupto. Conscientemente o no, comienza a temer que le llegue el turno. Aquello de las barbas y del vecino. Gisela, poniéndose un poco de puntillas a pesar de los tacones altos que calza, abraza a Quintero brevemente para evitar tener que ver las lágrimas del socio de su padre, desolado. Unas lágrimas que las gafas de montura ligera amplían y que luego descienden y recorren y se sumergen en las arrugas del rostro de tono ceniza. Le da unas palmaditas en la espalda, ella a él, y se aleja para recargar apoyos anímicos.

Por suerte, piensa Gisela, ha aceptado un ansiolítico de los que mamá le ha insistido que se tomara esta mañana, durante la escenificación de desayuno —tan solo Artur ha comido; mamá y

ella han bebido un poco de zumo de naranja, nada más—, dominada por un silencio desconcertante y doloroso. En las últimas cinco horas, Gisela ha llorado una sola vez. Durante las veinte anteriores, solo el agotamiento fue capaz de detener un llanto insistente que la podría haber ahogado si la pena no lo hubiera conseguido mucho antes. Esta mañana, más ligera de ánimo y recuperando algo de autocontrol, ha pasado bastante rato con unos cubitos de hielo, envueltos en un paño, sobre los ojos para bajar la hinchazón antes de maquillarse para tratar de recobrar las facciones humanas, como ella misma ha ironizado. El momento más reciente en que ha llorado ha sido de buena mañana, a los pocos minutos de llegar al tanatorio, cuando, a pesar de las dudas, ha entrado a ver el cadáver de papá, dentro del traje caro, dentro del ataúd oscuro y reluciente, dentro de la urna de cristal. Que el cuerpo estuviese presente, con un relativo buen aspecto, y en cambio percibir claramente que *él* no estaba *dentro*, ha sido una sensación muy desagradable. De pesadilla. Ha llorado durante más de cinco minutos, a lo grande, soltando tacos y más de un puñetazo contra la pared, de pura rabia. Después ha ido al lavabo para lavarse la cara y retocarse el maquillaje. Es consciente de que le queda mucho llanto en las entrañas, y eso que ayer estaba convencida de haber agotado las existencias. Se esforzó en vaciarse. Necesidad y trámite. Ahora ya no es momento, ahora debe estar atenta a cumplir el protocolo, cosa que el imbécil de su hermano no hará y mamá no podrá, por el efecto de las pastillas y por un absurdo sentimiento de culpa que arrastra y que expresa con discreción y algo parecido a la vergüenza.

Entra en la sala de vela para advertir a su madre y a su hermano que pronto deberán dirigirse a la capilla. Está tentada de acercarse a verlo, por segunda y última vez. Sola no, si mamá o Artur la acompañan... Se fija en su hermano. ¿Cómo puede estar tan sereno? ¿Realmente no le ha afectado en absoluto la muerte de papá? ¿O la noticia aún no ha llegado a la única neurona que le debe quedar en activo? No, seguro que disimula para hacerse el macho. Esas convenciones sí que las respeta. Tiene un imán muy potente para todo lo idiota.

No se llevan bien, pero eso no quiere decir que se odien. No, eso no. Gisela se relaja un poco. Tampoco se puede decir que Artur esté contento, no, más bien indiferente. Debe de ser su duelo, no expresar ningún sentimiento. En cambio, él sí que sabe cuidar a mamá. Míralos, piensa, los dos desgarrados a su manera y apoyándose el uno en el otro. A Gisela le parece que tal vez estén más temerosos por su futuro que afectados por la muerte de papá. No. No está siendo justa, mamá está mal, muy mal. Ahora no piensa en dinero. Nunca piensa en dinero. Mamá piensa en su Ernest, que se puede decir que murió en sus brazos, mientras dormía. Gisela ha de dominar, ha de someter a un nuevo ataque de llanto. Una bola de náusea, candente, donde termina el esternón, bloquea las nuevas lágrimas. Un infarto fulminante se ha llevado a papá, pobrecito, justo cuando había empezado a concederse más tiempo para él, porque a pesar de tener setenta y dos años seguía muy activo en el despacho. Demasiado. Y quizá estaba algo sobrado de peso. Algo demasiado. Y no caminaba una hora diaria, como le aconsejó, le ordenó el doctor Baldrich, el médico de cabecera de toda la vida.

Papá. Gisela no puede retener unos lagrimones que bajan espesos hasta esconderse en los pliegues laterales de la nariz, donde los borra de una pasada de pañuelo de papel. Ahora, no. ¡Ahora, no! Se acerca a su madre para preguntarle si quiere entrar a despedirse de papá. Se ha decidido tarde. El encargado de pompas fúnebres se le adelanta. Es la hora.

Vicky reacciona como un autómatas con moneda nueva cuando el hombre se acerca y la invita a seguirlo. Antes de ponerse en pie toma mucho aire, cargado de una molesta mezcla de perfumes empalagosos, dulces, endomingados, y, una vez de pie, acepta el apoyo que le ofrece su hijo.

Gisela se aproxima, medio ofreciéndose. No sabe si coger a mamá del otro brazo. No lo hace porque mamá camina con pocos titubeos y la imagen de los dos hijos sujetándola se acercaría demasiado a una estampa siciliana que seguro que Vicky no quiere representar ante las personalidades conocidas de Ernest ni ante los parientes que han venido desde San Sebastián. Incluso se ha desentendido de la ayuda de su hermana Irene.

Para Vicky, su hija Gisela evita una vez más ofrecerle el brazo y prefiere ir unos pasos más adelantada, como un hombre. Está convencida de que todavía la verá menos, a partir de ahora. Hace cinco años, cuando tenía veinticinco, se independizó tan pronto como terminó la carrera de Economía. La suma de un par de másteres y de la agenda de nombres influyentes de su padre le consiguió un buen trabajo en un banco. Comparte piso con una amiga. Dios no quiera que también coma. Vicky se repite que quiere a su hija, pero es consciente de que casi está obligada a convencerse, a dictárselo a un corazón demasiado aturdido. Es sangre de su sangre, sí, pero, como un Atila poquita cosa, donde pisa nunca más crece la hierba. En cambio, Artur siempre está a su lado, en casa, acompañándola de vez en cuando a misa, alentándola a salir con las amigas, a merendar, a comprar, a jugar al *bridge*. Es cierto que no hace mucho más, pero porque todavía no ha encontrado su lugar en un mundo más complicado de lo que ha sido para Gisela. Por eso a veces bebe, para suavizar la angustia que lo consume. Una reacción normal, pobre.

Llegan a las escaleras que los conducirán hasta la capilla. Jacint, uno de los hermanos de Ernest, dedica una leve reverencia a Vicky. Ella no responde porque la poca atención que consigue robar a la pena la dedica a los escalones. No es momento de tropezarse y caer. Caer más abajo.

Jacint ha venido al entierro acompañado de su mujer, Susanna, y de uno de sus tres hijos, David, el mediano, que tiene la edad de su primo Artur, treinta y tres años. Joan, el hermano mayor de los Claramunt, murió hace tres años, también de un ataque al corazón. Dejó un agujero, no peligroso pero tampoco despreciable, en la economía de los negocios familiares que tuvieron que tapar y zurcir entre Ernest, Maria Eulàlia y Jacint. Maria Eulàlia y Ernest discutieron y se pelearon tanto tras la muerte de Joan, que ella no quiso saber nada más, nunca más, de Ernest. Aunque a los muertos se les perdona todo, Maria Eulàlia no ha venido.

Ernest también discutió con Jacint, dijo cosas muy duras contra Joan y, como ya estaba muerto, resultó muy desagradable. Posiblemente, Ernest tenía razón y Joan no había llevado los negocios tan bien como era imprescindible, pero sin querer, no con mala intención, pensaba Jacint. Ernest también dedicó improperios a Maria Eulàlia y al mismo Jacint. A nadie le gusta oír que es un blandengue, un cero a la izquierda, un lameculos. Ernest hacía muchos años que los ignoraba, que repetía que él solo quería que la familia no le costara dinero, que les regalaba lo que le correspondía a cambio de que lo dejaran en paz. Joan y Maria Eulàlia siempre dijeron que era un egoísta, un mal hermano. Quizá sí, piensa Jacint, pero era su hermano, como lo era Joan, y por eso él ha venido, porque son hermanos y los hermanos muertos siempre se deben amar y respetar, pase lo que pase en vida. La familia no está sometida a contratos que se puedan rescindir, nos toca lo que nos toca, se va repitiendo Jacint. Mientras camina con el paso como de procesión a que obliga el gentío que baja por la amplia escalinata que conduce de la sala de vela hasta la capilla del tanatorio, Jacint se pregunta si cuando él muera vendrá tanta gente a despedirlo.

2015, diez años después

Vicky está contando dinero: billetes de cincuenta, veinte y diez euros. Y un puñado de monedas. Hasta enero del año próximo, el 2016, y solo faltan cuatro meses, en los que se aplicará un nuevo aumento del cinco por ciento, tienen el compromiso de pagar a la señora Francesca Puigmajor ochocientos ochenta y ocho euros cada mes. Desde hace unos tres años, a ella y a Artur les cuesta reunir la cantidad mensual.

Vicky se planteó dejarlo correr, renunciar al piso de la vieja y no tener que hacer malabarismos domésticos para pagarle la pensión vitalicia. Como a Vicky se le escapó comentar esta posibilidad a la esposa de Quintero, Julia, con la que aún mantiene una relación de amistad, Gisela, alertada por el antiguo socio de su padre, tomó un avión desde Ginebra y se plantó en casa de su madre, todavía la de Les Corts, para prohibir aquella claudicación. No entendía los motivos. Su madre cobraba mil ciento ochenta euros de pensión de viudedad, que ella misma se encargó de gestionar, y, en principio, por mucho que hubiera malgastado, debía de poseer una pequeña fortuna, más de medio millón de euros. Mamá y Artur eran tan ineptos para las cuestiones administrativas que debían de tener la sensación de que la pensión vitalicia era un gasto inútil. Justamente cuando, por ley natural, cada vez estaban más cerca de conseguir el piso. Obvió esta parte para evitar una discusión eterna y ofreció hacerse cargo de la pensión vitalicia a partir de ese momento, cosa que Vicky rechazó. Gisela percibió una sombra de duda, de cansancio, en la expresión de su madre, como el niño que no acepta un helado no porque no le apetezca, sino porque sabe que lo amonestarán si se lo come. Por ello propuso colaborar abonando, por lo menos, una tercera parte de la pensión vitalicia, pero Vicky sacó ese orgullo tan genuino suyo, se puso bien erguida y aseguró que era ella quien lo debía pagar todo. A Gisela le resultó bastante evidente que Vicky quería ser la única propietaria cuando llegara el momento, más que por codicia, para no tener que dar explicaciones ni tener que pedir permiso a nadie para hacer lo que le viniera en gana con el piso del Eixample. Que hiciera lo que quisiera, de acuerdo, menos perderlo estúpidamente. La memoria de papá no se lo merecía.

Los cálculos que hizo Gisela, solo ante su madre, porque Artur o no estaba o estaba escondido en el dormitorio, la convencieron de que era una tontería dejar de pagar, cuando ya habían invertido en el maldito piso más de doscientos mil euros. Actualmente, dos años largos después de aquella conversación, ya han pagado unos doscientos treinta mil euros y la vieja continúa viva. Enterró a Ernest, y Vicky repite a todo el que la quiere escuchar —e incluso sin tener en cuenta este supuesto interés— que la vieja los enterrará a todos.

Es cierto que el piso ha aumentado de valor a lo largo de los últimos veintiséis años y que, si la vieja muriese pronto, Vicky sería su propietaria por un precio económico más que razonable —y uno temporal insoportable—, pero ahora ya no tiene ánimo ni capital para plantearse una reforma con la implicación y las ganas que durante tantos años soñó. Además, tal y como está la situación general, con una tasa de desempleo fluctuante entre el veinticinco y el treinta por ciento, las arcas de la Administración (municipal, autonómica y estatal) haciendo eco de tan vacías, la política implacable de recortes y los miles de nuevos pobres registrando contenedores por toda la ciudad —hay zonas, o más bien horas, en las que circulan más carros de supermercado, cargados de chatarra, por la calle que dentro de los establecimientos—, difícilmente habría pugnas por quitarle de las manos un piso de alto *standing*. O sí, porque, ricos, haberlos haylos; tal como pronosticaban los expertos, lo que está desapareciendo es la clase media, porque los que habían formado parte de ella en algún caso se enriquecen, pero la mayoría ven caer sus ingresos hasta el umbral de la pobreza. No importa, han acordado muchas veces Vicky y Artur: si la vieja se muere,

añadirán un diez, un doce, un quince por ciento al total de lo que hayan pagado y venderán el piso al primero que lo quiera, sin reformar y, si es necesario, con la momia dentro. Y se ríen. Pero les dura poco. Y miran la tele, o más bien el aparato encendido, entre neblinas químicas, la una, y etílicas, el otro.

Tras la muerte de Ernest, Gisela puso al día todos los negocios de papá. Ella, con tal de mantener vivo el espíritu negociador de su padre, hubiera querido continuar gestionándolos, pero mamá, que es la única usufructuaria legal, y su hermano, que manipula a su antojo a Vicky, prefirieron convertirlo todo en líquido; nada de abstracciones: billetes, querían billetes contantes y sonantes. Fue la primera de las grandes discusiones que tuvieron. Estéril, porque mamá, escudándose en su cansancio vital, le exigió que le hiciera caso, que la obedeciera por una vez en su vida. Y luego levantó una ceja amenazante. Y punto. Gisela, con la ayuda de Carlos Quintero, a regañadientes como ella, vendió por debajo de su valor los diferentes *stocks* de acciones y pequeños inmuebles de papá y reunió poco más de un millón de euros. Vicky regaló cien mil euros a cada hijo e ingresó el resto en el banco, pendiente de decidir cómo invertirlos.

Aunque ya tenía sesenta y cinco años, una de las opciones era volver al País Vasco siguiendo el aroma de una idea emprendedora. Hacía años que sus padres, que en paz descansen, habían malvendido el caserón de San Sebastián acuciados por las deudas. Vicky y sus hermanas, Irene y Edurne, todavía poseían una parte del palacete de verano. En concreto, una sexta parte cada una, un tercio del cincuenta por ciento. La otra mitad pertenecía a un primo, Genaro, hijo del hermano menor del padre. Y no quedaban más consanguíneos vivos. Vicky había pensado que podrían reformar el palacete para inaugurar un pequeño hotel de lujo, un centro de convenciones, una casa de reposo. Solo había que ponerse de acuerdo con sus hermanas y sus respectivos maridos. Y con el primo. Tan solo eso.

Dos años después, tres y pico desde la muerte de Ernest, Vicky perdió toda esperanza y abandonó el proyecto. El sueño le costó más de cuarenta mil euros, entre estudios de arquitectos, permisos previos de todo tipo y viajes a Francia, Italia y Alemania para espiar y copiar ideas de *relais châteaux* de prestigio. También le costó perder la relación con Edurne, por culpa de su marido, que quería mandar demasiado sin invertir ni un céntimo. Y cambiar el trato cordial que mantenía con su hermana Irene por una tibieza ingrata, y eso que se habían querido mucho, a pesar de vivir desde hacía tantos años a más de quinientos kilómetros de distancia, que como buenas burguesas recorrían en Talgo.

Con el primo Genaro también se enviaron a hacer gárgaras, pero no le importó, porque no habían mantenido nunca ningún tipo de relación y él, con su comportamiento excéntrico —largas temporadas en la India; algunas novias subsaharianas, es decir, negras; fiestas que podían durar dos y tres días y terminar con un par de bares destrozados y una noche de resaca en el cuartelillo de la Guardia Civil...—, era una mancha, oscura como sus exuberantes novias, para el apellido familiar.

Mientras duró el sueño emprendedor de Vicky, Artur, que ya iba por los treinta y seis años, había abandonado todos los intentos de terminar algún grado universitario y llevaba una vida en algunos aspectos paralela a la del tío Genaro, al que ni conocía. Eso sí, Artur era más discreto, y Barcelona más grande, y por eso no lo juzgaban los vecinos. Los cien mil euros regalados por su madre, de la herencia del padre, se volatilizaron deprisa. Alquiló un pequeño ático donde pasaba la mitad del tiempo, cuando no estaba en casa de Vicky. Un alquiler que rozaba los mil trescientos euros y que mantuvo unos tres años.

También se compró dos coches. El primero, un Porsche Boxster de segunda mano, por veintidós mil euros, que convirtió en chatarra un año después de adquirirlo. Él y la chica que lo acompañaba se hicieron poco más que rasguños y una colección de contusiones leves, pero el coche quedó incrustado, prácticamente del todo, en el muro exterior del jardín de una torre de Vallvidrera a las cuatro de una madrugada. Si le hubiesen hecho soplar en un control, Artur habría estropeado la máquina. Fue uno de los momentos de fortuna importantes que tuvo, como en 1991, cuando se libró del servicio militar por sorteo.

El segundo coche fue un Seat León, menos glamuroso pero nuevo, por un poco más de la mitad de lo que había pagado por el Porsche; lo eligió más barato por si se repetía la mala experiencia, el contundente final. Y el resto del dinero se esfumó en gastos que podrían ser normales para un hombre que ya ha superado los treinta y cinco, si se da la circunstancia —que no se daba— de que gana dinero con regularidad. Se gastó el capital básicamente en fiestas, en las que lo pagaba todo, psicotrópicos incluidos, a las que invitaba a la veintena de amigos y amigas habituales de su círculo, algunos de su edad y otros más jóvenes que aún estaban decidiendo qué querían hacer en la vida, como él mismo. El éxito de hacía pocos años de Level 42, *Running in the family*, era uno de los himnos del ático.

Gisela, en aquella época, al ver, o intuir allí donde no llegaban las evidencias, el comportamiento infantil de su hermano y el fracaso de su madre, anunciado a campanadas, aceptó una buena oferta de trabajo en la sede de Suiza de una entidad financiera estadounidense. Y se marchó, poniendo tierra de por medio de manera consciente y terapéutica, cuando menos, para ella.

En marzo del 2011, Vicky cada vez se sentía más alejada del mundo social que la empujaba a moverse, a no recluirse en casa, a pesar de la viudedad. La depresión crónica que se autodiagnosticaba, las migrañas y los mareos que aparecían en los momentos más oportunos, y la medicación que decidía tomar para paliar los efectos de todo ello le complicaban actos cotidianos como vestirse, maquillarse y, si era el caso, charlar manteniendo la coherencia en una conversación. Por eso pagaba a una mujer de la limpieza, cuatro horas diarias de lunes a viernes, que adecentaba la casa, compraba lo necesario y les preparaba la comida. Vicky ya gastaba poco dinero en ropa, salones de té y de belleza, cenas benéficas y viajes breves, por lo que casi toda la pensión de viudedad iba a manos de Rafaela, una gallega —Vicky no quería saber nada de inmigrantes, aunque fueran más baratas— de cerca de cuarenta años, ceñuda y disciplinada.

Artur ya hacía meses que había dejado el ático y vivía con su madre y de lo que ella le daba, como si fuera la paga de un adolescente, pero a punto de llegar a la cuarentena...

Gisela, en Ginebra, limitaba la relación con ellos a una llamada a Vicky una o dos veces al mes. Y cada vez le costaba más coger el teléfono para cumplir el deber moral que se imponía, porque un día Vicky respondía con monosílabos de dicción pastosa y otro cotorreaba con incontinencia, pero de temas intrascendentes, anécdotas sobre programas de televisión o de personajes de las revistas del corazón. O le explicaba que el pan de la panadería de debajo de casa ya no era como antes y por eso ordenaba a Rafaela que se desplazase hasta una panadería más lejana, aunque a menudo sospechaba que le traía el pan de la de debajo de casa, que la gallega la engañaba, la desobedecía. Gisela y su madre nunca habían tenido muchos temas de conversación en común. Ahora, casi ninguno. Conocedora de que su madre agradecía el interés, aunque fuese postizo, Gisela solo concedía un insustancial «¿Y Artur, bien?» en un momento u otro de la llamada. Nada más. Se sentía tan lejos de ellos que ni les comunicó que en enero, tras

conocerse pocos meses antes en un fin de semana loco, se había casado en Milán con Fazio, un italiano presumido de Florencia, y que vivían juntos en Ginebra. Cuando algún día se decidiese a explicarlo, Vicky reaccionaría mal, eso seguro, por no haber tenido la oportunidad de asistir a la boda de la hija. Caso de haber tenido la oportunidad de meter baza, no se habría conformado con una civil y austera, no, habría insistido en montar una celebración como Dios manda, en la que ella pudiera participar y elegir los detalles. Cuando Gisela se dio cuenta de su descuido, ya habían pasado dos meses de la boda y todavía era más incómodo confesar su nuevo estado civil. Podía mentir. Podía callar. Quién sabe, tal vez cuando se calmara la pasión italiana se separaría de Fazio y también se podría ahorrar explicarle el divorcio a mamá.

Este muro en la comunicación familiar no lo había construido Gisela unilateralmente. Su madre tampoco le explicó que Artur la había convencido para invertir los setecientos mil euros que le quedaban, salvo un pico de veintiséis mil, en un negocio infalible: comprar un yate de lujo y contratar una tripulación mínima para alquilarlo para fiestas de alta sociedad. A ella, la noche en que Artur, tras conseguir apagar el televisor, se lo propuso, se le abrió el mundo, todo era luz, alegría y aire fresco bien yodado. Ya se veía de maestra de ceremonias, habiendo convertido el barco en el *relais châteaux* soñado, pero flotante. Poderlo llenar en Barcelona de personas educadas que huelen bien y, pasada una noche inolvidable, despertarse en Niza para desayunar cruasanes recién horneados. Los invitados y anfitriones querrían repetir a menudo gracias a los detalles personalizados y al trato exclusivo que ella les ofrecería.

—¡Oh, Artur, qué buena idea!

—Te gusta, ¿verdad, mamá? Lo sabía...

—Podemos organizar fiestas, pero también viajes íntimos y selectos, para ochenta o cien pasajeros.

—Mamá, si todo va bien, eso será más adelante, porque el yate previsto solo tiene cuatro o cinco cabinas...

—¿Solo? —Artur asintió en silencio—. ¿Y aun así es tan caro? —Artur volvió a asentir en silencio—. No es solo que setecientos mil euros es mucho dinero, es que son todo lo que tengo. Bueno, y este piso.

—No temas, te lo devolveré pronto y con intereses. Quique es un tío cojonudo y lo tiene todo calculado.

El socio de Artur, un tal Enric Bladé, *Quique*, era conocido de uno de los amigos de Artur de toda la vida, Álvaro, habitual en las fiestas del ático.

—¿Él también pone dinero?

—¿Quique? Sí, menos que nosotros, pero también arriesga capital.

—¿Y cuándo empezamos?

—Tan pronto como ingresemos nuestra parte.

—Pues mañana mismo vamos al banco a ver cómo se tramita esto.

—¡Genial!

Madre e hijo se abrazaron, cada uno haciendo una proyección privada de delirios de grandeza y de poder, de lujo y de glamur, de sexo, drogas y piscinas llenas de billetes. De pronto, Vicky se separó de su hijo.

—¿Y no deberíamos contárselo a Gisela? Ya sabes que lo suyo son los números, como lo eran de papá.

—Más que Quique, no lo creo, este tío es un *crack* de las finanzas... Además, ¿ella qué sabe de yates? Seguro que solo verá pegas. Es mejor que nos lo callemos y le daremos una sorpresa: ¡lo sabrá cuando reciba la invitación para la inauguración! —Artur se rio emulando a un malo de película de terror—. Querrá que se la trague la tierra por no estar en el ajo...

A quien se tragó la tierra con todo el dinero en los bolsillos tres días después de esta conversación, y pocas horas después de que Artur ingresase los setecientos mil euros en la cuenta de la empresa que teóricamente acababan de constituir juntos, fue a Enric Bladé.

Álvaro se limitó a advertir a Artur que ese tío no era de fiar cuando ya hacía una semana que el estafador no cogía el teléfono, el único dato no falso —aunque poco después de consumir la estafa seguro que el aparato ya estaba en el fondo de una cloaca— que Artur conservaba del tal Quique.

Artur y Álvaro han quedado en el bar de Sarrià donde hace bastantes años, con la panda, se reunían día sí, día también. Actualmente lo hacen muy de vez en cuando por culpa de las obligaciones laborales y domésticas de la mayoría. Cuando se han visto cara a cara, Artur ha dado un pequeño empujón a Álvaro. ¿Hasta ahora no le cuenta que Quique no es de fiar? ¿Por qué se lo presentó? ¡Maldita noche! Repite la agresión, con más fuerza. Álvaro ataja sin esfuerzo a Artur, lo inmoviliza, porque es grandote y está en forma. Con esa muestra de poderío indulgente basta para que Artur se desmorone y se deje conducir hasta una mesa, sollozando, observado por buena parte de la poca clientela que hay a esa hora.

—¿Qué haré? ¿Qué cojones puedo hacer? Ese hijoputa me ha matado...

—Tranquilo, confía en que la policía lo detenga.

—Sí, hombre, seguro que lo atrapan... ¡No jodas! Quique ya está en el Caribe riéndose de mí y... y ... ¡y de mi puta madre! —Unos lagrimones se deslizan por las mejillas siguiendo los recorridos poco naturales que marcan las muecas esculpidas por la rabia y por el ahogo del llanto—. Pues yo, yo..., me cago en su madre, hijoputa... ¡Hijoputa!

Artur esconde la cara empapada cuando se acerca el camarero con las cervezas de botella que Álvaro ha pedido con un par de gestos de mímica. Cuando el camarero vuelve a estar tras la barra, Artur, más calmado, saca tres servilletas de papel del expendedor que hay sobre la mesa de mármol que ocupan, se seca los ojos y se limpia los mocos.

—Álvaro, me tienes que ayudar.

—Tranqui. He venido, ¿no?

—Necesito pasta.

—...

—¿Me puedes dejar algo?

—Hombre... ¿De qué cantidad hablamos? Aunque tengo una hipoteca alta, Judit quiere ir a buscar el segundo hijo, mi trabajo se tambalea...

—Sí, se tambalea, hace años que se tambalea, ¡siempre se tambalea!, pero ni cierran ni te echan, siempre curras.

—Al menos lo hago, y hace años. —Levanta las cejas, evidenciando la crítica que ha querido plantar para detener la acometida de Artur.

—De acuerdo, de acuerdo..., tocado y hundido. Que conste que hace tiempo que busco trabajo, pero la cosa está muy chungueta.

—¿Qué me dices? ¿De verdad? —suelta con ironía, y ambos sonríen sin ganas—. Ese es el problema, que todo está fatal y hace años que prometen que la economía mejorará y no es verdad. Es una mierda.

—Sí, vale, vale, pero ¿me puedes ayudar o no? —No lo ha citado para escuchar malos augurios socioeconómicos.

—¿Cuánto quieres?

—No sé... Ocho o diez mil, para pasar unos meses hasta que encuentre algo.

—Joder, Artur, no puedo. Es muchísimo...

Arturo ya esperaba la negativa, por eso ha apuntado alto.

—Venga, pues cinco mil, déjame cinco mil... Tres mil, solo tres mil, y de momento ya me apañó.

—No.

Artur cambia de estrategia sin darse cuenta, pura intuición.

—¿Seguro que no vais a medias, tú y el hijoputa del Quique Bladé?

—Estás desvariando.

—¡Lo que estoy es desesperado! Nunca, nunca, nunca, nunca habría pensado que caería así de fácil en una trampa como esta. Tío, ¡setecientos mil euros! Todo lo que teníamos mamá y yo... — Da un trago de cerveza y, mientras arranca la etiqueta de la botella con una intensidad excesiva, repite lo que ya ha contado por teléfono a Álvaro los últimos dos días—. Es que lo tenía todo, contratos, currículos de los candidatos para la tripulación, tarifas, contactos de gente interesada... ¡Parecía todo legal! El hijoputa lo ha hecho muy bien, muy bien. Me la ha clavado hasta la garganta... Entrando por el culo.

—Si me lo hubieras dicho antes de darle la pasta, te habría advertido. Me ha llegado que siempre está metido en negocios poco claros, o turbios, pero no sabía que se dedicaba directamente a la estafa.

—...

—Te pidió que no me lo contaras por si se me pasaba por la cabeza sumarme al negocio del siglo y le creíste, ¿verdad? —Álvaro fuerza una expresión de perspicacia.

—...

—¿Verdad?

—Sí. —Artur evita mirar a Álvaro mientras barre de la mesa las bolitas de papel, en que ha convertido parte de la etiqueta de la cerveza, para tirarlas al suelo.

Álvaro da un trago largo, deja la botella —con un par de dedos de cerveza dentro— en la mesa de un golpe seco y se levanta para irse.

—Ya invito yo.

—Pero, Álvaro, Álvaro, cojones, no te vayas. ¿Me puedes ayudar o no?

—No.

—Qué bien te ha ido que me lo callase para hacerte el ofendido, ¿eh? Tú también eres muy hábil... ¿Seguro que no me vendiste? Rollo... tengo el primo ideal, te lo presento, te lo trajinas y me das el diez por ciento de lo que le saques.

—Mira, entiendo que estás en una situación muy difícil, pero es tan grave que no te puedo ayudar... Te lo diré muy claro: no has trabajado nunca, en tu puta vida, y no sé cómo me podrías devolver lo que te deje.

—Cuando pasabas días y días en mi casa poniéndote hasta el culo de mi farlopa, de mi whisky, hostia, ¿es que no pagabas ni los condones!, entonces no importaba si trabajaba o no, ¿verdad? No te importaba una mierda. Ahora no, ahora el señor se ha casado y tiene hijitos y una hipoteca y los amigos se la sudan.

—Artur, me voy. Y mejor que no me llames. Durante una larga temporada, no me llames.

Artur se levanta y agarra a Álvaro por la manga de la cazadora, mirándolo con los ojos acuosos y enrojecidos de un niño marroquí pidiendo limosna a un turista de corazón duro.

—Por favor, déjame mil euros, ¡solo mil!

—¿Y el pisazo ese que vas a heredar? ¿Ese cerca de la Pedrera que me has contado tantas veces?

—La vieja, la propietaria, todavía está viva...

—Lástima... —Y le dedica una sonrisa recta, breve, sin separar los labios.

—Mil, solo mil...

—No. —Liberándose de la mano de Artur y medio girado para irse, añade—: Actúa, Artur, por una vez actúa y no te limites a dejarte arrastrar y a pedir ayuda.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. Está muy claro.

Artur no vive en un telefilme. Ni se atreve a admitir que ha entendido lo que le ha sugerido su amigo. El que hasta hoy era su amigo. Artur solo ve los billetes que le han robado, que él ha dado libremente, tal como le hizo evidente el policía que lo atendió cuando puso la denuncia pertinente, pertinente y todo apunta que infructuosa. Artur solo ve el agujero como de pozo que han dejado estos billetes al desaparecer y trata de llenarlo con otros billetes para no caer de cabeza en la oscuridad.

—Tío, ochocientos euros, ochocientos ochenta, para pagar la pensión del piso de la vieja, ¡hostia! Álvaro, por favor, por favor... —lloquea Artur, ya totalmente desinhibido, impermeable a lo que puedan pensar los clientes del bar, que se han quedado en silencio, observando la escena, congelados como suele ocurrir en el instante previo al lanzamiento de un penalti los días que en la tele dan partido.

2016, presente

—La matamos, mamá, la matamos y listo.

Artur sigue sin vivir en un telefilme, pero la desesperación, aumentada y sostenida, de los últimos cinco años se lo está haciendo creer.

—No digas tonterías, Artur.

—Sé cómo hacerlo, sé cómo acabar con ella y que parezca un accidente, como dicen en las pelis.

—Basta, Artur, basta. No insistas.

—No me pillarán, te lo juro. Le he dado muchas vueltas. Lo tengo todo calculado.

—¿No te pillarán? ¿Quién no te pillará? Dios todo lo ve. Y todo lo sabe.

—Vamos, ahora no, ahora no me saques a Dios, mamá.

—No lo saco, siempre está. Él siempre está.

—Joder, pues que pague la pensión a la vieja. ¡O que se la cargue de una puta vez!

Vicky le suelta un sonoro bofetón; sonoro y doloroso. Artur, cerrando los puños, descarga un golpe contra la mesa lista para la comida, mientras en la mejilla izquierda, a pesar de la barba de cinco o seis días, le va apareciendo el dibujo, con una sorprendente nitidez, de una mano abierta de color rojo rubí.

Es el 20 de julio y los últimos cinco meses no han pagado la pensión a Francesca Puigmajor. Y los ha denunciado. La justicia suele ser lenta, si no puede pagar unos buenos abogados. Francesca puede. Hoy han recibido un burofax en que se les comunica que tienen hasta las doce de la noche del 31 de julio —como es domingo, en la práctica pueden hacer el ingreso a lo largo del viernes 29, como máximo— para abonar los cinco mil quinientos noventa y dos euros, correspondientes a los meses de febrero a junio y añadiendo el mes presente, si no quieren perder el derecho de propiedad del piso. Una cláusula del contrato establece que pasados seis meses sin satisfacer la pensión —y el día 1 de agosto se cumple esta circunstancia— se pierden todos los derechos adquiridos sobre el piso. Qué poco podía prever Ernest que algún día se podría hacer efectiva. Y no solo porque no imaginara que la señora Francesca llegaría a los ciento cinco años, lo que ocurrirá en septiembre, sino especialmente porque no habría creído que su familia caería en la penuria económica.

Con el aumento del cinco por ciento aplicado desde el inicio del 2016, son novecientos treinta y dos euros mensuales lo que debe pagar Vicky, y ya no los tiene nunca. La pensión de viudedad, que se acerca a los mil doscientos euros, es alta, a pesar de las congelaciones de los últimos años, porque la cotización de Ernest también era alta, pero si han de vivir dos y pagar los recibos que de vez en cuando también dejan a deber, es poco dinero. Si les restas los novecientos treinta y dos, no es casi nada. Poco a poco, demasiado poco a poco y sin admitirlo, madre e hijo han ido abandonando costumbres, sobre todo relaciones sociales. Artur dejó de fumar «porque llega una edad en la que hay que empezar a cuidarse».

Tampoco cuentan con Rafaela, la mujer de la limpieza, que se fue un día sin despedirse, cuando ya hacía tres meses que la señora Victoria le daba largas con la mesada y fue consciente, viendo y escuchando todo lo que había visto y escuchado, que difícilmente volvería a cobrar, y menos con regularidad, el sueldo íntegro. Se llevó de recuerdo, de finiquito, de compensación o todo junto, dos candelabros de plata y un anillo de oro, pequeño, de la comunión de Artur. No la denunciaron. Al contrario, les marcó un camino que no salía en sus mapas y que conducía a los muchos negocios de compra de oro que habían aparecido en la ciudad. Obedecían a una moral dudosa y, a la vez, respondían a una necesidad cada vez más presente, como lo haría un establecimiento de ortopedia junto a un campo de minas.

Consiguieron un poco más de dos mil euros empeñando joyas con un peso total de unos cincuenta gramos de oro y unos ciento veinte de plata. Para Vicky eran chatarra, porque las joyas buenas, las que llamaba «de la familia» para impregnarlas de pedigrí aristocrático, aunque la mayoría se las había regalado Ernest, las tenía en una caja de seguridad. Cuando decidió no renovar el alquiler del servicio en el banco, las trasladó dentro del armario del dormitorio, conscientemente olvidadas para esconderlas de cualquier tentación. En un mercado menos grotesco, deberían haberse llevado el doble de dinero por aquella «chatarra». En todo caso, les sirvió para satisfacer la pensión de enero de la señora Puigmajor —el último pago, hasta ahora—, para poner al día algunas facturas pendientes y para concederse algunos caprichos, como que Vicky cenara en un buen restaurante, después de un año y medio sin hacerlo, con tres de sus

mejores amigas. En ningún momento dejó traslucir la dureza de la situación por la que estaba pasando, naturalmente. Y no lo hizo porque durante esas dos horas y media de conversaciones animadas, risueñas, y de suaves tintineos de copas y cubiertos, todo vestido con aromas de buena cocina y buenos perfumes, se sintió como si nada hubiera cambiado. Ni en el momento de pagar se incomodó, nada le provocó desasosiego: llevaba ciento cincuenta euros y se los podía gastar todos. Si ella no lo confesaba, no se lo podían notar, porque aún sabe arreglarse y los estilos de moda que corresponden a su edad y a su gusto cambian moderadamente entre un año y los cinco siguientes.

La verdad, sin embargo, es que nadie necesitaba advertir lo que ya era conocido y extendido por Radio Macuto; un macuto de Armani, DKNY o Louis Vuitton, pero igual de perverso y cruel, o más, que si fuese de mercadillo. Volvió a su casa en taxi, recreándose con el paisaje urbano, nocturno y silencioso, un poco borroso por culpa de los regueros en una de las dos caras del cristal de la ventanilla: no tenía claro si llovía o lloraba.

Desde que Rafaela los abandonó lo tienen que hacer todo ellos dos. Por eso el piso tiene zonas, tales como estantes, y sobre todo rincones, que parecen el suelo de una barbería de viejos, lleno de filamentos grises y bolitas de polvo. Ni madre ni hijo son diestros con la escoba ni se dan cuenta de la suciedad que los rodea si la tienen que limpiar ellos. La ropa la deben lavar a mano, con la poca energía que los caracteriza, porque se les estropeó la lavadora y no se atreven a pedir que la reparen. El lavavajillas todavía funciona, pero no lo ponen en marcha hasta que no está lleno a rebosar y, aun así, intentan evitarlo.

La adaptación a los menús no sería tan ingrata si tuvieran recursos para poder comprar alimentos variados y de calidad. O comprar platos ya cocinados. O, incluso, si pudieran ir al restaurante, aunque fuera de los de ocho o diez euros el menú. Pero en ese caso Rafaela seguiría con ellos, sí. Y cocinaría ella, sí. Lo hacía bien, ¿verdad? Sí.

Estos círculos dialécticos, cerrados antes de empezar a dibujarlos, son recurrentes sobre algunos temas diarios, pero no parece que eso les importe demasiado. Son pequeñas fugas hacia un pasado —a veces más reciente, a veces más lejano— que les permite refrescar el ánimo. Sumergen la angustia en un recuerdo placentero. Y cuando el recuerdo se evapora y pierde su poder balsámico, la angustia del presente vuelve a hurgar en la boca del estómago. Pero durante unos segundos han respirado no lo que siempre han soñado, sino lo que siempre habían vivido.

Y estas conversaciones paliativas suelen iniciarse cuando se enfrentan al menú diario, que suele ser a base de huevos y patatas, fritos en un aceite reutilizado hasta el extremo de apestar a motor de coche. Si da pereza pelar patatas, los huevos fritos pueden ir acompañados de arroz hervido, las más veces salado, o crudo, o formando un engrudo, o... Cocinaba bien Rafaela, ¿eh? Sí.

De no saber qué significaba el término *marca blanca*, ahora se podría decir que es el único apellido de todo lo que Artur y Vicky consumen. Hace pocos meses que él incluso se ha acostumbrado, relativamente, a comprar en supermercados con género a punto de caducar. Ha sido la manera de poder incluir en la dieta yogures, vino en brik, algo de fruta, galletas, pollo...

Otro cambio de los últimos meses es que Artur ha trabajado. Lo ha intentado. Un amigo suyo, Albert Baena, uno de los habituales de la época del ático, tiene una hamburguesería en el Born en régimen de franquicia y un pequeño concesionario y taller de motos Norton, Guzzi y Triumph en Sants, además de trabajar desde adolescente en el estudio de diseño —que ya solo factura un

treinta o un cuarenta por ciento de lo que ganaba hace ocho años— fundado por su padre y dos socios más, en el Eixample izquierdo.

Albert ofreció a Artur trabajar de camarero en la hamburguesería. Duró una semana. Que le costara llevar bandejas pesadas arriba y abajo sin provocar estrepitos de vez en cuando, era normal, pero Albert no aceptó que se encarara con los clientes, cosa que hizo en dos ocasiones. A Artur le habría sido útil hacer un ejercicio de autocritica con carácter retroactivo y recordar algún ejemplo de las decenas de veces que él había sido impertinente con un camarero, ahora que ocupaba el otro lado de la barra. Sin embargo, veía a aquellos personajes como iguales. A los cuarenta y cuatro años es difícil cambiar determinados talentos, sobre todo cuando el cambio te exige pasar de la prepotencia de quien paga al obligado autocontrol de quien lo ha de tragar todo.

En la tienda y taller de motos aguantó cinco meses. Lo aguantaron cinco meses. Solo había cuatro trabajadores: el jefe de ventas y único comercial, el jefe de taller, otro mecánico y una secretaria que se encargaba de la parte administrativa de las dos vertientes del negocio. El generoso período de prueba no fue suficiente para que Artur se implicara en el trabajo de mecánico y se ensuciara las manos desmontando motos. Descendió hasta la categoría de recadero, pero tampoco se fiaban lo suficiente de él para gestiones como matricular vehículos o ir a recoger documentaciones a empresas de seguros, o recambios a otros talleres, o traer cafés del bar de la esquina.

Una mañana, precisamente en el bar de la esquina y en horas de trabajo, Artur estaba tomando una cerveza y hojeando uno de los periódicos del establecimiento cuando se fijó en una página, de las que no había visto nunca de manera consciente, en que diferentes empresas ofrecían préstamos de hasta seis mil euros, sin aval y pudiendo elegir la cuota de amortización. Pocos días después tenía seis mil euros en el bolsillo a cambio de pagar ciento noventa y uno cada mes durante cuatro años. Artur se cegó con el dinero fácil y no calculó, como habría hecho su hermana, a qué precio le salían aquellos seis mil: a nueve mil ciento sesenta y ocho euros. Mal negocio, le habrían dicho Gisela y cualquiera que se hubiese detenido a meditarlo un ratito. Era un recurso extremo, de esos para llevar oculto en la manga, que quemó mucho antes de lo que habría sido imprescindible. Un error estratégico que pagaría a un interés tan caro como el préstamo.

Albert aguantaba las quejas reiteradas de sus empleados contra Artur justificando su presencia como un gesto altruista y asegurando que era un acto de misericordia con un amigo que estaba pasando por una mala etapa. No quería darle los seiscientos euros que le pagaba a cambio de nada. Pensaba que para Artur sería insultante, una limosna, y que si trabajaba, aunque fuera poco, moralmente se sentiría mejor y quizá lograría remontar, al menos hasta que pudiera vender el piso ese del que tanto hablaba últimamente. Las buenas intenciones de Albert, que ya de entrada tenían fecha de caducidad de un año o poco más, se terminaron cuando le demostraron, entre el jefe de ventas y el jefe de taller, que en solo tres semanas la caja no había cuadrado siete veces, una incidencia que no se había producido nunca hasta ese momento. Artur robaba, poca cantidad, ciento ochenta euros en total, pero robaba. Y Albert lo despidió de manera drástica, sin derecho a defensa, sin permitirle ninguna réplica para evitar al máximo sentir lástima por el viejo amigo que se iba por el desagüe del fregadero, dando vueltas, dando vueltas, dando vueltas, dandovueeltasglup. Adiós.

La secretaria, Lourdes, no celebró el despido de Artur con sus tres compañeros porque le resultaba simpático. Era un niño de papá caído en desgracia, pero no era un malnacido. La hacía reír y siempre era muy educado, mucho más que los otros tres, cosa nada difícil, por otra parte.

Les dijo todo eso y ellos se rieron. Lourdes desconocía el complot que habían ideado para sacarse a Artur del medio.

—Sí, es verdad que trabaja poco y que a veces se equivoca, pero porque le importa todo un bledo, no porque sea idiota.

—Pobreciiiitooo, es un pijopunk. *No future*, o sea, ¿no? —El comercial se burló y provocó la risa de los dos mecánicos.

—No entiendo tanta alegría. Vosotros no le pagáis el sueldo... ¿Qué os molesta tanto?

—Pues me fastidia pasarme ocho y diez horas al día currando como un cabrón montando y desmontando motos y que un gilipollas, a mi lado, no dé ni golpe y se lleve un sueldo.

—Un minisueldo —corrigió Lourdes.

—¡Ni que fueran veinte euros! Me toca los huevos —insistió el mecánico más veterano—. ¿O no, chicos? —Los otros dos asintieron en silencio.

—Pues es un buen tío, pero no se lo habéis dejado enseñar.

—Y a ti... ¿qué te ha enseñado? —preguntó con sorna el mecánico más joven—. Uy, uy, uy, que esto se pone interesante.

—Ay, que Lourdes se nos ha enamorado y ahora no tendrá a su churri cerca... —la pinchó el comercial.

Y ella le respondió lo más previsible, en estas circunstancias:

—¡Vete a la mierda! Todos. ¡Podéis iros todos a la mierda, a haceros pajas! ¡A su lado parecéis unos chimpancés!

Cuando se disponía a volver a su pequeño despacho conteniendo las lágrimas de indignación, el mecánico más veterano la retuvo asíéndola por un brazo con fuerza.

—No te pongas tonta o te suelto dos sopapos y te obligo a que nos la mames por turnos y de rodillas —la amenazó.

—Pepe, Pepe... Afloja, venga, que nos estamos pasando de rosca —pidió el comercial al darse cuenta de que la cosa salía de madre.

—¿Qué coño sabrás tú, de roscas y tornillos?... ¡Corbatitas! —añadió el mecánico una vez dejó marchar a Lourdes y recuperando el tono de guasa.

Y los tres hombres rieron mientras Lourdes salía corriendo para no llorar delante de ellos.

No podía evitar tener una ligera sospecha sobre Artur, porque cuatro noches atrás él la había invitado a un restaurante que le pareció lujoso y acabaron en casa de ella, a escondidas, como dos adolescentes, ahogando risas etílicas, primero, y gemidos apasionados, después. A pesar de tener veintinueve años, Lourdes aún vivía con sus padres. Poco sueldo, pocas amigas, y ninguna con posibilidades e intenciones de compartir piso, y un atractivo físico muy limitado que paseaba mucho menos de lo que le convendría por el mercado nocturno del ocio, donde podría conocer a un futuro marido, le habían impedido, hasta ahora, abandonar el piso de toda la vida. Al recuerdo agradable con sonido de violines de aquella noche con Artur, había que añadir los chirridos distorsionados del recelo de no saber si la cena había sido pagada con dinero robado. Cabreada como estaba ahora, decidió que, suponiendo que sí, se sentía orgullosa de que alguien hubiera delinquido para hacerla feliz. Suponiendo que no, le daba mucha rabia, muchísima, por la injusticia cometida con Artur, porque empezaba a intuir el juego sucio de sus compañeros, el engaño, y porque perdía el contacto con un hombre que era como un niño con problemas y sexualidad de adulto, tal como a ella le gustaban.

La noche de la cita, Artur calló, entre muchos otros detalles de su presente de asfixia económica, el préstamo abusivo que había contratado. Sí que fue sincero cuando le susurró, de madrugada, escapándose del piso antes de que los padres de Lourdes se despertasen, que se lo había pasado muy bien con ella. No era guapa ni estaba buena, admitía Artur a su almohada, pero era espontánea y cariñosa, lista y divertida, humilde y esperanzada. Y olía muy bien. Había estado más a gusto con ella que con muchas de las amantes de su vida, algunas modelos, muchas ricas, mujeres que no hacían ascos a ninguna droga, a ninguna práctica sexual, a ningún exhibicionismo, a ningún gasto caprichoso. Por eso no recordaba una sonrisa de agradecimiento y de felicidad tan franca como la de Lourdes, porque nunca se la habían dedicado.

Una vez abierta la vía de pedir algún trabajillo a los conocidos con negocios propios, Artur repasó la agenda como si se hubiera quedado sin pareja y buscara alguna de antigua para ir a un baile de gala en Nochevieja. Podría haber conseguido alguna colocación más, la lástima es que, por culpa de la velocidad de las redes sociales a la hora de esparcir mierda, y aunque Albert Baena no lo hizo público directamente, los viejos amigos del grupo de Artur estaban al caso de sus últimas experiencias laborales y se lo quitaron de encima con evasivas poco sutiles, eso los que le cogieron el teléfono.

Y ahí están, madre e hijo, releyendo por tercera vez un burofax y discutiendo sobre las pocas escapatorias que les quedan mientras simulan cenar.

—Solo nos queda la nena. Yo ya no puedo pedir dinero a nadie y tú no quieres pedirle al Quintero.

—No, de ninguna manera, nunca más podría mirarlos a la cara, ni a él ni a Julia.

—No se trata de mirar la cara o el culo, se trata de que perdemos el piso, ¡lo perdemos!

—Te prohíbo que...

—No, mamá, no me prohíbes nada, ¡nada! Soy el responsable de esta situación y la tengo que solucionar. El piso de la vieja es lo único que nos queda, aparte de este, pero si vendemos este, ya podemos buscar un cajero y unos cuantos cartones.

—No hagas bromas de mal gusto.

—¿Broma? Cada vez me lo parece menos... Como no sales de casa, no ves cómo está la calle... —Artur se da cuenta de que su madre baja la cabeza, como un muñeco hinchable de plástico barato recién pinchado, y busca un tono más positivo—. Lo solucionaré, ya lo verás, volveremos a tener dinero, pero necesito tiempo, y por eso tenemos que pagar estos cinco mil seiscientos euros. Si no hubiera quemado la carta de los usureros, tendríamos seis mil mañana mismo...

—¿Y si lo pruebas? ¿Y si los pido yo?

—No, nadie nos dará nada, porque estas empresas se pasan información unas a otras... Pero no les pienso devolver ni un céntimo. Que se esperen. Que se jodan. Si tengo que estar en una lista, que sea negra.

—Y, entonces, ¿qué vas a hacer?

Con esfuerzo, Vicky levanta la mirada del plato con restos de huevo frito y las patatas intactas. No consigue enfocar lo suficiente el rostro de su hijo, que muestra una sonrisa solo de labios. Es como si, a pesar de haberle tapado el pinchazo con un trozo de esparadrapo, el muñeco aún

perdiese la mitad del poco aire que le insuflan las pastillas; el equilibrio de la cabeza de Vicky dista mucho de poderse considerar estable.

—Primero llamaré a Gisela, ha llegado el momento de hacerlo.

—¿Y después?

—Después, mataré a la vieja.

Esta intención se ha convertido en una especie de mantra para Artur. Es un madero en medio de un mar rabioso que hace demasiados años que no está calmo, como antes.

Gisela está en su casa, como es habitual la medianoche de un lunes, y aún más desde que vive en Suiza. Está sentada en el sofá, rodeada de papeles y con el portátil en el regazo. La llamada al número fijo la sorprende, porque ya casi nunca suena.

—*Allô?*

—¿Gisela?

—¿Sí...?

—Soy Artur.

En los últimos veinte años, incluso veinticinco, Artur no la ha llamado, por ningún motivo. En los anteriores tampoco recuerda muchas ocasiones. Ella a él, quizá cinco veces. O tres. Siempre que no se podía comunicar con los papás y lo usaba de puente. No es que estén peleados, no, no; desde que superaron la adolescencia que no riñen. Simplemente, no encajan, como dos piezas de dos sistemas de puzzle diferentes. Llegó un momento en que, de manera tácita, decidieron no disimularlo. Se ignoran, nada más.

—¿Le ha pasado algo a mamá?

—¡No, no! Tranquila... —Simula una especie de risa breve—. Ya suponía que te pensarías algo así. Está bien... O como siempre, en todo caso.

—...

—Y tú, ¿cómo estás?

—Bien, bien.

—...

—Artur, ¿qué pasa? ¿Qué quieres?

—Estoy en un lío muy gordo.

—...

—Por mi culpa, estamos a punto de perder el piso.

—¿Lo has hipotecado?!

—No, el nuestro no. El del Eixample.

—¡Ah! Aquel... ¿Qué has hecho?

—El imbécil. Me estafaron.

—...

—Hace tiempo que pasó, cinco años.

—¿Cinco años? ¿Me llamas a medianoche para hablarme de algo que pasó hace cinco años?

—Mamá no quería que te lo contara... Pensábamos que podríamos superarlo, que la vieja se moriría antes, pero es que la cosa está muy mal...

—Para todos. ¿No has oído nada sobre una crisis económica? Ah, claro, tú no vives en el

mundo real.

—Muy graciosa... Quiero decir mal de verdad, Gisela.

Artur se calla porque tiene miedo de que se le escape algún impropio. La experiencia adquirida tras unos días haciendo de camarero le ha servido de algo. Hoy le toca tragar, hoy debe cerrar los ojos, taparse la nariz y tragarlo todo. Es consciente de que si no convence a su hermana les quedan pocas alternativas. Básicamente, dos: hipotecar el piso de Les Corts o matar a la vieja. Matar a la vieja. OMMM...

—¿Qué es eso de que te estafaron? ¿Cuánta pasta?

—Todo.

—¿Y eso significa...? —Después de cederle unos segundos de silencio, y al notar que Artur no lo rompe, Gisela añade, cada vez más indignada—: ¿No pensarás que tengo la más remota idea de cuánto dinero tenías hace cinco años? ¡Si ni te conocería por la calle!

—Todo significa todo. Setecientos mil euros.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¡¿Perdiste el dinero de mamá?!

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿Por qué no me habéis dicho nada? ¡¿Me lo habéis ocultado cinco putos años?!

—Tampoco he tenido muchas oportunidades de contártelo...

—Contigo no, pero con mamá hablo a menudo, y no ha dicho ni mu.

—Ya sabes cómo es...

—No, no lo sé, pero ahora me doy cuenta de que es mucho peor de lo que suponía.

Vuelven a callar. Les falta poco para superar el récord de la conversación más larga que han mantenido nunca. Artur opta de manera intuitiva por alejar la presencia de mamá de la conversación.

—Era un buen negocio... Habría funcionado.

—Seguro, seguro... Como todos los vagos, siempre has buscado el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo.

—De verdad, era un buen proyecto. Pero no esperaba que mi socio, que el hijoputa que me estafó, se fuera con mi pasta.

—Con la de mamá, no te equivoques. No era tu pasta.

—Seguramente, tú habrías investigado más a fondo o te las habrías ingeniado para no soltar la pasta hasta tenerlo todo bien atado... Pero ya sabes que yo soy más impulsivo y, de verdad, el tío fue muy listo, mucho. Me lo tragué, y seguro que, como yo, mucha gente habría picado. El negocio era bueno, la putada es que él es un ladrón.

—Lo que no sé es si tanta gente se habría jugado setecientos mil euros que no eran suyos.

—...

—Joder, Artur, ya te vale.

—El caso es que ahora...

—¡Espera! Necesito aire. Dame un respiro para asimilar que has tirado el dinero que papá acumuló tras cincuenta años de trabajo. Y que no fue poco. —Artur respeta lo que le pide Gisela, pero pronto ella misma vuelve al tema—. Pero ¿a quién se le ocurre...?

—Gisela, ya sabemos que tú y yo nunca hemos sido uña y carne, pero, créeme, lo estoy

pasando muy mal, mucho, porque la cagué de forma brutal y, lo peor de todo, he arrastrado a mamá a la miseria.

—¿A la miseria? Ya me gustaría saber qué consideras tú miseria...

—Pues comer siempre huevos fritos con patatas, comprar yogures caducados, dejar de fumar por no poder pagar el tabaco, trabajar haciendo de mozo de taller hasta que me echaron injustamente... Malvivir de la pensión de mamá, con más facturas pendientes cada vez, con el riesgo de que nos corten el gas o la electricidad... Para mí, esto es miseria, no extrema, pero miseria. Y ahora estamos a punto de perder el piso de la puta vieja si no le pagamos los seis meses que debemos.

—No sé si la vieja es puta o no, pero no tiene ninguna culpa, eso seguro. Y si no se le paga lo que papá acordó, es lógico que lo reclame. Así que tú mismo.

—¿No me escuchas? ¡Le debemos seis mil euros! ¿De dónde quieres que los saque?

—¿Seis mil?

—Casi.

—Y me llamas para que te los dé yo, ¿no? Y para que continúe pagando. Incluso para que os pase una ayudita, porque, pobrecitos, con tantos huevos fritos tenéis el colesterol por las nubes.

—Mira, Gisela, tienes derecho a enfadarte, cuélgame el teléfono si quieres, pero no te pongas sarcástica, eso no.

—Me pongo como quiero, solo faltaría. —Lo dice sin alterar el tono de voz, con la seguridad de los que tienen agarrada la sartén por el mango, la serpiente por el gañote, al hermano por los cojones.

—Siempre he sido un vividor, de acuerdo, pero nunca he hecho daño a nadie. Al contrario, he sido generoso, demasiado generoso, y no me merezco un castigo tan bestia.

—¿Ah, no? ¿Por qué no? ¿Quién lo dice, que no?

A Artur la voz le estalla en un sollozo incontrolable.

—Te juro que si no fuera por mamá ya me habría suicidado. ¡A la mierda con todo! ¡¡¡A la mierda, a la mierda!!! Total, no he hecho nada bueno en la vida, ni lo haré. No pasaría nada si me muriera ahora. —Llora unos segundos, tapando el micrófono, hasta que consigue controlar la respiración entrecortada—. Lamento tener que molestarte, y no por orgullo, porque tú sí que no mereces verte en este lío, pero no me queda nadie más, y no puedo más... No lo hagas por mí, hazlo por ella.

—...

—Ayúdanos y, si quieres, me voy, desapareceré para no cagarla nunca más.

—No te pongas melodramático. Y suénate los mocos. —Gisela calla mientras escucha como su hermano la obedece, aunque ha sido una coincidencia—. Tú y yo no tenemos nada que ver, salvo el apellido, y mamá y yo jamás nos hemos entendido. La diferencia es que yo no os necesito. A papá sí que lo necesitaba, pero está muerto. —Gisela se calla ante una imagen vívida de su padre, que la mira, le sonríe y luego le dedica una mueca que ella interpreta: «Venga, mujer, no seas tan dura: tú eres mejor que ellos»—. A pesar de todo, no te preocupes, os daré el dinero y tú sigue cuidando a mamá. Te pagaré un sueldo por estar con ella.

—Gracias, Gisela, gracias. De verdad que

—No, no, no, espera, no he terminado —corta Gisela—. Estoy pensando que vendré a Barcelona para formalizar un contrato, porque no pienso dejar que entre los dos arruinéis el único

proyecto de papá que lo sobrevive. Fui idiota cuando obedecí a mamá y vendí todo lo demás. Me tendría que haber imaginado que podría pasar algo así, que el dinero iría directo al váter. No volverá a pasar; con el piso de la vieja, no.

—Pero tenemos pocos días para pagar...

—Muy bien, pues envíame el número de cuenta donde debo hacer el ingreso.

—No tengo ordenador ni Internet.

—Pues me lo cantas por teléfono. Y la cifra exacta de la deuda. Y también quiero el número de cuenta de mamá. Y en cuanto pueda vendré.

—Gracias, Gisela.

La línea queda en silencio por ambos extremos. Tienen demasiadas reflexiones, cálculos y emociones recorriendo los circuitos neuronales. Gisela, que siempre ha tratado de evitar al máximo los efectos colaterales derivados de las emociones, ya se siente más segura.

—¿Qué negocio era?

—Un yate de lujo, para fiestas.

Gisela se ríe, una risa limpia y fresca que su hermano considera impropia en aquella situación.

—Muy de vuestro estilo. Un yate de lujo... Qué fuerte.

Fazio llega a casa, se acerca a la sala donde está Gisela, acurrucada en el sofá, sentada sobre las piernas flexionadas, con los pies descalzos y el portátil a su lado. Su marido busca el equilibrio con una mano, con la que roza y resigue toda la pared del pasillo. Tiene los ojos enrojecidos y con brillo alcohólico, como demasiadas noches en los últimos meses. Gisela cambia el tono de voz, como quien cambia de canal en la televisión.

—Mañana a esta hora... No, mejor antes, a las diez me llamas con los datos. Ahora tengo que dejarte. —Y cuelga.

Artur se queda unos instantes con el teléfono en la oreja, como hipnotizado por el sonido intermitente. Pip, pip, pip, pip, pip... Se siente salvado. Momentáneamente, de acuerdo, pero dormirá de un tirón, un acto aparentemente sencillo que resulta imposible para millones de personas.

Artur llega a la portería del piso del Eixample. Tantos años pagándolo, y el único que lo vio por dentro fue su difunto padre. Él es la segunda vez que contempla la finca desde la calle. La primera ni la recuerda, fue hace veintisiete años, pocos días después de que Ernest les diera la noticia del acuerdo con la señora Puigmajor. Un mediodía los llevó ante el edificio y, parados unos segundos dentro del coche, estuvieron tentados de buscar aparcamiento, subir al principal y pedir por sorpresa a la señora Francesca Puigmajor que tuviera la amabilidad de enseñarles el piso. Lo descartaron porque no era una persona simpática y se lo podía tomar mal, justificó Ernest, aunque en realidad pensaba que, tal como estaba el piso en ese momento, tal como él lo había visto y con el tufillo que recordaba, su mujer podía tener un ataque de nervios, como mínimo.

A Artur, el estado del piso no le importa, lo que quiere es saber qué aspecto tiene la vieja, para poderla identificar. De alguna manera, para saber a qué se enfrenta. Ahora que Gisela pagará, no es necesario matarla. Quizá por eso se atreve a dar el paso que hace años ha ido postergando.

Ha preparado un paquete con un libro cogido al azar de la biblioteca de casa, envuelto en papel de regalo navideño que ha encontrado en un cajón de un mueble del comedor. El libro es

Promesa rota, de Frank Yerby, de cuando, hace exactamente treinta años, los padres fueron socios de Círculo de Lectores durante nueve o diez temporadas. Le cuesta decidirse a entrar. Si aún pudiera fumar, sería un buen momento para encender un cigarrillo y, en cuanto pisara la colilla, meterse en la portería, como si la nicotina aportara el empuje de una buena raya de coca. No le debería costar tanto: si en la portería le preguntan adónde va, sabe el nombre y el piso de la vieja. Debería haberse disfrazado un poco, nunca se sabe. Se dejará las gafas de sol puestas y ya está; ahora tampoco puede hacer nada más. ¿Y si se compra una gorra de visera en cualquier chino? No, no es necesario.

Entra en el edificio demasiado acelerado, piensa, y afloja el paso tras superar dos escalones, antes de acceder a una especie de amplio vestíbulo. Saluda con un gesto mudo a la portera, medio oculta dentro de su garita, dispuesto a soltar, tan pronto como le diga aunque solo sea «buenos días»: «HolavoyacasadelaseñoraPuigmajoralprincipalsegunda». La portera no le ha devuelto el saludo, tampoco le ha preguntado nada, solo lo ha mirado un poco, y parece que ha evaluado que el peligro potencial que representa Artur es escaso. O eso se ha concedido él. Quieto por inercia ante la puerta y contemplando el espacio vacío, duda si coger el ascensor. No tiene sentido, yendo al principal. Además, se está exponiendo ante la portera innecesariamente. Sube con agilidad por la escalera y pronto deja atrás el entresuelo. Se planta ante la puerta del principal segunda. Si no estuviera tan nervioso, se daría cuenta de que la finca es bonita, con elementos modernistas tardíos, con una escalera luminosa. Y que los ornamentos de latón de la puerta no están lo suficientemente brillantes, aunque la portera no parece en absoluto atareada. Quizá son responsabilidad de cada vecino.

Toma aire y llama.

Ding-dong.

Espera.

Se pone el paquetito del libro delante, como si fuera un pequeño escudo.

Tardan, pero oye un ruido de cerrojos y la puerta se abre un poco. No ve nada, todo está oscuro. Mierda, tendrá que quitarse las gafas. Se las pone sobre la cabeza, de diadema, mientras pregunta:

—¿La señora Puigmajor? —Simula que lee una etiqueta que no ha pensado en escribir—. ¿Francesca Puigmajor?

Esta acción tan simple le da derecho a mirar el interior del piso. Desprende un cierto tufillo, no llega a peste, pero en todo caso no es un aroma agradable. Está bastante oscuro y no abren demasiado la puerta. Intuye a una persona sentada en una silla de ruedas. Una persona que paulatinamente gana contornos definidos.

—Sí, soy yo.

—Le traigo un paquete.

—¿Qué es?

Artur se empieza a poner más nervioso de lo que ya estaba. A cambio, sin embargo, se está haciendo una mínima idea de la fisonomía de la vieja.

—No lo sé, yo solo se lo tengo que dar.

—Pues yo no he pedido nada ni espero nada, así que ya se lo puede llevar, joven.

—Como quiera... Parece un libro. ¿No lo quiere?

—¿Quién lo envía?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? Alguien se lo ha dado para que me lo traiga, ¿no?

Artur no puede evitar un temblor que sacude, de momento ligeramente, el libro, que de pronto pesa mucho. Se siente acorralado. Y no era necesario. Recoge el brazo estirado, con el libro en el extremo, como un pescador recoge el sedal de la caña para volver a lanzar el anzuelo cuando sea oportuno.

—A mí no me lo dicen. Si no lo quiere, lo devuelvo a la oficina y ya me dirán qué hacemos. Disculpe y que tenga un buen día.

Artur empieza a bajar los escalones, anticipando mentalmente el típico «¡joven, espere!» que le permitirá conocer un poco más a la vieja. Pero no. Sigue sin vivir en una serie de televisión. La vieja cierra la puerta y pasa los cerrojos. Sabe un poco cómo es, algo es algo: delgada, de piel aparentemente pálida, con el cabello blanco y recogido en algo parecido a un moño, ropa oscura y, lo más importante, va en silla de ruedas. Como tantos otros viejos empujados por inmigrantes, va en silla de ruedas, un medio que ya se disputa el tráfico de la ciudad con los carros de supermercado llenos de trastos de contenedor y la invasión cada vez más numerosa de bicicletas campando a sus anchas.

La vieja va en silla de ruedas y tiene la voz rota. Pronto, quizá también el espinazo.

Aunque le ha dicho mil veces a mamá que lo tenía todo calculado, lo cierto es que el plan de Artur no era nada sofisticado. Pretendía vigilar el piso hasta que la vieja saliera a comprar, al médico, a donde fuera, y, simulando que le tiraba del bolso, hacerla caer de cabeza contra el suelo, con la fuerza suficiente para romperle el cuello o astillarle el cráneo. Si después se podía escapar, abandonando el cadáver en plena calle, fantástico. Si lo pillaban, tenía la carta del suicidio en la manga. Matar a la vieja sabe que le costaría. Matarse a sí mismo... aún más. Pero si «matar a la vieja» es su mantra, la opción del suicidio le permite sentirse invencible.

Menos mal que ha ganado tiempo para decidir qué hacer. Si algo sale mal, él pagará las consecuencias, su madre no tiene por qué perder el piso. Lo podrá vender y vivir cómodamente lo que le queda de vida. Eso si no es que admite a la policía que conocía las intenciones de su hijo. Y si es acusada de cómplice, tal vez sí que le toque pagar el pato... Mierda.

Artur, subiendo por Rambla de Catalunya, mueve la cabeza con brusquedad, negando dos veces, como si espantara una mosca que le zumba cerca de una oreja. Lo hace para ahuyentar las muchas fugas que pueden estropear su plan. La vieja va en silla de ruedas. Eso dificulta hacerla caer al suelo. O no, la puede empujar hacia los coches que circulan por la calle... Frenarían, ella y los coches. ¿Y si la acompaña alguna joven sin trabajo? Tiene dinero, la vieja puede pagar a alguien que la ayude. Una asistente social o una inmigrante. ¿Debería matarlas a ambas? Uf, la cosa se complica.

¿Y si no vive sola? Con los años que hace que papá le compró el piso, pueden haber cambiado muchas cosas. Le ha dado la impresión de que vive sola. Y si en el piso hay alguien más, debe de estar muy mal si quien abre la puerta es una vieja de más de cien años que va en silla de ruedas. La vieja. Matar a la vieja. Matar a la vieja.

Matar en frío es muy difícil.

Ahora no es necesario.

Aún no es necesario.

Gisela es la última ramita a la cual agarrarse antes de caer al vacío absoluto.

¿Seguro? Debe hacerlo por sí mismo. Ya basta de aceptar que todo el mundo lo desprecie.

El problema, uno más, es que, tal como ha intuido, parece que debe de salir muy poco, y la vigilancia, previsiblemente muy larga, de días y días, puede ser muy complicada sin un piso franco delante o, por lo menos, un coche aparcado cerca. Con lo fácil que es en las películas.

Demasiadas interferencias. Debe cambiar de estrategia. En la calle siempre habrá muchos testigos. Debe buscar la manera de matarla en su casa. Ding-dong. Y croc, un martillazo en la cabeza. Ding-dong. Zzzist, un corte de navaja en la garganta. Ding-dong. Una capucha letal de bolsa de súper... «¡Me ahogo, me ahoogooo!»

Primero la vigilará unos días para conseguir tanta información como pueda sobre sus costumbres, visitas, horarios...

Quizá con un buen susto ya le bastará. Un petardo de los gordos. En el regazo. Un accidente, una gamberrada. ¡Pumba! Y el corazón a tomar por culo.

Con los años que tiene, debe de estar muy delicada, frágil, quebradiza.

Artur no ha tenido nunca grandes objetivos en la vida y ahora tiene uno: matar a la vieja. Está dispuesto a aceptar la responsabilidad del crimen porque la vieja se ha convertido en el castigo. Una determinación que se va concretando en idea lo rodea y envuelve como un humo negro. Matará a la vieja y no tendrá miedo, porque después, si es necesario, se matará a sí mismo.

Y Gisela y mamá y Albert Baena y Álvaro y el mundo entero, todo el mundo tendrá que admitir que Artur Claramunt era un imbécil que terminó sus días como un kamikaze, pero uno generoso y con dos cojones. Enormes.

¡Banzai!

LA HISTORIA DE LA VIEJA

El 25 de septiembre de 1911, pronto hará ciento cinco años, nació en Pineda de Mar Francesca Puigmajor Gassull, en el seno de una familia con una situación económica cómoda, muy cómoda gracias a los negocios implantados en América, sobre todo en Cuba. Francesca era nieta de un indiano. El abuelo, Salvi Puigmajor, entre 1860 y 1870 exportó tejidos, básicamente de lino, hacia Cuba. De vuelta, traía azúcar. El negocio más suculento, sin embargo, se producía en lo que hoy llamaríamos en negro. Casualmente, entonces también. El abuelo de Francesca transportaba tejidos a América, haciendo escala en Guinea, donde llenaba hasta la bandera la bodega del barco —casi poniendo a prueba la elasticidad de la madera y la fiabilidad de los cálculos de estructuras navales— de esclavos africanos que luego vendía —los que superaban la travesía— a los dueños de las plantaciones cubanas vecinas a las suyas, entre otros compradores. Era un negrero, cuando el negocio ya mostraba los primeros síntomas de decadencia. Pol Puigmajor, padre de Francesca, no se dedicó a la esclavitud, los tiempos habían cambiado. El montante de la fortuna ya la había generado el abuelo Salvi, y Pol y sus dos hermanos pequeños, Ramon y Aniol, se limitaron a mantener los negocios, al este de América y al oeste de Europa, tanto tiempo como supieron y trabajando tan poco como pudieron.

Casado con la heredera Maria Teresa Gassull, y obedeciendo más al sentido práctico que a los mandatos del amor, Pol Puigmajor tuvo cinco hijos, la tercera de los cuales fue Francesca. Ella creció en un ambiente regido por la naturaleza y las estaciones. Verano era la época de baños de mar, de atrapar moluscos, que se comía crudos cuando las niñeras no estaban atentas, y de remover con las manos la arena de la orilla para encontrar, retorciéndose, gusanos húmedos que los mayores utilizarían al atardecer para pescar. Otoño era el momento de jugar al pilla pilla en los pinares, de buscar setas y de hartarse de comer moras maduras y jugosas. Todo el año compartía meriendas con sus hermanos y con el extenso grupo de amigos del pueblo, en el patio interior o, las tardes de lluvia, en el desván del caserón que había mandado construir el abuelo, donde vivía la familia. Primavera era el turno de perseguir mariposas entre la vegetación frondosa y coger caracoles tras un chaparrón, improvisar ramilletes de flores y lamer la cuchara del tarro de la miel. Y durante las suaves noches de invierno escuchaba cuentos de miedo ante la chimenea, descascarando y mordisqueando frutos secos.

En la escuela, o con profesores particulares que algunos meses contrataba su padre, Francesca aprendía literatura, historia, matemáticas, francés, música y también a coser, a montar a caballo, normas de buenos modales... Le gustaban los retos de puntería y jugar a pelota y, de vez en cuando, también a muñecas y cocinitas con su hermana pequeña, Lluïsa.

Cuando tenía diecisiete años convenció a su padre para ampliar y renovar la escuela del

pueblo. Él pondría el dinero; ella, la organización. Sabía gestionar y mandar de manera innata, más por convencer a quien fuese que por imponer su criterio. Aunque es justo mencionar que se comportaba así con quien se podía considerar igual, porque con el servicio solía mostrarse simpática y generosa, pero también exigente y despótica si las cosas no salían como ella había previsto. Si su padre se hubiera movido por impulsos políticos, gracias a la popularidad que le regaló su hija, habría tenido asegurado el cetro de alcalde durante varios años.

Cuando cumplió los diecinueve, Francesca instituyó un baile de fiesta mayor, financiado por su padre, huelga añadirlo.

—¿Y para qué queremos un baile?

—Para hacer feliz a la gente, padre. ¿Qué otro motivo precisa?

Francesca y su padre charlaban paseando por un caminito rural, cerca de la casa, ella peinando con los dedos las hierbas altas de los márgenes y él con las manos entrelazadas en la zona lumbar y masticando un puro, cubano, naturalmente.

—Sí, claro, pero yo no soy responsable de la felicidad de todo el pueblo. Que cada uno se pague su felicidad —protestó con poco convencimiento; estaba seguro de que Francesca ya tenía incluso la orquesta apalabrada.

—Cada uno busca su felicidad... ¡y vos conseguís la de todos! ¡Sois como Dios!

—Niña, niña, no digas esas cosas o Nuestro Señor te castigará... —le recriminó su padre, sin conseguir reprimir una sonrisa ancha; no podía resistirse a las carcajadas explosivas, frescas y contagiosas de su hija.

—Así, ¿qué? ¿Cuánto dinero puede darme?

—Uy... Poco, querida, poco...

Francesca se abrazó a su padre y, entre otros arrumacos, le hizo cosquillas en el cuello para provocarle la carcajada. Ya lo tenía en el bote.

Francesca eligió para organizar el baile el sábado siguiente al 15 de agosto, para no rivalizar con la festividad de la Asunción de María. Así pues, el 16 de agosto de 1930 tuvo lugar el primer baile Puigmajor. Ese día, una carpa enorme traída desde Barcelona cubrió la plaza de las Mèlies. Además de la animación de una buena orquesta, que sonó durante más de cuatro horas, sin contar un par de descansos, se sirvieron ponche y dulces y se repartieron números para una rifa con regalos sorpresa. Todo fue gratuito para los vecinos que se quisieron acercar, unos dos mil de los tres mil doscientos habitantes que tenía Pineda en ese momento. El segundo año cayó en sábado 22, y ya fue considerado el mejor baile de la zona costera del Maresme. El tercer y último baile, en el que no se cobró entrada pero sí las bebidas, recibió visitantes de Calella y de Sant Pol, de Santa Susanna y de Palafolls, de Canet, de Arenys e incluso jóvenes burgueses de Barcelona que aparcaban sus autos de manera ostentosa junto a la plaza.

Ya de jovencita, Francesca tenía una nutrida cola de pretendientes. Era hermosa, desvergonzada y espontánea y, por supuesto, todo el mundo daba por sentado que los Puigmajor tenían dinero a espuestas. Lo que faltaba era «alguien lo suficientemente hombre para domarla», como sentenciaba quejoso su padre en el Casino, porque Francesca era una chica activa y estimulante hasta más allá de los límites de la rebeldía. Tenía opinión propia y argumentos siempre a punto para fundamentar lo que estaba empeñada en llevar a cabo. No respondía de manera disciplinada a los modales de comportamiento de la época. Íntimamente tenía muy clara la imagen de su madre: Maria Teresa representaba el modelo de lo que no quería vivir, de lo que no quería ser de ningún modo. La imagen de sumisión acrítica, de abnegación, que ofrecía su madre

le revolvió el estómago y la obligaba a cerrar los puños hasta clavarse las uñas en las palmas.

Sin embargo, para mantener esa manera de ser independiente y tozuda y, para muchos, excéntrica, no era suficiente la fijación de no querer ser como su madre. Las voluntades, incluso las buenas voluntades, no siempre bastan. Y las circunstancias que las dominan varían como la dirección del viento, que ahora sopla suave, ahora levanta tejas, ahora de poniente, ahora de levante, ahora húmedo y ahora cargado de arena.

Pol Puigmajor necesitaba conseguir más ingresos para compensar las pérdidas que producían sus negocios de Cuba y de Brasil. En el Casino, cuando no estaba presente ninguno de los Puigmajor, se comentaba que los lugartenientes que tenían en ultramar habían dado una especie de golpe de estado empresarial y que el patrón, eufemísticamente, no tenía el buen par de naves necesarias para plantarse allí y recuperar lo que era suyo, a machetazos y a tiros de mosquetón, si era necesario. El abuelo Puigmajor nunca había ido flojo de riñones, como iba ahora su hijo Pol, pero el abuelo ya estaba muerto. Y Ramon y Aniol siempre habían vivido a la sombra de su hermano mayor y no les apetecía abandonar la comodidad de su cobijo. Rehuían la responsabilidad de la gestión, es cierto, porque eran conscientes de que tampoco habían protestado cuando Pol se quedó con el caserón familiar y las mejores porciones del pastel de la herencia.

Tras tres tardes —dos en Mataró y la última en Pineda— de café, coñac y humo de habanos, Pol Puigmajor logró su propósito: convencer a Genís Grau, propietario de una fábrica de conservas de Mataró que estaba ganando poder de mercado, de que le dejara entrar en el negocio. Por ese motivo, la aportación de capital de Puigmajor, cuando lo aceptó como socio, era un favor que Grau le hacía a él, y no al revés. Ambos lo sabían, y por eso Grau exigió un complemento muy especial que Puigmajor dudó una semana si conceder o no. El extra en la negociación que desequilibró la balanza de los Grau —en plural, porque la esposa metió mucha baza en el tema— hacia la firma del contrato de participación fue incluir en las cláusulas, metafóricamente hablando, la boda de Francesca, la hermosa hija del Pol Puigmajor, con Salvador, hijo único de la familia Grau. No había manera de casarlo y su madre no se cansaba de repetir: «Se empieza a marchitar. Y mira que es majo, pero va para solterón».

En enero de 1933, Pol Puigmajor concedió la mano de su hija díscola a Salvador Grau, diez años mayor que ella y futuro heredero de un negocio próspero y en plena expansión.

Ya tan solo faltaba comunicarlo a Francesca, una tarde fresca pero soleada, durante uno de los paseos que solían compartir.

—Nunca, padre, jamás.

—Hija, tienes que entenderlo. Para mí es muy importante. Mucho.

—No me puedo casar con un hombre al que ni conozco.

—Tendrás toda la vida para conocerlo —proclamó el padre, entre risas estentóreas para rebajar la tensión.

—No hace gracia, padre. Ahora no puedo casarme, ni con él ni con nadie. ¡Tengo demasiadas cosas por hacer!

—¿Dónde? ¿Qué cosas? Ya las harás en tu nueva casa...

—No, debo hacerlas en el pueblo y más lejos, mucho más lejos.

—Pero ¿qué cosas, tontina? ¿Qué es más importante que casarte?

Escuchando historias de aquí y de allá, el espíritu filántropo de Francesca había ido

aumentando y, de manera inconsciente, la chica tenía previsto compensar el mal cometido por el abuelo construyendo hospitales en diferentes países africanos. No pretendía ser médico ni misionera, solo quería ayudar hasta donde le fuese posible. Más exactamente, hasta donde llegase el dinero que su padre ya no tenía, un detalle, este último, que ella y buena parte del resto del mundo ignoraban.

—¿Quieres ir a África? —Pol, de nuevo, se reía con ganas.

—No se ría más. ¡Se está burlando de mí!

—De acuerdo, de acuerdo... Ya me callo. —Tras unos instantes luchando con un nuevo ataque de risa, Pol pudo escuchar a su hija con la seriedad que le exigía—. ¿Y con qué dinero quieres construir hospitales?

—Pues... no lo sé, trabajaré... o...

—Ah, ya veo. Con *mi* dinero, ¿no es así?

—Bueno, si os parece bien...

—Cesca... Ya no tenemos dinero.

—¿Cómo? ¿A qué se refiere?

—Pues a que estamos sin blanca. Peor, pronto empezaremos a tener deudas.

—¿Me quiere hacer creer que, de pronto, somos pobres? ¡Venga, padre!

Por primera vez fue el padre quien la tuvo que convencer a ella, volcando una paciencia y un esfuerzo dialéctico que pocas veces había tenido que menester con nadie. Hasta hacía poco. Cuando el dinero nos deja de sostener lo bastante alto, las costumbres se adaptan a lo que sea necesario.

—Cesca, te pido por favor que te cases con ese joven, con Salvador Grau. No te pido nada más, no te pido que lo ames, ni que lo complazcas, ni que pronto nos des nietos. Solo que os caséis y que intentes ser feliz.

—No podré, padre. Con él y ahora, no podré. —A Francesca le saltaban algunas lágrimas incontroladas, fruto de la rabia; no se podía creer lo que su padre le estaba comunicando—. No me puede pedir eso, padre, no puede...

—Puedo y lo hago, Francesca, y si es necesario te lo imploro. Hazlo por tu madre, por tus hermanos, por la casa... ¡Por mí! Cásate con él y luego ya podrás construir escuelas y hospitales... ¡Y organizar bailes!

—¿Seguro?

—¡Claro! Pero, eso sí, pagando los Grau... —Intentaba regresar al tono jocoso, hasta que su hija le cortó el desvío con una pregunta.

—¿Y usted qué gana con esta boda?

—Asegurar tu futuro.

—¿Nada más? Dígame la verdad, se lo ruego.

Pol Puigmajor se detuvo, se sacó el medio puro de la boca y escupió una hebra de tabaco, sopló para avivar la brasa, que no respondió, buscó en los bolsillos el mechero de plata y prendió de nuevo el habano, repitiendo unas caladas breves, aspirando con fuerza.

—Dígamelo, padre —insistió Francesca.

Con las facciones alteradas por una nube casi estática de humo espeso y aromático, a pesar de estar en campo abierto, Pol se decidió a satisfacer la curiosidad lícita de su hija.

—De acuerdo. Tarde o temprano lo sabrás. —Reinició el paseo y, tras la segunda zancada,

dijo con tono neutro—: Seré el nuevo socio de la fábrica de conservas Grau.

—¿Solo eso?

—¿Solo, dices? ¡Esta boda salvará nuestro patrimonio, hija! ¿Crees que te pediría un sacrificio como el que te pido por nada?

—Y... ¿y qué tendré que hacer?

—Ponerte muy guapa el día de la boda... Bueno, guapa lo estás siempre. —Recuperó el buen humor del inicio de la charla; la fiera empezaba a mostrarse mansa—. Y ser amable con los invitados, cosa que tampoco te cuesta mucho. ¡Eres una anfitriona nata!

—¿Y dónde viviré?

—En la casa que os regalaré. ¿Sabes dónde vivía Amelia hasta hace poco, en el centro del pueblo?

—Es una casa muy pequeña.

—Será temporal, ya lo he hablado con los padres de Salvador. En pocos años os podréis trasladar a una mucho más grande.

—¿Y tendré que ir a vivir con él?

Pol rio a carcajadas.

—¿Con quién, si no?

—No quiero, padre. Yo estoy bien aquí, con ustedes. Esta es mi casa y ninguna otra lo podrá ser. Por favor, no me obligue...

Francesca se lanzó a los pies de su padre y se abrazó a sus piernas, llorando con grandes sollozos. No le importó ensuciarse el vestido con el polvo del camino. Era su última oportunidad: buscar la compasión. Romper el corazón de su padre, si era preciso.

—Cesca, venga, va, que nos verá alguien. Levántate... ¡Levántate, te digo! Solo es una boda de compromiso, de apariencias... Los padres de Salvador temen... ¡Temen que se quede solterón! Mira, ya te lo he dicho. Ellos solo quieren que todo el mundo vea a su hijo con una joven guapa y alegre como tú. Nada más. Una vez en casa, cada uno hace lo que quiere y a nadie le importa y nadie debe inmiscuirse. Guardar las apariencias, solo tendrás que hacer eso.

Ella se fue levantando lentamente, con esfuerzo, luchando desganada con la sobrecarga. Aceptar que la derrota estaba plantada ante ella, desafiándola, y que eso abría las puertas de un futuro inmediato triste y desastroso pesaba mucho.

Se sacudió el vestido sin energía. Inspiró fuerte por la nariz para tragarse los mocos.

—Francesca Puigmajor, ¡por el amor de Dios! Eres una señorita. ¿Qué modales son esos?

—¿No tendré que hacer nada que no quiera? —preguntó ella, ignorando la reprimenda de su padre y secándose la cara con la manga, provocando todavía más una imagen infantil y desvalida.

—Nada, te lo prometo. Con el paso del tiempo ya verás que no es mal chico... —Contempló a su hija, recibió un latigazo de lástima desde el compartimento de la mala conciencia y decidió cambiar de nuevo el tono—. Desde luego, qué exagerados sois los jóvenes. Cualquiera diría que acepto que te maten a bastonazos.

Callaron unos instantes. Tragando orgullo, pena, rabia y mocos. Pol Puigmajor propuso volver a casa porque, charlando, charlando, se habían alejado mucho.

—Padre, ¿de verdad que no hay otra solución?

—No, hija. Créeme.

Y ella le creyó.

El domingo 23 de julio de 1933 tuvo lugar la boda, la última muestra agónica del poder del que había disfrutado siempre Pol Puigmajor. Durante los seis meses que habían pasado desde que prometió a su padre que se casaría con Salvador Grau, Francesca tuvo tiempo de sobra de comprobar que, efectivamente, la fortuna familiar tenía fugas graves. Su preocupación más dolorosa tenía un imperativo egoísta: cada día, cada hora, cada minuto que faltaba para la ceremonia estaba más convencida de que la boda no sería ninguna pantomima, no se limitaría a las apariencias. Debería convivir con Salvador Grau, con quien ya se había visto una docena de veces. No le gustaba, aunque el principal motivo de rechazo era que se lo hubieran impuesto. Había dado su palabra a su padre y, entre los pliegues de los felices casi veintidós años vividos, no encontraba ninguna excusa lo bastante sólida para faltar a la promesa.

El enlace, tan lujoso y multitudinario como aparentemente correspondía a los rangos de las dos familias, fue espléndido por todas partes menos por una: la novia, que, a pesar de esforzarse, regaló muchos más puros que sonrisas a lo largo de la jornada. «Pobrecita, creo que le duelen los pies», concedían las vecinas más benevolentes. «Son los nervios; quizá no se casa convencida», afirmaban con una satisfacción muy poco maquillada las solteras del pueblo que envidiaban a Francesca. Para los que la conocían de trato, siempre risueña y hasta bromista, era evidente el ánimo de toro entrando en la plaza un domingo por la tarde con que la novia asumía su responsabilidad. El diestro, Salvador Grau, iba ceñido dentro del frac casi tanto como lo estaría en un traje de luces. Era prematuramente calvo y rollizo de mejillas, de cintura y de dedos. Al final del día tenía los mofletes sonrosados y la ropa, interior y algo de la exterior, húmeda de sudor por culpa de la temperatura, lógica de finales de julio, y por la ingesta continuada de vino, champán y licor, que solo había interrumpido en el momento de pronunciar en la iglesia un «sí» entusiástico —ya en ese instante habría arrebatado el cáliz al cura para proclamar el primer brindis—. Salvador ignoró con dignidad a la ceñuda indomable de su flamante esposa. Él sonreía por los dos.

Aquella noche, la de la boda, en la casita de una planta en el núcleo urbano de Pineda que Pol Puigmajor había aportado como parte de la dote, más modesta de lo que hubieran querido él mismo y los Grau, no se oyeron gemidos de placer. Como en muchas otras primeras noches de matrimonio de aquella época —y anteriores y posteriores—, lo que hubo fueron llantos amortiguados por la almohada y silencios de incompreensión, maldiciones y ronquidos etílicos, pesadumbres por adelantado y treguas temporales.

Seis días después, con el sol todavía no suficientemente dueño del cielo, Francesca se presentó en la casa familiar con el cabello al viento, algo inusual en ella y aún más en pleno verano, ya que siempre lo llevaba recogido. Una criada fue a abrir, atendiendo a los violentos golpes de aldaba, y Francesca corrió hacia la habitación de sus padres sin mediar palabra. La casa, en otras épocas nada lejanas llena de risas y canturreos, sonaba vacía, y el eco de los pasos ligeros de Francesca lo subrayaba. El heredero, de nombre Pol como el padre, había muerto de tuberculosis hacía tres inviernos. El segundo hijo, Andreu, estudiaba para sacerdote en el Seminario Conciliar de Barcelona. Ella volvía a casa después de tan solo seis días de casada, de madrugada, y «rabiosa como una mula con una guindilla en el culo», como más adelante relataría su padre a los compañeros de partida del Casino. La hermana pequeña, Lluïsa, también se acababa de casar —sin atisbo de pompa—, con un pescador; por lo menos, ella estaba enamorada y esperaba su primer hijo —motivo de la boda—, con ilusión. Y el hermano pequeño, Enric, se había obsesionado con ser soldado y, con tan solo diecinueve años y unas cien pesetas en el

bolsillo, había huido hacia la Argelia colonial francesa para hacerse «fuerte como un león del desierto matando moros», tal y como dejó escrito en una breve carta de despedida.

Rodeado de un velo de frescura matinal, el llanto contenido de Francesca no osaba romper el silencio del patio interior, de los pasillos ni de las habitaciones cerradas, hasta que su padre, alertado por los golpes y los correteos, la recibió y la condujo con suavidad hacia la biblioteca para no despertar a la madre, siempre al margen, resguardada de todo conflicto, despojada de toda decisión.

—Cesca, ¿qué haces aquí a estas horas?

—¡Padre, padre...!

A pesar de la fortaleza que siempre la acompañaba, Francesca se diluyó en lágrimas y, como un pañuelo de seda, se desplomó a los pies de su padre, calzado con unas zapatillas conjuntadas con el batín, que aún se estaba abrochando.

—¿Qué pasa?! —reaccionó él, intentando levantar del suelo a su hija, cosa que no consiguió.

—Padre, me ha forzado, Salvador me ha ultrajado. ¡Os lo ruego, impartid justicia! —respondió ella, abrazándose a las piernas de su padre con mucha más desesperanza que seis meses atrás.

Pol Puigmajor se irguió de pronto, como si lo hubiesen colgado de la horca, y mantuvo un silencio incómodo durante un rato más largo de lo que su hija podía tolerar. Francesca truncó el llanto y se puso de pie asiéndose de los brazos que su padre mantenía cruzados sobre la panza.

—¿No dice nada? Me ha forzado... ¡Mirad!

Se retiró el cabello ondulado y castaño de la cara para mostrarle la mejilla izquierda hinchada y el ojo, también el izquierdo y también hinchado, que empezaba a tintarse de un azul violáceo. Al percatarse de que su padre no decía nada, no reaccionaba de ningún modo y la traspasaba con la mirada como si no estuviera delante de él, se abrió el vestido veraniego y ligero, con tanto ímpetu que saltaron dos botones y se desgarró un poco la tela, y le mostró los pechos, arañados. Cuando comprobó que su padre continuaba haciendo la estatua, dejó caer el vestido y ofreció la imagen de su cuerpo desnudo, joven y bello, salpicado de moratones y con las ingles y parte de los muslos manchados de sangre, ahora ya seca. El padre se giró como si se le hubiera aparecido el mismo Satanás y, dando la espalda a la hija, concentró la mirada más, mucho más allá del ventanal, sin ser capaz de enfocar ni bosques, ni campos, ni mar, ni cielo.

—¡Basta, Cesca, basta!

—Pero, padre...

—Ya lo veo, ya veo qué te ha hecho ese malnacido, pero es tu esposo y tiene derecho.

—Me dijo que solo me tenía que casar, que era un tema de negocios, que no me tocaría...

—Sí, ya lo sé.

—Me engañó... ¿Es eso, padre? ¿Usted me engañó?

—Hija, debes entenderlo, era muy importante para la familia conseguir meter un pie en la fábrica de los Grau.

—¿Para la familia? ¿Para qué familia? ¿Acaso yo no formo parte de ella?

—Sí, claro que sí, por eso quise asegurar tu futuro.

—¿Mi o su?

—¡El de todos! El de todos, Cesca. Y una vez te acostumbres, ya verás que Salvador tampoco es tan malo. Pónselo más fácil y no tendrá que pegarte.

Francesca, ya vestida y mirando de recomponerse la ropa y el ánimo, observó a su padre sin estar segura de quién era ese hombre. Él se acercó con pasos cortos.

—Vamos a hacer una cosa. Tú sé más complaciente y yo le diré a Salvador que no te vuelva a poner la mano encima, que no te pegue nunca más. ¿Te parece bien? A veces los hombres somos así, pero todo pasa, créeme.

—¿Que le crea? Me ha engañado, padre, me ha engañado, y ya no podré creer nunca más en su palabra. Y juro que se arrepentirá. Un día u otro se lo haré pagar.

—Cesca, hija mía, no te lo tomes tan a pecho. —Pol Puigmajor se obligó a medio reír y quiso tomar a su hija por los hombros para dedicarle un arrumaco de consuelo, pero ella evitó el contacto con un gesto rápido de cintura—. La vida de casada puede ser muy agradable, ya lo verás. A cambio de tan poco, podrás conseguir de él lo que quieras. Los hombres somos así de fáciles. —Y volvió a forzar una sonrisa, aceptando el desprecio de su hija—. Tienes que saber utilizar eso que quiere de ti y dárselo cuando más te convenga. Y cuando se te ponga encima..., mujer, ¡tú piensa en otras cosas! Además, ya verás que, cuando tengas hijos, todo será mucho mejor.

—¿Hijos? No pienso parir nada que haya engendrado ese animal. ¡Jamás!

—Vamos, no seas así... Pediré que te preparen una tila y lo verás todo de manera más razonable. De todos modos, advertiré a Salvador de que no sea tan bruto o... o le partiré la cara —mintió Pol Puigmajor: no se atrevería nunca a amenazar a Salvador Grau, y lo sabía.

—No, no es necesario. Salvador ahora es cosa mía, ya lo veo. Él ya pagará lo que me ha hecho. Pero usted también, padre.

Y Francesca se marchó, dejando con la palabra en la boca a su padre, que continuaba dándole consejos para que se pudiera aproximar a la presunta felicidad conyugal. Y a raíz de aquel episodio, doblemente traumático, toda la energía constructiva y positiva de Francesca se pudrió.

Estaba a punto de cumplir veintidós años.

Tardó trece en volver a sonreír.

En noviembre de 1935, cuando en los Estados Unidos se comercializó la primera versión del juego Monopoly y en España la Segunda República se tambaleaba por culpa de las luchas internas del Gobierno, Salvador Grau abrió la puerta del piso que acababa de comprar en el Eixample barcelonés y la empujó con un gesto teatral para dejar pasar a su esposa, Francesca Puigmajor. Le hubiera gustado adivinar en la expresión de ella alguna señal de alegría o intuir un atisbo de ilusión, porque de agradecimiento ya estaba convencido que no recibiría ninguna muestra. Ella entró mirando a ambos lados. Al darse cuenta de que el piso era muy grande y estaba lleno de habitaciones, preguntó cuál era la suya, e hizo evidente que continuaría sin compartirla con él.

En septiembre de 1937, con la Guerra Civil ya en marcha, nació Maria, concebida una noche en la que Francesca aceptó visitar el lecho de Salvador —no soportaba hacerlo en el suyo si no podía cambiar las sábanas de inmediato, y no pasaba nunca más rato del imprescindible—, que tras semanas de súplicas, de regalos y de desahogarse con prostitutas y con coristas del Paralelo, ya amenazaba con utilizar la fuerza, como otras veces. Él, a pesar de las muestras constantes de rechazo que Francesca le escupía, incluso de asco y repugnancia, a pesar de las pullas sibilinas de su madre y de los exabruptos rabiosos de su padre exigiendo a Salvador que se hiciera respetar, amaba a su mujer y no se conformaba con renunciar al contacto carnal. Cuando ella finalmente accedía, siempre al límite de la paciencia de él, Salvador se sentía tan feliz que no le importaba

que su mujer se limitara a una función ostentosamente pasiva, con el camisón puesto, y que habitualmente cantara durante la cópula «El patio de mi casa», con los ojos cerrados y las manos asiendo con fuerza las sábanas.

La noche de la concepción de la que sería la primera hija de la pareja y la primera nieta de los Grau, Salvador, sin darse cuenta, porque estaba concentrado disfrutando de aquel cuerpo y de aquellos aromas que tanto deseaba y que tanto le escatimaban, eyaculó dando golpes de pelvis al ritmo de la canción, antes del final de la letra, que Francesca se sabía entera. Como sutil muestra de buena voluntad, ella cantó toda la canción, enfatizando el verso «estirar, estirar, que el demonio va a pasar», antes de quitarse ese peso muerto y somnoliento de encima, cubrirse con la bata y meterse en la cama de su habitación, después de lavarse y frotarse con energía en el baño que había junto a su dormitorio.

Maria murió al cabo de tres semanas de haber nacido, apenas entrado octubre, de una deshidratación provocada por las muchas horas de llantos con que protestaba por una otitis. Pocos parientes la llegaron a conocer. Salvador acusó a Francesca de mala madre, incluso de asesina, y la condenó al infierno. Ella, llorando, gritó que sí, que era una mala madre, pero que había hecho todo lo que había podido para salvar a Maria. Rosalía, la cocinera, y Blanca, la criada, daban fe de que estuvo los dos días de llantos junto a la niña, sin descanso, sin saber cómo podía ayudarla, y que a insultos y empujones echó de casa al médico, que llegó cuando Maria ya no respiraba.

A ella no le importaba que en la calle hubiera una guerra, solo su hija, solo le importaba su hija.

—¿Y tú dónde estabas mientras ella moría? Tú sí que podrías haber traído a un médico arrastrándolo de una oreja...

—Estaba haciendo negocios, haciendo negocios para evitar que nos lo quiten todo... Para evitar que nos maten... —Intentó abrazar a Francesca, pero ella lo evitó con una hábil finta; mantenía intacta la agilidad de años atrás—. Perdona, tal vez tienes razón y la desgracia ha sido culpa de todos y de nadie.

—Pide perdón a Maria, en todo caso, pero como está muerta, dudo que te lo conceda.

—Ya estoy acostumbrado al silencio...

—No lo creas, no lo bastante.

Después de los bombardeos aéreos sobre Barcelona de los días 16, 17 y 18 de marzo de 1938, y al ver que cada vez le costaba más evitar con sobornos a los pistoleros de la CNT y de la FAI, Salvador llevó a Francesca a una masía de la pequeña localidad de Talamanca, en el Bages, que había alquilado a un conocido, según dijo. Allí la dejó acompañada de Blanca, la criada —la cocinera no quiso abandonar a su marido y a sus hijos en Barcelona en aquellas duras circunstancias—, y de un campesino del pueblo que se encargaba de todas las tareas pesadas y de proveerlas de buenos alimentos. Salvador iba y venía. Mantenía tantos negocios, de toda índole, como podía. Primero, para salvar el cuello y parte del patrimonio; después, para ganar dinero y enriquecerse. Francesca, aunque no era muy creyente, tirando hacia nada, siempre pedía al cielo, por pedir a alguien y aunque del cielo ahora caían más bombas que favores, que algún día Salvador se fuera y no volviera. Pero él volvía una, dos, tres semanas después de irse. Se quedaba un par de días, cuatro, máximo una semana, y desaparecía de nuevo. En uno de esos regresos, en que se presentó en la masía ya de noche, Salvador charló menos que de costumbre, que era bastante a pesar de no ser escuchado. Se le notaba agresivo por cómo miraba a Francesca,

desnudándola a la luz danzante de las llamas de la chimenea y de una docena de velas gruesas. Durante la cena se bebió una botella entera de vino, y cuando Blanca le trajo la segunda, que le había pedido a gritos, la agarró por la cintura y la obligó, no sin esfuerzo, a sentarse en su regazo. Mientras ella luchaba por alejarse del señor, él pretendió besarla y consiguió toquetearle los pechos, los muslos y la entrepierna, contacto que las múltiples capas de ropa y el cuerpo joven y tenso de la muchacha convirtieron en una vana ilusión.

—¿Qué? ¿Tú también te me resistes? ¡Cómo sois, las mujeres! —Y se rio de manera sardónica. «Estirar, estirar...»

Francesca se levantó en cuanto se inició el forcejeo, derribando la silla, y cogió un cuchillo de cocina que había sobre la mesa.

—Déjala ahora mismo, desgraciado, ¡déjala o te mato!

—Motivos no te faltan, ¿verdad? Siempre me has odiado...

—¡Que la dejes, te digo! —Y avanzó hacia su marido, con el cuchillo en ristre y a paso firme.

Salvador obedeció y soltó a la criada —que salió de la casa llorando, aterrorizada—, pero no la sonrisa perversa. El corazón acelerado, bombeando sangre hacia una erección ya dura, vaticinaban que la noche sería larga.

—Venga, ahora que estamos solos ya me puedes apuñalar, valiente. —Le ofreció el pecho, con la chulería de un torero, muy distinto al que parecía ser el día en que se casaron.

—Estás borracho.

—¿Y qué?

—¡Que ni te me acerques!

—¡Vas a ver, si no! —Y se lanzó sobre Francesca con la determinación de un jabalí herido.

A pesar del cuchillo, afilado y de un palmo de hoja, Salvador logró violar una vez más a Francesca. Ella se resistió mucho y consiguió herirlo en alguna parte, porque se salpicó de sangre, brillante a la luz del fuego. Entonces recibió una lluvia de puñetazos. Y quedó inconsciente unos minutos.

Todavía en el exterior de la casa y sin saber qué hacer, dominada por el pánico, la criada agradeció aquel rato de silencio, manchado por los jadeos de la bestia que era su señor.

Así no lo disfrutaba, era como yacer con una muerta, pensaba Salvador. Además, aunque habían pasado muchos meses desde la última vez, se había acostumbrado a la canción, que tarareó en algún momento sin darse cuenta. Mierda, no le gustaba tener que pegarle, pero ella se lo había buscado. Se levantó del suelo tambaleándose. Francesca gemía de dolor, apenas empezaba a recuperar el sentido. Sin limpiarse el miembro ni hacer caso a la sangre que indicaba cortes y rasguños aquí y allá, Salvador continuó bebiendo vino hasta que se durmió con la cabeza sobre la mesa.

Francesca, cuando estuvo totalmente consciente, se deslizó hasta su cama como un animalillo indefenso, a gatas, sin hacer ruido y sin ánimo de luchar más. Lo odiaba, lo odiaba tanto, tanto, que quería morirse.

Al día siguiente, antes de mediodía, Salvador se fue de manera furtiva, cubriéndose con poco esmero cuatro arañazos paralelos en la mejilla derecha, un corte de medio palmo en el pecho y un pinchazo poco profundo en el antebrazo derecho. Y el extraño arrepentimiento que lo corroía cada vez que tenía que usar la fuerza para estar dentro de su mujer.

Francesca se sentía tan vacía, tan sola. Incluso cuando supo que, de nuevo, llevaba un hijo en

el vientre. Deseó que muriera pronto, como la primera. Y si Dios continuaba sin escucharla, se lo pediría al diablo. Y si él tampoco se lo concedía, ya lo arreglaría ella misma, con el uno, con el otro y con aquel maldito bebé.

Tras un embarazo complicado, a pesar de los buenos alimentos, durante el cual Francesca no dejó de rezar, a su manera, para que aquella criatura no naciera viva y recibió por respuesta más náuseas, más dolores y una debilidad que la aplastaba, el miércoles 12 de abril de 1939, con la guerra recién terminada, llegó otra niña que, con el parto, estuvo a punto de llevarse la poca energía que le quedaba a su madre. La bautizaron como Violeta, aunque Francesca siempre la llamaría Violante, nombre que el padre no aceptó ponerle. Francesca se negó a amamantarla con la excusa del agotamiento. A falta de nodrizas, la leche de vaca —una vez la niña superó unos primeros días de cólicos y su vientre se adaptó al exceso de aquel alimento— cumplió lo previsto y la niña creció fuerte y sana.

La Navidad de 1940, cuando Violante ya tenía un año y ocho meses y correteaba por los prados con la naturalidad de una cabrita, los Grau Puigmajor regresaron al piso del Eixample de Barcelona. La guerra había terminado. Sí, la guerra civil española, porque la doméstica continuaba con las bayonetas en alto. Todo apuntaba a que pronto se vivirían los combates definitivos.

El 12 de abril de 1946, Violante sopló las siete velitas clavadas en un pastel casero, en la cocina, entre los aplausos y besos de la cocinera y de la criada, ambas distintas de las primeras que habían tenido en la casa.

Rosalía, la primera cocinera, según le contaron a Francesca, estaba encerrada en un manicomio. Decían que había perdido el juicio cuando los rojos ajusticiaron a su marido y a su suegro porque, una noche que entraron en el piso por sorpresa, descubrieron que ambos llevaban una medallita de la Virgen de Montserrat colgada al cuello y una estampita del Sagrado Corazón de Jesús en la cartera. Pocos meses después, los fascistas detuvieron e hicieron desaparecer sin ninguna explicación, ni oficial ni extraoficial, a sus dos hijos varones, acusados de insurgentes. Una de las dos hijas huyó a Francia con un muchacho tan pobre como ella. La otra se afilió a la Falange para salvar el pellejo.

Blanca, la criada, tres meses después de que naciera Violante en Talamanca, había pedido a la señora que le permitiese volver a Barcelona, con su familia, ahora que ya no había guerra. Francesca, en ausencia de Salvador, se lo concedió inmediatamente. De despedida, le entregó un buen puñado de dinero y un fardo con todo lo que la chica se atrevió a cargar de lo que había en la despensa, normalmente bien provista. La abrazó largamente y le deseó suerte. El señor Salvador no la había vuelto a agredir, a ella; a la señora, sí, y eso aumentaba el pánico que le tenía a él, por si alguna noche de las que bebía demasiado la señora no lo podía detener —poniéndose de escudo— y el señor la desfloraba. A pesar de la pesada carga de provisiones —que en Barcelona serían recibidas con lágrimas de alegría y bailes de tripas—, que pesaba más a medida que se alejaba del pueblo, Blanca se sentía ligera. Y algo triste, por la señora.

Mientras Violante celebraba el cumpleaños en la cocina del piso, Salvador sobornaba a policías de distintos rangos, que aceptaban los sobres de dinero con la misma facilidad con que torturaban durante aquellos años, los más oscuros de la dictadura. Francesca, por su parte, estaba encerrada en su habitación, a la espera de La Gran Ocasión, aunque la excusa era la migraña.

Hacía mucho que soñaba despierta con matar a ese malnacido. Ya no era cuestión de huir, ya

no era cuestión de dar lecciones morales, no: ahora quería verlo morir. En Talamanca, dos veces estuvo a punto de coger el hacha y decapitarlo mientras dormía. Allí, la única ley era la que imponía la naturaleza, no había ni Guardia Civil, pero era un pueblo tan pequeño, con tan pocos vecinos, que tarde o temprano tendría problemas. En los pueblos, cuando es necesario, los lugareños pueden callar para siempre el acto más inmundo. Pactos de silencio impuestos por un sentido práctico, atávico e intuitivo. Pactos, sin embargo, que pueden convertirse en frágiles cuando alguien cede a una tentación provocada por la venganza, por la envidia, por la lujuria... Por el modo como la miraban algunos aldeanos, Francesca podía adivinar el precio de su silencio, si se quedaba sola y con la amenaza de una acusación de asesinato en la manga de los pocos hombres que había. No, no era prudente dejarse llevar por la fiebre de la rabia más sanguinaria. Incluso imaginó que, antes de matarlo, lo ataría y le amputaría partes del cuerpo, empezando por los genitales, y lo miraría y lo insultaría mientras él se desangraba y le rogaba ayuda, misericordia.

No es fácil matar. Y no estaba preparada.

Pocos meses después de volver a Barcelona, Salvador se hizo construir una especie de caja de seguridad dividiendo una habitación en dos con un muro grueso. También hizo triplicar el grosor de los otros tabiques, del techo y del suelo, e hizo instalar una pesada puerta de hierro, que cerraba con un mecanismo de caja fuerte, con combinación. Más que una caja de seguridad, terminó siendo un búnker. Y ocultó la cámara acorazada tras una estantería de libros —que nunca leyó— que se podía desplazar fácilmente si se soltaba el bloqueo que la fijaba a la pared. Francesca se planteó encerrarlo dentro, empujándolo como Gretel empuja a la bruja dentro de la olla, y dejar que se muriera en aquella estúpida despensa secreta cuyo interior ella no había visto nunca, ni cuando estaba vacía. Le indicaban que era mejor desistir del plan las cordiales relaciones que su marido mantenía con los policías y políticos de gafas oscuras y bigotito siniestro que, de vez en cuando, venían al piso a tomar coñac francés, fumar tabaco rubio norteamericano y conspirar contra los francmasones y los comunistas. Siempre le lanzaban alguna florecilla viscosa, de una galantería sesgada, y sin la supuesta protección del marido, Francesca sería presa fácil. O eso pensaban, ellos y ella. Además, si no recibían el sobre vendrían a buscarlo, y Francesca debería asegurar que no sabía nada de Salvador. Eso la obligaba a deshacerse del cuerpo, algo complicado para una mujer sola, o abrir algún día la caja de seguridad y dar a conocer a las autoridades que finalmente su marido había aparecido, muerto, un hecho que debería ir vestido de verosimilitud y que difícilmente se tragarían aquellos individuos, que, por lo que se decía, estaban acostumbrados a construir la realidad que más les convenía y a silenciar para siempre a quien no lo veía todo como ellos.

Francesca daba vueltas al tema tan pronto se despertaba, aprovechando algún hilo de ensueño, que en muchos casos tenía que ver con la muerte de su marido. Un envenenamiento lo podían descubrir. Pagar a alguien para que lo apuñalara era ponerse en manos de un tercero. No. Provocar un accidente, por ejemplo en la bañera, era demasiado complicado y no se podía permitir ningún error.

Encontrar el modo de acabar con Salvador se había convertido en una especie de enamoramiento malicioso, en que no te puedes quitar al otro de la cabeza. Aunque, en ese caso, la aparición del otro era para decidir cómo matarlo, y no precisamente a besos.

Cuando coincidían en alguna comida, durante alguna de las dos o tres conversaciones que

mantenían por semana, siempre sobre temas domésticos; cuando lo oía roncar desde su dormitorio o desplazar la estantería para ocuparse de lo que fuera que escondía dentro de ese cuartito secreto, como una rata baraja podredumbre en la alcantarilla, Francesca solo veía un cadáver aprovechando los últimos meses de vida, sin ser consciente de ello.

Estaba preparada. Había llegado el momento.

En enero de ese 1946 murió la madre de Francesca, Maria Teresa. Tenía cincuenta y ocho años y todo el mundo, en el velatorio, afirmó que aún era joven, aunque al aneurisma aórtico que se la llevó la edad le importaba un pito. Hacía más de dos años que no se veían y Francesca no la lloró. Después del entierro, en el caserón de Pineda ya muy deteriorado, con síntomas de decadencia y ruina, el padre le pidió ayuda ante una taza de café tibio y aguado. No siempre, ni siquiera en la mayoría de casos, el tiempo pone las cosas en su sitio ni permite un puñetazo de justicia sobre la mesa de las historias particulares o de las colectivas, pero ese día Francesca pudo disfrutar de un primer gran momento, al ver a su padre empequeñeciéndose ante ella, como un cachorro de perro bajo la lluvia fría. Le respondió que si necesitaba dinero se lo pidiera a Salvador, pero el padre respondió que no era eso, que lo que no quería era morir solo, que se lo llevara a Barcelona. Y la siguió mirando como un animalillo abandonado.

El hermano sacerdote de Francesca, Andreu, vivía en Madrid, bautizando, dando la comunión, casando y, especialmente, confesando a fascistas, que callaban muchos pecados, no para evitar escandalizar a Dios o temerosos del castigo, sino porque estaban convencidos de que no actuaban mal, ni de obra ni de pensamiento. El hermano pequeño, Enric, había muerto durante la guerra, de neumonía, después de pasar tres días bajo lluvias torrenciales, escondido en una trinchera republicana transformada en piscina de barro. El pecho lampiño de Enric había tentado a las balas en diversas ocasiones, en África y aquí, y finalmente murió por culpa del pecho, sí, pero sin balazo ni rasguño alguno que lo convirtiera en el héroe soñado. Lluïsa, la menor de los cinco hermanos, perdió al marido en el mar justo al final de la guerra, cuando se habían ido a vivir a Palamós. Francesca enviaba a Lluïsa tanto dinero como conseguía sisar a Salvador para que pudiera ofrecer comida, ropa y estudios a sus tres hijos.

Sin dinero para mantener servicio de ningún tipo, Pol Puigmajor ahora sí que estaba totalmente solo en la casa familiar. Y el futuro no le ofrecía posibilidades de mejora.

—Déjame venir con vosotros, a Barcelona. El piso es grande, ¿no? No seré un estorbo, como muy poco... Distraré a la niña.

—No, padre, no le daré hospitalidad en casa del hombre a quien me vendió como si fuera una esclava. Y si se lo pide a él y le acepta... no podrá dormir tranquilo ni una sola noche. Se lo aseguro.

—Cesca, no sé a qué viene tanto odio... Soy tu padre.

—Recoge lo que sembró hace trece años. Me traicionó y, lo que más me duele, a cambio de tan poco... —Francesca observó el entorno frío y desangelado de la casa silenciosa. ¿Dónde estaba el dinero que su boda había de proporcionar a la familia?—. Le amé mucho, padre, pero me obligó a tenerle asco. Y ahora me da pena.

—Por favor, no viviré mucho más... Déjame venir contigo... Sé que no eres mala, Cesca.

—No lo era, pero a base de palizas y violaciones ahora puedo serlo cuando me apetece. Míreme bien, padre, míreme bien porque no lo hará más, ni vivo, ni muerto.

De regreso a Barcelona en taxi estaba segura de que nunca más visitaría Pineda —lo haría de

nuevo, cuando murió su padre—, pero no se sentía tan bien como había previsto.

Odiar suele ser más difícil que amar.

Una tarde, la cocinera les advirtió de que el horno no funcionaba bien. Salvador, que no era precisamente un manitas, se ofreció a echarle un vistazo. Un minuto después de girar las válvulas y encender cerillas, se quitó la corbata y la camisa y, vestido con camiseta imperio, metió la cabeza y buena parte del pecho en el interior del gran horno de gas. Después de toquetear y rascar un buen rato con un destornillador y unos mondadientes, pidió una cerilla y encendió el gratinador, que era la parte estropeada. Restos de grasa chamuscada habían taponado la mayoría de los muchos agujeritos de salida de gas. Se felicitó, sonriente, ensuciándose la frente de hollín cuando se secó algunas gotas de sudor.

Francesca, presente durante la maniobra, tuvo una visión. Una agradable, por primera vez, ante la contemplación del verraco que tenía por marido.

La noche de aquel viernes 12 de abril, Francesca había dado fiesta a la cocinera y a la criada como compensación por haber atendido a Violante el día de su cumpleaños mientras ella, que ya se encontraba mejor, había estado indispuesta. Sin protestar, ni por cortesía, sugiriendo que no era necesario, que lo hacían de buen grado, ambas se marcharon en menos de cinco minutos. El tiempo justo para cambiarse el delantal por la chaqueta, calzarse los zapatos de calle y peinarse un poco.

Francesca acostó a la niña tal como hacía las noches en que padre e hija estaban más juguetones y a ella, recelosa, se le esfumaban las pocas ganas que tenía de interpretar el papel de buena madre. Aunque estaban solas y tenía tiempo de sobras, la puso a dormir sin canción ni cuento; solo un «buenas noches» que no esperaba respuesta. Había ocasiones en que sí se inventaba algún cuento, carente de talento y de humor, o le cantaba cuatro compases de una canción. Violante siempre pedía «El patio de mi casa» en lugar de una nana.

Después, Francesca esperó la llegada de Salvador, que se presentó a las nueve de la noche. Sin abrir boca, se sirvió una copa de coñac y se sentó en el sofá. Sacó una agenda y comenzó a anotar nombres y cifras, o eso le pareció a Francesca, que estaba sentada en el sillón de lectura, a unos tres metros de distancia.

—¿Has cenado?

—Pse... He comido algo hace unas horas.

—¿Quieres que te caliente la cena? —Intentó evitar parecer demasiado solícita.

—No, no es necesario. —Todavía no había levantado la mirada de las anotaciones.

Francesca dejó pasar un par de minutos.

—Hay coliflor con patatas y tocino... —Sabía que a Salvador le gustaba ese plato—. ¿Te lo gratino? Está cubierto de bechamel...

Salvador, todavía escribiendo, empezó a salivar de manera inconsciente. Poco después cerró la agenda.

—Pues, mira, me está entrando hambre... Puede que cene algo.

Francesca, sin decir nada más, dejó sobre la mesilla la revista *Estrellas*, que simulaba leer, y se puso en pie. Mientras se dirigía a la cocina con un controlado garbo felino, Salvador, mirándola de arriba abajo como hacía semanas que no la repasaba, y confirmando que su mujer tenía muy mala leche pero era muy hermosa, le preguntó:

—¿Tú ya has cenado?

—Sí.

Ella, hacía poco, había taponado ligeramente los agujeros del horno por segunda vez. Dos meses antes lo había hecho para comprobar si Salvador tomaba la misma determinación, y así fue. Le pidió que repitiera la maniobra de desatascar los agujeros del horno, porque no lo podía encender. Él masculló algunos improperios y se cagó en los familiares de la marrana de la cocinera: «¿No le pagamos lo suficiente para que tenga el horno limpio?».

A Francesca le había costado mucho menos de lo esperado conseguir, con pocas preguntas, una máscara antigás. Poderoso caballero es don Dinero y con él consigo cuanto quiero.

—Salvador, ¿puedes desatascar el horno? —pidió desde la cocina, a la expectativa, cruzando los dedos y arrugando la expresión.

—¿Otra vez? ¡Cagondió! Mañana mismo pienso despedir a esa gandula. ¿Qué se ha creído?

Francesca confiaba en que Salvador no cumpliría su amenaza... porque estaría muerto. Él entró en la cocina, resoplando.

—Mira, estoy muy cansado... Que lo limpie ella mañana, antes de recoger sus cosas y largarse.

—Bueno, si no quieres la coliflor gratinada...

—Da igual, comeré un chusco de pan y un poco de queso. —Contempló la bandeja de coliflor, patatas y tocino bañados en bechamel—. No, espera, ¿y si me lo calientas en un cazo?

—¿Tanto te cuesta rascar un poco los agujeros? —Más que un reproche sonó como un reto, con el tono justo y adecuado.

En lugar de responder, Salvador se limitó a quitarse la corbata y desabrocharse la camisa de mala gana. Cuando, resignado, ya tenía la cabeza y parte de los hombros dentro del horno, Francesca mojó discretamente el suelo, justo debajo de la puerta abierta del horno, contra la que Salvador clavaba la barriga. Lo hizo con agua casi saturada de detergente que había preparado en un cubo. Entonces se ajustó la incómoda máscara de goma maloliente, que le cubría toda la cara y buena parte de la cabeza. En poco más de un segundo pasó con agilidad una pierna por encima de su marido y de la puerta, se sentó sobre su espalda, de cara a los fogones, abrió el gas al máximo y se agarró a la barra de latón de la cocina previendo saltos de potro salvaje. O de cerdo agonizante, más bien.

Salvador logró apoyarse en el suelo con la mano izquierda, intentó escapar de la trampa, pero resbalaba en el agua jabonosa. Con las piernas pasaba lo mismo. Daba unos gritos muy agudos, sin texto, solo chillidos de animal que el horno amortiguaba lo suficiente para no traspasar las paredes de los vecinos. Y movía las piernas con una rapidez cómica, sin conseguir fijar los pies. Al ser consciente del sabor dulce que le llenaba la boca, también lo fue de las intenciones de Francesca provocando aquella absurda situación, y eso que no la veía con la careta puesta. Hizo más fuerza, pero Francesca lo tenía bien agarrado con las piernas, cargando todo el peso sobre las costillas de Salvador. Tenía miedo de hacerle moratones. Las bisagras del horno de pronto cedieron y la puerta se abrió hasta el suelo, pero Salvador ya estaba grogui. Entre el esfuerzo desesperado y el miedo creciente, Salvador se llenaba los pulmones de gas tomando grandes bocanadas, como un pez fuera del agua. Y se fue quedando dormido. Se acercaba a una muerte demasiado dulce para el gusto de Francesca, pero más fácil de disfrazar.

Un minuto eterno después de notar que los músculos de Salvador se distendían, Francesca descabalgó de ese cuerpo que le repugnaba y le buscó el pulso. Aún latía; muy flojo, pero latía. Con la voz alterada por la trompa de goma y el filtro de la máscara, le dijo, convencida de que el

mensaje todavía llegaría a tiempo al cerebro aturdido de su marido:

—Te estás muriendo. ¡Y soy yo quien te mata! ¿Me oyes? ¡Yo! —Tenía ganas de escupirle, pero llevaba la máscara y tuvo que conformarse con una última frase—. Buen viaje, porque esta vez no volverás..., hijo de puta.

Tenía ganas de reír. Quizá era efecto del gas, tal vez el filtro estaba demasiado viejo. No era el gas, no. Quería reír porque la felicidad le estallaba dentro del pecho y pedía escapar por alguna parte. ¿Y qué mejor manera que unas buenas carcajadas? Se quería quitar la careta, salir al balcón y respirar la noche, y vivir, volver a vivir. Antes, sin embargo, había que esperar un rato más para asegurarse de que estaba muerto y bien muerto. Luego, continuar con el plan previsto. Todo estaba saliendo bien, pensaba. Entonces se giró y vio a su hija de siete años en la puerta de la cocina, descalza sobre las coloridas baldosas hidráulicas del pasillo y tapándose la nariz, pellizcándose la con el índice y el pulgar de la mano derecha, mirándola. Mirándola.

Tres días después, la policía aceptó que se trataba de un suicidio. Francesca tuvo que sacar el actor que todo el mundo lleva dentro cuando la situación lo reclama, aunque no siempre con las dotes de convicción más idóneas. Ella fue convincente. Superó un breve interrogatorio en el que, entre llantos bien representados, resolvió una por una las dudas que los policías le fueron planteando, con menos acritud y más compasión a cada pregunta. «La niña y yo dormíamos cuando él llegó»; «No sabía que mi marido tuviera problemas»; «Sí, tal vez alguna amante...»; «Sí, tal vez de dinero; no sé en qué negocios andaba metido»; «Hacía años que no teníamos una buena relación, por eso no me explicaba qué le pasaba por la cabeza»; «¿Tenía golpes recientes en las piernas? Nno, no sé cómo se los hizo... ¿Y usted, tiene alguna idea?»; «El cubo de agua y jabón lo derramé accidentalmente, cuando me lancé hacia el horno para apagar el gas»; «Un poco más y explota todo el edificio»; «Sí, muchas gracias, si necesito algo se lo haré saber. Ahora solo quiero descansar para superarlo. Debería haber notado que no estaba bien. Quizá lo habría podido salvar...». Y salió de comisaría mientras la mayoría de los hombres la miraban con avidez y ella ocultaba su superioridad, delatada a través de una leve, muy leve sonrisa sin carmín bajo el velo negro que colgaba del elegante sombrero de duelo.

El día anterior había entrado en la habitación secreta del marido. No le costó retirar la librería y se plantó ante la puerta de hierro y su cierre de combinación. Sabía que era de tres cifras dobles. ¿Qué habría elegido, Salvador? Durante cinco minutos intensos miró aquella rueda con noventa divisiones como si la tuviera que abrir solo con el poder de la concentración, de la mente. Tenía unas cuantas opciones para ir probando. Al primer intento, la cerradura se abrió: 23-derecha-07-izquierda-33-derecha, la fecha de su boda, cargando hacia la derecha, como en política. Sonrió. Era tan previsible, el hijo de puta.

Esperaba encontrar material de estraperlo de larga caducidad, como azúcar, aceite, tabaco, chocolate, latas de conserva, leche en polvo... Quizá algunas armas y cuatro joyas. Y algo de dinero. De esto último sí que había, y mucho: cerca de cuatro millones de pesetas. También, entre otros objetos e incluso trastos que a saber por qué escondía allí, algunas joyas, pocas y de poca calidad; y cuadros con un valor que Francesca no sabía calcular. Y lo más goloso: veintiún lingotes de oro, de un kilo cada uno. Con las aristas redondeadas y algo magullados. Robados, seguro. Lo que faltaba saber era a qué bando. No era de su incumbencia. Los padres Grau habían muerto durante la guerra y la fábrica ya no existía. Salvador era un cerdo, pero había sabido acumular una fortuna abundante en tiempos de miseria. Y ahora ella la sabría gastar.

Todo estaba saliendo perfecto, mejor de como lo había previsto, si no fuera por Violante. Cada noche le costaba más conciliar el sueño y cada noche se despertaba gritando, a una u otra hora, con el pelo y el camisón empapados de sudor, temblando, mirando hacia la pared y repitiendo el gesto de taparse la nariz. La niña aún notaba el olor dulzón del gas. Y todavía veía al monstruo con una trompa y unos ojos enormes que le insistía con voz ahogada: «Tranquila, no pasa nada. Estás soñando, estás soñando...».

El martes 12 de febrero de 1985, a las cinco de la tarde, Francesca entra por primera vez en el centro de mayores Francesc Macià. Ha elegido aquel centro para viejos por tres motivos: porque no está lejos de casa —el local ocupa unos bajos de la calle València, entre Llúria y Bruc— y puede ir andando, porque es laico y porque homenajea a un presidente de la Generalitat que se llamaba como ella y al que muchos apodaban el abuelo, *l'avi*, cosa que le resulta simpática. Ya tiene setenta y tres años, pero todavía le queda energía para no vivir encerrada entre las paredes del gran piso, sola, desde hace mucho. Ha ido viviendo del dinero que Salvador escondió y que ella heredó sin pasar por ningún notario. El ritmo de gastos, alto en alguna época —aunque se autoconvence de que, en general, nunca desmedido—, ha ido secando peligrosamente la Reserva Federal de Mataró, tal como la llama alguna vez. Aunque no lo suficiente como para obligarla a prescindir, como ocurre desde hace años, de criada, de cocinera e, incluso, de mujer de la limpieza. Más bien no tiene a nadie que la sirva, ni tan solo que la ayude, porque así se siente independiente y más moderna: ahora ya no tiene chachas todo el mundo. Lo poco que hace, lo hace ella. Y lo que no se limpia hoy... mañana estará sucio. ¿Y qué?

Los primeros dos años después del suicidio —tal como consta en el atestado de la policía— de su marido, superó una dura prueba de autocontrol y mantuvo un duelo estricto que le permitía camuflarse entre las sombras permanentes de una sociedad reprimida y de carácter gris y silencioso. Incluso, de vez en cuando, iba a misa, llevando de la mano a Violante. No estaba del todo segura, pero tenía sospechas de que la vigilaban, a distancia. Quizá era rutina. Quizá algún detalle no les había quedado suficientemente claro, como los moratones en las piernas. Quizá buscando la manera de retomar los sobornos. O quizá a ella le iba bien creerlo para no distraerse ni ceder a la tentación de empezar a gastar demasiado dinero y vivir recuperando el tiempo perdido.

Violante ya no tenía tantas pesadillas. No porque hubiera superado el trauma de ver morir a su padre montado por un monstruo que venía del mundo de los sueños, con cabeza de insecto y cuerpo de mujer. Francesca acabó con las pesadillas de Violante haciéndole tragar cada noche una gran taza con una infusión, bien cargada, de tila y valeriana. La niña dormía tan profundamente que a menudo se meaba en la cama. Cuando estaba despierta no soportaba la oscuridad y siempre recorría el largo pasillo del piso a la máxima velocidad que le permitían las piernas flaquitas, clap-clap-clap-clap, gritando de manera sostenida y muy aguda, como un ratón pereciendo en una trampa. Habría ayudado que en la parte iluminada del pasillo la recibiese una madre con los brazos abiertos y palabras tranquilizadoras, cosa que rara vez pasaba. Violante chillaba como si su existencia fuera una atracción de feria especialmente vertiginosa, pero no se lo pasaba bien. En ningún lugar. Hablaba poco, en casa, en clase, en el patio. La maestra sugirió a Francesca que estaría bien llevarla a una escuela especial. Tal vez, primero a un médico. La cambió de colegio. A partir de entonces, Violante fue a uno donde las maestras hacían entrar la letra con sangre y no pretendían jugar a psicopedagogas. Seguro que a medida que creciera volvería a la normalidad.

Había que alejar el recuerdo de una noche, un recuerdo que podría delatar a su madre. Suerte que convenció a los policías de que la niña estaba trastornada y era mejor no agobiarla con interrogatorios sobre su difunto padre y la noche en que murió.

Sin embargo, Francesca iba tanteando el terreno.

—Violante, hija, ¿cómo es que nunca me cuentas lo que haces en la escuela?

—...

—Vamos, toma, bébete la leche.

Violante dio un sorbito seguido de unos aspavientos.

—¿Está demasiado caliente?

—Sí, mamá.

—¿Quieres que añada un poco de fría? ¿O soplando es suficiente?

—Ya soplo.

Francesca sabía cuál era el único lazo emocional que la unía a su hija: una canción.

—«El patio de mi casa, es particular, cuando llueve se moja cooomo...», ¿Violante?, «... cooomo...».

—«Los demás.»

—«Agáchense y vuélvanse a agachar, las niñas bonitas se sabeeen...»

—«¡Agachar!»

—«Chocolaaate.»

—«Moliiiiiiiillo.»

—«Corre, cooorre, que te piillo.»

Y las dos a coro, cogidas de las manos y tirando con fuerza:

—«Estirar, estirar, ¡que el demonio va a pasar!»

Era la única manera de que Francesca lograra hacer sonreír a su hija.

Una vez terminaron la canción, Francesca decidió comprobar, después de meses sin hacerlo, qué admitía recordar su hija y qué continuaba extraviado en una nebulosa nocturna y onírica.

—Ya verás como la leche ahora no quema, ¿verdad? Bebe, bebe sin miedo... —Observó a la niña sorbiendo—. ¿Por qué siempre tienes miedo? ¿De qué tienes miedo?

—...

—Violante, te estoy haciendo una pregunta.

—...

—¿De qué tienes miedo? Pronto cumplirás nueve años. ¡Ya eres mayor! ¿Por qué la señorita me dice que no hablas nunca?

—No tengo ganas de hablar.

—¿Por miedo? ¿Por vergüenza?

—...

—¿Violante...?

—No lo sé.

—Ahora ya no tienes pesadillas y no es necesario que te dé la agüita dulce para dormir. Ya te has hecho mayor, ¿lo ves? Ya te lo decía... El tiempo lo curado casi todo. Y enfría la leche. —Le guiñó un ojo.

Violante no dijo nada. Cerró los ojos y se sumergió en el cuenco de leche.

Hablar del miedo, de la noche y del silencio era una de las muchas maneras con que Francesca conseguía angustiar a su hija, a pesar de no pretenderlo.

Pasada la Pascua de 1948, Francesca decidió empezar a concederse ciertas libertades y salió alguna vez para ir al teatro, vestida con ropa nueva, elegante y moderadamente coloreada. Lo hizo poco, porque no tenía amistades, tan solo algunos saludados, y pronto se dio cuenta de que yendo sola llamaba demasiado la atención y siempre resultaba criticable y, por lo tanto, era contraproducente. Debía marcharse, lejos, muy lejos.

A finales de agosto pudo viajar, por fin, después de tantos años de desearlo. No a África, eso ya llegaría, probablemente. Quería visitar París, Londres, Roma, Viena y otras grandes capitales que la guerra, una vez más la guerra, habían cerrado al turismo entre 1939 y 1945. Comenzó por París, donde todavía eran identificables algunas señales de la Segunda Guerra Mundial — edificios dañados y no reformados, fragmentos de carteles propagandísticos pegados en paredes de calles no muy transitadas, demasiados rostros con la expresión de tristeza que provocan las privaciones...—, aunque cada vez más se vivía en colores, colores vivos que de noche se volvían atrevidamente estridentes. Se sintió felizmente acompañada de música de acordeón —que pasaba a ser de saxo al ponerse el sol—, de viejos libros de poesía y de pintores callejeros, de un diseño de ropa que ensalzaba la belleza femenina en lugar de ocultarla, de *croissants* de mantequilla, huevos duros, *baguettes*, queso y copas de vino y de champán y de Pernod con agua. Y renovó el aire enrarecido, tantos años respirado en aquel piso del Eixample, con paseos por el Bois de Boulogne, por los Campos Elíseos, visitando Notre Dame y perdiéndose un día entero dentro del Louvre, recorriendo el Sena en *Bateaux-Mouche*, contemplando el día de la ciudad desde lo alto de la Torre Eiffel y la noche desde Montmartre. La semana prevista fue intensa y suficiente para una primera escapada y, durante el largo recorrido de vuelta en tren, decidió el destino siguiente. Diecisiete días después de regresar a Barcelona se embarcó hacia América.

Su padre, Pol Puigmajor, había muerto, solo, en marzo de ese 1948. En el pueblo se apresuraron a sentenciar que se lo había llevado la pena. Los médicos opinaban que una peritonitis. En el entierro, al que decidió asistir en el último momento, Francesca se reencontró, después de más de diez años, con su hermano Andreu, que había venido desde Madrid, y con su hermana Lluïsa, que venía de Palamós y dejó a sus dos hijos pequeños con la mayor, Marina, que ya tenía quince años. Con Lluïsa solo se habían visto una tarde hacía unos tres años, aunque mantenían contacto epistolar y aún le enviaba dinero, ya solo de vez en cuando porque ella le había escrito que, después de haber pasado unos meses con un pescador, ahora estaba con un apuesto patrón de pesquero con un único defecto: estaba casado. Cualquiera día le haría un hijo y se lo tragaría el mar, o cambiaría de puerto donde poder descargar el deseo. Lluïsa se había convertido en pescadora de pescadores, pensaba Francesca, y el pescado tiene el problema de que enseguida hiede. Nunca le había escrito estas frases de sermón beato, y ahora que la tenía delante, todavía menos se las podía recitar. Ella, precisamente, no había tenido una boda ejemplar.

Los tres hermanos se sintieron extraños, unos de otros, desconocidos sin nada que decirse, y Francesca, incluso, se planteó que seguramente no habría reconocido a Andreu si se hubiesen cruzado por la calle, un supuesto muy probable si añadía que tenía tendencia a ignorar las sotanas. Los tres, con más gestos que palabras, pasaron unas horas husmeando por la casa familiar, que, adquirida en subasta por el ayuntamiento, posiblemente sería derruida dentro de pocos meses. No era una época favorable para la preservación del patrimonio arquitectónico.

Francesca eligió cinco fotografías de entre las decenas pegadas en siete grandes álbumes: una del exterior de la casa, sin nadie, solo paredes blancas, ventanas abiertas y las palmeras del jardín aún pequeñas. Las otras cuatro mostraban varias combinaciones familiares: ella con sus cuatro hermanos, en el estudio de un fotógrafo, sentados por orden de edad —menos Lluïsa, de apenas un año, que estaba en su regazo—, ante un decorado pintado, pomposo, de inspiración neoclásica; ella, Lluïsa y sus padres sentados en un banco del jardín, risueños, bromeando; una merienda en el patio con el grupo de diez o doce amigos del pueblo, seguramente un cumpleaños, no recordaron de quién; ella, apenas adolescente, paseando cogida de la mano de su padre por un camino que bordeaba un arroyo, entre avellanos, encinas y sauces, ambos de espalda, parecía que charlando animadamente, como siempre, una imagen que no se sabía quién había perpetuado.

Aquella tarde, si se dejaba llevar y borraba el umbral que separa el mundo inconsistente y dúctil de los recuerdos y el de los conceptos más materiales, sabía que llenaría con placer unas cuantas cajas con objetos conectados con el pasado. Esos vasos de cristal decorados con flores pintadas a mano en los que recordaba haber bebido limonada muchos veranos; marinas, bodegones y algún pudoroso desnudo femenino, obra de pintores locales poco cotizados; la mantelería de los días de fiesta, ahora apolillada; más fotografías, muchas más; libros, quizá sábanas bordadas e incluso algunos pomos de cerámica, de puertas y cajones. No. Metió las cinco fotografías dentro del bolso y salió al exterior. Desde la suave colina donde construyeron el caserón se podía contemplar buena parte del casco urbano, algunos campos de cultivo y pequeñas arboledas y, al fondo, el mar. Esta fue la última imagen que se llevaría del pueblo, porque, ahora sí, no volvería jamás.

En América, los Puigmajor ya no tenían nada. Quizá algunos tíos o primos, de sangre, que no de apellido, con la piel morena y los pies descalzos, porque el abuelo Salvi seguro que no había mantenido la bragueta abrochada las largas temporadas que pasó en Cuba y Brasil. En cualquier caso, Francesca viajó a mediados de septiembre de 1948, primero a los Estados Unidos, donde pasó tres meses, sobre todo en Nueva York, y aprendió unas nociones de inglés, suficientes para hacerse entender. En París había resucitado y en Nueva York floreció: ¡se sentía libre!

La distancia con Violante, ahora además física, le provocaba momentos de malestar, un sentimiento de culpa. Algunas noches, sola en el hotel, la añoraba. Seguro que estaba bien en el pequeño colegio de monjas de Sabadell donde la había internado. Ese no era el problema. La duda era saber si habría sido una niña diferente, de todos modos, o si la única responsable era la escena que había presenciado aquella noche.

Cuando estos pensamientos la acosaban demasiado, salía a la calle a buscar algún lugar donde beber, bailar y conocer gente.

Después de más de dos meses en Nueva York, fue bajando por la costa este en tren y autocar hasta Florida. De allí navegó hasta Cuba, donde estuvo un mes, repartido entre La Habana y un par de escapadas a haciendas con plantaciones de caña de azúcar y de tabaco, invitada por amistades incipientes. Aunque tenía previsto visitar Brasil, se desplazó directamente a Buenos Aires, dejándose convencer por un acompañante. Pretendía estar allí unas semanas y volver a Barcelona, pero cuando aterrizó todavía hacía bastante calor y no se marchó hasta poco antes de que llegara el frío del invierno austral, cuatro meses después. Aprendió a bailar tango y lloró escuchando la letra de algunos. Galopó por la Pampa y se hartó de comer carne de ternera. Y saboreó la emoción de los relámpagos de pasión amorosa, desafectada y arrolladora, irracional y adictiva,

obligatoriamente efímera para mantener fresca su idiosincrasia.

Viajaba sola, pero, progresivamente, y hasta donde le convenía, se dejó acompañar por hombres escogidos con precisión. Y pudo disfrutar de los placeres de la conversación, del baile, de la gastronomía, de la seducción y, efectivamente existían, de los gozos del sexo. Era una europea, viuda, de treinta y siete años, atractiva, desenvuelta y, aparentemente, sin angustias económicas, a pesar de las cruentas guerras que había vivido en su país y, aunque fuera a distancia, en su continente.

Habría continuado viajando alrededor del mundo, pero tal vez era hora de volver a Barcelona. Era consciente de que su hija tenía muy poco espacio en su mente. ¿Cómo podía pretender que Violante olvidara aquella noche en la cocina si ella misma, Francesca, no era capaz ni siquiera de superar el dolor, el asco y la rabia con que fue engendrada? Violante no tenía ninguna culpa, es cierto. ¿Y?

Por otra parte, viajar de norte a sur y de este a oeste con una niña de diez años no era lo que le apetecía. Francesca dudaba entre librarse de Violante internándola en cualquier escuela para señoritas, que le costara dinero pero no esfuerzos ni peajes emocionales de ningún tipo —eso cuando había bebido bastante—, o intentar poner a flote el proyecto de familia que, de hecho, nunca habían llegado a consolidar —el resto del tiempo.

Llegó a Barcelona a finales de mayo de 1949 con la intención de recoger a Violante y viajar juntas. Probarlo. Un tiempo.

Mientras esperaba que le trajeran a la niña, Francesca, acariciando el peluche que le traía de regalo, contempló los cuadros de vírgenes pintadas con colores fúnebres, las figuras de santos de yeso cubiertas de tonos dorados y rojos, los austeros crucifijos de madera... Todos la miraban y la acusaban. No, no podía dejar a su hija ahí, clausurada, mientras ella respiraba en el extranjero un aire que se parecía mucho a la libertad después de tantos años de ahogo.

Oyó unos pasos fuera de la sala donde aguardaba y se levantó. Por el pasillo venían Violante y una monja que sonreía invitando a la niña a hacerlo. Francesca no esperaba ninguna muestra de felicidad, por eso le sorprendió aún más que Violante se soltara de la mano de la monja y recorriera los últimos metros hasta ella corriendo. Clap-clap-clap.

—¡Mamá!

—¡Hija!

Se abrazaron algo incómodas, por la falta de costumbre y por el perro de peluche que molestaba entre ambas.

—¿Cómo estás? Uy, madre mía, ¡si has crecido muchísimo! Te he traído un perrito, toma... En casa tienes más regalos.

—¿Qué se dice? —recordó la monja, sin aflojar la sonrisa.

—Gracias —respondió la niña con el peluche entre las manos.

—Me parece que, más que juguetes, lo que tendremos que hacer es comprarte vestidos, que ya eres toda una señorita.

La directora del centro, un rato antes, había informado a Francesca de que Violante continuaba siendo bastante retraída, aunque cada vez participaba más de las actividades en grupo. De vez en cuando tenía pesadillas, no más que otras niñas de su edad. Comía bien. Alguien que no conociera sus antecedentes la encontraría un poco reservada y poco más, porque muchas veces jugaba, reía y parecía feliz. Ya no era aquella niña miedosa de ocho meses atrás.

Durante el viaje hasta su casa en taxi, Francesca explicó a su hija un resumen desordenado y deshilachado de lo que había hecho esos meses. Ya circulando por las calles de Barcelona, añadió que ahora viajarían juntas.

—¿Qué te parece?

—Bien.

—¡Solo bien?! —reclamó, riendo—. ¿Por qué has dejado de sonreír? —De pronto se le hizo evidente el cambio de expresión de su hija: era como si se hubiera descargado de energía—. ¿Qué te pasa?

—...

—¿No quieres viajar?

—Sí, sí que quiero... ¿Nos iremos pronto? —imploró.

—Claro, te lo prometo.

—¿Mañana?

—No, todavía no, pero pronto —respondió Francesca, divertida, aunque su hija estaba seria.

Pocos instantes después, el coche se detuvo ante la finca donde vivían. Francesca observó la expresión de su hija y confirmó lo que sospechaba hacía unos minutos: Violante tenía miedo del piso.

Tomaron un avión a primeros de julio, después de repetir el mucho papeleo que había gestionado para conseguir el pasaporte, ahora para su hija. Fueron directas a Florida. Quería alejarse miles de kilómetros de los recuerdos de Barcelona. Durante los primeros días, todo fue bastante bien, se divertían comprando ropa en tiendas enormes, paseando por calles con edificios bajos con las fachadas pintadas de colores pastel y haciendo planes mientras sorbían batidos de fresa y manoseaban cócteles de gambas. Francesca, más de una noche tuvo ganas de salir. Estar con su hija le restaba libertad. Pero tampoco le costó reprimir esas pulsiones. Ya volvería a viajar sola y podría hacer lo que se le antojase en cada momento. Todo llegaría.

Y llegó.

La última mañana en Miami, de camino al aeropuerto para coger un vuelo hacia Nueva York, el taxista les recomendó que visitaran el Museo Militar del Sur de Florida para aprovechar las horas muertas que tenían. A ninguna de las dos les interesaba el tema en absoluto, pero no quisieron decepcionar a aquel cubano viejo y simpático que insistía, con la intención de desviarse de la ruta y cobrar más por la carrera. Deambularon por unas salas vacías de gente y llenas de vitrinas con armas de fuego de todo calibre, espadas, bayonetas, machetes, uniformes de los diferentes cuerpos, banderas, fotografías, explicaciones de proezas bélicas, de estrategias militares en las grandes batallas... Francesca vio un lavabo y le preguntó a Violante si quería ir. La niña no tenía ganas y prefirió esperar fuera. Cuando Francesca salió, un conserje y una mujer de la limpieza, al fondo de la sala, rodeaban a alguien tumbado en el suelo. Se acercó rápidamente hasta allí. Violante tenía un ataque. «¿Es epiléptica?», le preguntaron en inglés. «No lo sé, hasta ahora no lo era...», respondió en español antes de ponerse ella también a temblar, sin poder reaccionar de otra manera más práctica. Vio cómo un militar, que llegó corriendo, se apresaba a aplicar los primeros auxilios a la niña para evitar que se mordiera la lengua. Preguntó algo más a Francesca, pero ella no lo oía. Había levantado un momento la vista de su hija y ahora estaba paralizada ante una vitrina. Dentro había seis modelos de máscaras antigás.

Después de un par de días de hospitalización, volaron hacia Nueva York. Violante no reaccionaba. Estaba congelada, en blanco; como un muñeco de nieve desafiando el calor, barnizado con una capa de silencio sólido.

Obedeciendo a los médicos que se habían hecho al cargo del caso, Francesca accedió a ingresar a Violante en una residencia psiquiátrica de Washington. Nada, cosa de tres o cuatro meses, dijeron. Fueron dos años. A pesar de las largas sesiones de terapia continuada, los especialistas insistían a Francesca en que no habían podido concretar el origen traumático del estado de Violante. Tenían varias hipótesis, ninguna lo bastante fiable. Había una pesadilla recurrente, pero los intentos de profundizar no dieron resultado. La psiquiatría y la psicología no son ciencias exactas, se justificaron.

Había querido que su hija se abriera al mundo a base de aire fresco y libertad, pero lo que pasó es que la niña había vuelto a encerrar a su madre en la asfixia de una noche. Era o la una o la otra. Dos paradojas aromáticas. Una olía la dulzura del gas y sufría. La otra inspiraba con deleite el olor de la goma de la máscara. Se había creado una incompatibilidad involuntaria, más fuerte que ambas juntas.

Durante esos dos años, los que van de los diez a los doce de Violante, una parte del dinero de la despensa secreta sirvió para pagar el ingreso en el psiquiátrico. Una vez le dieron el alta, Francesca destinó otra parte a pagarle los estudios, a seis mil quinientos kilómetros de distancia. Los primeros años, Francesca la visitaba a menudo. Más adelante, harta de unos largos silencios que la acusaban de todo y de nada, y viendo que Violante se adaptaba bien a la escuela femenina norteamericana donde ahora vivía, comenzó a distanciar las visitas. Sabía que, para su hija, ella era el recordatorio de una angustia inmensa con un origen no suficientemente concreto.

El caso es que Violante iba mejorando. Sobre todo, lejos de su madre.

Pasados unos años, se enviaban una postal por Navidad y otra, si se acordaban, por los cumpleaños respectivos. Y nada más. Por escrito, Francesca también terminó ignorando a su hija. Y Violante, a efectos prácticos, continuaba muda para su madre.

En marzo de 1959, Violante comunicó —por carta, nunca por teléfono— a Francesca que compartiría piso con unas amigas, en Charlotte, una pequeña ciudad de Carolina del Norte donde pensaba trasladarse de inmediato. Francesca accedió. Era un buen síntoma y una evolución lógica para una chica de veinte años. Cuando a primeros de mayo de ese mismo año fue por primera vez y por sorpresa a ver dónde se había instalado Violante, descubrió que la dirección correspondía a un solar lleno de basuras, cachivaches y hierbajos, no a las afueras pero sí en un barrio marginal. Comprobó los datos en la carta, que sacó del bolso, que le había enviado su hija. Coincidían. ¿Era un error? ¿Una broma estúpida? ¿Había recorrido siete mil kilómetros persiguiendo una sonrisa hecha de niebla?

Y ahora, ¿qué debía hacer? No tenía ninguna pista para seguir. Nunca había estado en aquella ciudad. Aceptó que no le quedaba ni una pizca de ganas de buscar a Violante. Más que el reproche clásico de «¿en qué me he equivocado?», Francesca buscaba infructuosamente qué había hecho bien. Ya no tenía dónde agarrarse.

Miró el reloj. Hacía poco más de una hora que estaba plantada en la acera, como si Violante pudiera aparecer de pronto, «¡sorpreesa!», del interior de una nevera destartada y medio hundida en el barro. Como el día de abril en que nació Violante, se sentía tan vacía que no pudo ni llorar mientras se alejaba de aquel descampado.

A primeros de 1960, Francesca volvió a recibir noticias de su hija: una postal en la que le pedía dinero. El matasellos era de Santa Barbara, California. A cambio, Francesca quería una llamada, fotos, saber dónde vivía de verdad, poderla visitar alguna vez. Le envió dinero esa vez y en dos ocasiones más, en septiembre de 1962 y agosto de 1963. Solo obtuvo mentiras y más silencio. Y no volvió a saber nunca más nada de ella. A finales de 1964 obedeció un impulso y encargó que investigaran el paradero de Violante. La única pista que tenía para buscarla, la dirección donde había enviado dinero la última vez, no dio ningún fruto.

Había superado muchos malos momentos. Ese no sería el definitivo, tampoco podría acabar con ella. Decidió que Violante ya la buscaría cuando le viniera bien. O más probablemente cuando le fuera mal. Y que ella no la esperaría sentada en casa. Debía seguir viviendo.

¿Qué más podía hacer?

Ahora, en 1985, ya hace muchos años que no viaja. No fue nunca a África. Al África negra, donde quería construir hospitales, porque en Egipto sí que ha estado. El dinero empieza a estar limitado, pero ya ha vivido lo que quería, y si se controla un poco podrá mantenerse —si vive diez, doce, quince años más a lo sumo— con los restos de lo que queda en la despensa: poco más de medio millón de pesetas y dos lingotes de oro. No está mal, llegar a su edad sin haber trabajado ni un solo día y, en cambio, tener tantas experiencias y anécdotas, a menudo exóticas, que contar. Y eso se lo podría callar, si se mantuviera en el modelo de discreción que hace años abandonó, o, más fácilmente, mostrarlo con chulería, como suele hacer todo el mundo que lo ha pasado bien y ya solo lo puede revivir ante un auditorio atento. Pero Francesca lo sabe administrar de manera bastante ajustada para hipnotizar a los viejos que la escuchan. Algunos son más jóvenes que ella, pero en general todos son viejos, aunque ella no se sienta así, o no de la misma manera. Sí que es consciente de los cambios que ha sufrido su piel, más seca y arrugada, la dispersión de manchas y pequeños bultitos que van apareciendo y se quedan para siempre, en las manos, en la cara, en la espalda. También nota los crujidos cada vez más dolorosos de las articulaciones, y se ha tenido que adaptar a los inconvenientes de llevar dentadura postiza. Por suerte no tiene que sufrir con los controles de la presión arterial y los niveles de colesterol, de triglicéridos, de azúcar... No es ajena a la pérdida progresiva de memoria, pero si se esforzó por olvidar muchos momentos del pasado, ahora no puede importarle que, al desaparecer, arrastren consigo otros recuerdos más amables. De hecho, la memoria reciente la mantiene bastante fiable, y eso le ha valido algunos elogios por parte de los compañeros del club —a ella le gusta llamarlo *club*, es más elegante y no falta a la verdad.

Las actividades habituales del centro de mayores, del club, pronto le resultan anodinas, insuficientes. Charlar está bien, pero por añadidura, no como centro y base principal de la distracción. Cuando no es ella quien habla, lo cierto es que se aburre mucho, escuchando batallitas de la posguerra, relatos apasionados sobre embarazos y partos, opiniones sobre los niños de hoy en día expresadas por abuelas que chorrean babas por sus nietos, afirmaciones sobre la alineación del Barça con la que la victoria está asegurada y que parece mentira que el idiota del entrenador no comparta, además de las competiciones reiterativas y monótonas sobre la diversidad de enfermedades, dolores y dolorcillos con los que todos se levantan y se acuestan.

Ella, poco a poco, introduce alternativas —no siempre bendecidas por el personal que los atiende por el trabajo extra que alguna vez les representa— a las que progresivamente se va sumando más gente. Organiza visitas a museos gratuitos; pases de vídeos documentales —de naturaleza, de viajes, de historia, algunas óperas o conciertos...— que elige ella misma en la

biblioteca del barrio. También ha intentado crear una coral, pero la materia prima con la que cuenta es una tortura para cualquier oído, por poco sensible que sea, y por eso ha buscado —y pagado, ante la negativa final de los responsables del club— una monitora de danza oriental que les ha hecho pasar unas tardes agotadoras pero muy divertidas y, a la larga, energéticas. Ha buscado conferenciantes voluntariosos que les han hablado de sexología, de economía doméstica, de ejercicios contra la pérdida de memoria, de psicología de apoyo al duelo por un ser querido, algo a lo que todos están sometidos de manera permanente.

Y ha ampliado las actividades estacionales, como concursos de disfraces para carnaval, de muñecos por Todos los Santos, de fotografías después del verano, de poemas por Sant Jordi, regalos del amigo invisible en Navidad...

Estos pequeños gastos van sumando, como su edad, que se alarga y con buena salud. Por contra, la despensa económica empieza a estar peligrosamente vacía, y deberá tomar alguna determinación práctica para no tener que pasar penurias en la recta final de su vida.

—No, Agustí, si tú me lo aconsejas, yo te creo.

Francesca habla, en el amplio salón de su casa, con Agustí S. —de Sánchez— Junceda, un economista jubilado hace seis años y miembro del club.

—Es una buena manera de asegurarte una vida digna hasta el final. Eso sí, la buena herencia que sería este magnífico piso para tu hija o para tus sobrinos se pierde.

—Mira, mi hija no sé ni si está viva, y a mi hermana ya la ayudé durante muchos años... Y hace muchos más que no me llama para contarme algo, de ella o de sus hijos.

—Entonces, ¿lo gestionamos?

—Sí, sí, adelante.

—Debemos tener cuidado de no caer en ninguna de las trampas que suelen ocultar este tipo de contratos. Ya te buscaré algún comprador solvente y que no sea un avaricioso sin escrúpulos.

—¿Quieres decir que encontrarás alguno? —Los dos sonríen, y ella aprovecha para sorber la infusión que están tomando.

—Es que cuando huelen a viejo, a muchos de esos especuladores se les ponen los dientes largos porque esperan tener todas las facilidades para tomarnos el pelo.

—Como si por ser viejos fuéramos idiotas... Cuando por viejos solo nos meamos encima y se nos olvidan algunas cosas.

—Y todo el día somos conscientes de tener huesos. ¡Malditas articulaciones!

El economista ya hace un par de años que conoce a Francesca y está acostumbrado a su humor sarcástico. Para él es una virtud y una muestra de inteligencia.

—Entonces, ¿tú buscarás al comprador? —pregunta Francesca.

—Sí, no hay problema. Y te ayudaré a negociar el contrato.

—¿Y cuánto me costará?

S de Sánchez se ríe con ganas.

—Estoy jubilado, mujer. Lo hago para recordar los buenos tiempos. Eso sí, una buena cena te la pienso aceptar.

—Bueno, bueno, primero vendamos el piso...

El elegido por S de Sánchez acaba siendo un tal Ernest Claramunt y, tras unas semanas de tira y afloja, Francesca vende su piso en septiembre de 1989. Tiene setenta y ocho años.

En el 2005, cuando el abogado que le ha comprado el piso muera, ella ya tendrá noventa y

cuatro, y ninguna intención de seguirle los pasos.

Así van pasando los años, y Francesca se convierte en el núcleo reactivo de los miembros del club que siguen vivos y de la mayoría de los que llegan nuevos. Siempre hay compañeros, y aún más compañeras, que la desprecian, que se niegan a participar en nada de lo que ella organice, que se van al otro extremo de la sala de manera descarada cuando empieza a explicar lo que sea con su entusiasmo habitual. En la mayoría de los casos es una reacción provocada por la envidia; en otras, diferencias de criterio, porque no les gusta sentirse dirigidos, incluso podría parecer que dictados; y aún hay unos terceros que, simplemente, prefieren ver programas de tarde en la televisión, estridentes, tanto de voz como de colores, mientras se sientan en butacas desgastadas y blandas como sus cerebros.

Gracias a su generosidad y a su talante, Francesca ha reunido una especie de guardia pretoriana que se desvive por ella: le piden consejo, la siguen, la ayudan, la obedecen, la defienden. La aman y veneran.

Este cariño todavía se notará más cuando en invierno del 2007 Francesca caerá en la calle y se romperá ambas caderas y, aunque será intervenida con bastante éxito y se aplicará con constancia y esfuerzo a cumplir con los ejercicios de rehabilitación, los médicos le aconsejarán que, para evitar males mayores, empiece a usar una silla de ruedas. Los amigos más fieles le regalarán entre todos una carísima silla de ruedas con motor eléctrico. Francesca, consciente de que, en general, todos van justos de dinero, los invitará a una cena fastuosa en su casa, una costumbre que, en formato más modesto, se irá repitiendo a partir de ese momento dos o tres veces al mes. De este modo, trasladará a su piso una parte de las actividades sociales, como la visión de documentales y las partidas de parchís y de dominó, y evitará evidenciar las limitaciones físicas que, entonces sí y a plomo, le habrán caído de un cielo similar al de hace setenta años, cuando solo le lanzaba bombas, disgustos y desazón.

Hoy, viernes 12 de agosto del 2016, a Francesca, que dentro de un mes y medio cumplirá los ciento cinco años, se le escapa confesar, a los siete devotos que la acompañan en el salón de casa —después de una cena frugal, porque el calor y los fiscalizados estados de salud no invitan a ninguna *grande bouffe*—, que está preocupada, que ha recibido algunas llamadas mudas, anónimas, claro.

—¿No serán teleoperadoras de esas pesadas, que intentan vender lo que sea? A veces tarda en entrar la conexión... —Supone uno de los amigos.

—No, oigo a alguien respirando.

—¿Y hace mucho? —insiste el amigo.

—Unos días... En total, tres veces.

—Ay, qué miedo —se exclama una de las amigas antes de que Francesca continúe explicando que vino un chico a traerle un libro, y que luego, escondida tras los visillos de los balcones que dan a la calle Provença, lo ha visto alguna vez en la acera de enfrente, caminando arriba y abajo, mirando hacia su edificio.

—¿Seguro que era el mismo chico? —pregunta otro de los amigos.

—Sí. La vista aún la tengo bastante clara. Además, me puse en pie un momento, porque la barandilla me molestaba... Era el mismo.

—¿Y tienes alguna idea de quién puede ser? —le pregunta una de las amigas.

—Sí.

—¿Quién? —requiere, algo excitado, otro comensal.

—El hijo de quien me compró el piso.

—¿Y crees que te quiere hacer daño? —insiste la amiga.

—¿Por qué me vigila a hurtadillas, si no? Además, los he denunciado por impago...

—¿Para eso me pediste el número de los abogados? Ahora lo entiendo... —resuelve S de Sánchez—. ¿Y han pagado?

—Al final, sí. Pero parece evidente que me quieren ver muerta...

—¡Pues vayamos a la policía! —propone un tercer amigo—. Yo te acompaño. O los llamamos y que vengan.

—No, hombre, no. No tengo pruebas. Se reirán de mí, no me harán caso. Pensarán que es una chaladura de vieja, que solo molesto y les hago perder el tiempo, como todos los viejos.

—Ay, Cesca, yo tendría mucho miedo, aquí solita como lo estás tú... ¿Por qué no vienes a mi casa unos días? —ofrece la amiga de antes.

—Si quieres ven a mi casa, que está más cerca —propone otra amiga.

Las ofertas se multiplican como en una subasta de pescado y Francesca, desde su lugar en la mesa y observando aquel simulacro de apóstoles que la rodean, da cuatro palmadas para llamarles la atención y conseguir un mutismo casi reverente.

—Os lo agradezco a todos, de verdad, pero esta es mi casa y ya no tengo edad para estar huyendo. Si alguien quiere lo que sea de mí, aquí me encontrará, mientras siga viva.

Todos protestan por la imagen dramática, de mártir, que la anfitriona les ha dibujado en el aire con luz de bengala, que cuando cierras los ojos perdura.

—También podemos quedarnos a hacerte compañía —propone uno de los hombres.

—¡Eso, y hacemos turnos de guardia! —añade otro, con los ojillos brillantes por el vino y por la emoción que le provoca la actividad ofrecida.

Y se vuelve a generar una algarabía. Francesca no los escucha. Está valorando las opciones. Afila la mirada antes de recuperar la palabra.

—Lo de las guardias, no te digo que no. Pero a mi manera...

—¡A sus órdenes, mi generala! —proclama el bebedor de vino, mientras se pone en pie y saluda con marcialidad, lo que genera una carcajada colectiva.

LOS CLARAMUNT Y LA HERENCIA

2016, septiembre; presente

Artur no se acaba de decidir por ningún plan concreto para cargarse a la vieja. La ha estado vigilando unos días, pero nada, no sale de la madriguera. Si fuera una tortuga, le pondría unos trozos de tomate ante el caparazón, a ver si se confía y se asoma. Una tortuga. Son muy longevas, las tortugas, y arrugadas como la vieja. Y desconfiadas, como todo animal miedoso y lento. Durante las horas de guardia ha visto turistas, algunos hombres y bastantes mujeres elegantes, repartidores, una adolescente paseando a un perro chico, cuatro pobres con carro de súper y otros dos sin, un grupo de escolares y muchos viejos caminando con prudencia, y muchos sentados en un triciclo de motor o en una silla de ruedas, en algunos casos empujados por acompañantes de a tanto la hora. La mayoría de los que ha visto practicando una de las nuevas profesiones en un mundo cada vez más envejecido, la de empujasillas, son chicas y en bastantes casos están buenas, son guapas, desaprovechadas trabajando de animal de carga para el bienestar social. Curioso. Algunas se nota que ponen ganas y dulzura, otras parecen más ariscas. Será cosa de tu carácter, pero también del viejo que te toca. Hay viejos que parecen muñecos de trapo, con mucha menos guata de la que sería deseable, o quizá es que se les escapa por la nariz y las orejas o se les ha concentrado toda en los pies, siempre enormes; y tienen miradas perdidas y movimientos sometidos a la ley de la inercia, por suave que sea el circular de las sillas avanzando por la acera. Otros están activos, charlan, gesticulan. A una anciana bien peinada y bien maquillada le ha faltado poco para levantarse y ser ella quien empujara a la sudamericana ralentizada que la acompañaba; si lo hubiera hecho, seguro que habría levantado las dos ruedecillas delanteras con el impulso. Y brummm, hasta la meta.

Artur hace demasiados minutos que se distrae con los peatones.

Y de la vieja, nada de nada. Tiene hambre. Se marcha a casa.

Caminando hacia Les Corts continúa pensando. Si no puede simular un accidente en la calle y tiene que optar por la idea de matarla en casa, deberá llamarla y concertar una cita. Puede intentar venderle algo... No, seguro que cuelga el teléfono. ¿Y si se hace pasar por...? No sabe nada de la vieja, no puede decirle «Francesca, soy su sobrino. ¿No se acuerda de mí?». Demasiado arriesgado. ¿Y si va con la verdad por delante? ¿Y si le cuenta que quiere renegociar el tema de la pensión? Seguro que tampoco le hará ninguna gracia, pero si lo hace con la suficiente sutileza, tal vez consiga entrar en el piso y valorar las posibilidades de matarla. Saber si vive con alguien o si tiene algún asistente que la ayude. Tal vez, incluso la convenza.

Si consiguiera unos meses de tregua, no pagar la pensión una temporada, no sería necesario

matarla. No quiere matarla. Si ella colaborase, ya no querría matarla. No debería. El aburrimiento de la vigilancia le ha desinflado aquella rabia, aquella ansia asesina. Pero le ha prometido a su madre que la sacaría de la pobreza en que viven. También que lo tenía todo pensado y... sigue dando palos de ciego.

Sí, la llamará por teléfono y le pedirá una cita. Se rio: «¡Una cita, con la vieja!». Le llevará flores. O bombones.

Cuando Artur llega a casa, Gisela está sentada en una de las sillas frente a la mesa del comedor, con mamá. Están calladas y tensas. Una maleta de las grandes, entre ambas, parece la tercera tertuliana, silenciosa como ellas. Finalmente, el pasado julio ingresó los seis mil euros que debían a la señora Francesca Puigmajor. Y cuatro mil más, exclusivamente para pagar la pensión, no para ellos. Quizá ha venido para cumplir la promesa de hacerles firmar no sé qué. Si paga ella la pensión, Artur firmará lo que sea, si es necesario con la sangre que salga de dar con los dientes contra la taza del inodoro.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

—Hace media hora —responde Gisela, sin mirar a su hermano ni iniciar ningún gesto para levantarse y darle dos besos; lleva unas gafas de sol puestas.

Artur se le acerca y le da dos besos. Él siempre ha sido más besucón, aunque con ella no tanto; falta de oportunidades y, seguramente, de ganas. Dos besos tampoco son pasarse de pelota, medita cuando nota la frialdad que ha mantenido su hermana. Mujeres...

—Con las gafas puestas, ¡parece que ocultes un ojo morado! —Suelta una carcajada, pero la trunca al percibir cómo Vicky, levantando su ceja expresiva, lo fulmina desde una punta de lucidez que ha rehuido el efecto de los tranquilizantes—. Gisela, ¿ha pasado algo?

—Tú no te preocupes por mí, he venido a rescataros del pozo en que estáis.

—Quítate las gafas.

—¡Déjame en paz!

—¿Quién te ha pegado?

—¡Vete a la mierda!

—Chicos, no os peleéis.

—No nos peleamos —responden ambos hermanos a la vez. Los tres callan. La maleta los mira; está cansada de los golpes recibidos durante el viaje y de las bajas temperaturas del vuelo. No puede hablar; si pudiese, con mucho gusto rompería el silencio incómodo. La madre se levanta apoyándose en la mesa, que cede un poco al peso. Gisela se da cuenta de cómo ha envejecido.

—Voy a preparar algo para comer.

—Genial, tengo mucha hambre —exclama Artur; su hermana lo mira y valora que tiene más entradas y zonas despejadas de cabello que canas, algunas arrugas no muy marcadas y una barriga considerable que no le recordaba. Sigue comportándose como el adolescente que fue y que nunca ha dejado de ser.

—Gisela, ¿te van bien unos huevos fritos? —propone Vicky desde la cocina.

—Sí, mamá, no te preocupes, cualquier cosa me irá bien —responde, mientras recuerda la conversación telefónica de hace unas cinco semanas con Artur.

Los hermanos ni se miran. El silencio vuelve a imponerse y sigue resultando embarazoso.

—¿Quieres que lleve la maleta a tu habitación?

—No, gracias, ahora lo hago.

—Es muy grande, ¿no? ¿Vienes para muchos días?

—Es posible... ¿Te molesta?

—¡No, no! Al contrario...

—Así podrás comer algo que no sean huevos.

—Pues no iría mal, porque de lo que se tiene se cría, pero con tres huevos tengo bastante, que ya me cuesta cruzar las piernas cuando me siento. —Artur opta por conducir la conversación hacia el territorio de la broma y no hacia el de la confrontación.

—Mamá tiene miedo. —Gisela ignora la guasa soez.

—Lo sé.

—Dice que tienes un plan para matar a la vieja.

—¡Ah! ¿Lo dices por eso? —sonríe—. Bueno, es una manera de hablar —disimula Artur—. Quiero entrevistarme con ella y pedirle una tregua, unos meses sin pagar.

—No aceptará.

—Ya, eso pensé.

—¿Y?

—¿Y... qué?

—¿Qué harás después?

—No lo sé, de momento quiero intentar hablar con ella. Nada más —miente.

—Artur, yo tengo dinero, no hagas ninguna tontería... No vives en una peli.

—Sí, eso hay una vocecita que me lo repite a menudo.

—Puedo pagar tantos años como sea necesario. De hecho, esta mujer no puede vivir mucho más.

—También lo pensó papá.

—Sin embargo, él nunca hubiera jugado sucio.

—De acuerdo. Pero hablaré con ella. Solo hablar.

—Tú sabrás.

La madre pide a Artur que ponga la mesa. Él se levanta y empieza a hacerlo. Gisela también se pone en pie, extiende el mango de la maleta y la empuja hacia su antigua habitación. Las ruedecillas sisean de manera casi imperceptible.

—Gisela.

—Dime.

—Gracias.

—De nada. —Da un par de pasos más.

—Gisela.

—¿Qué? —pide alargando la *e*, para demostrar que se le ha encendido la lucecita que indica que está consumiendo la reserva de paciencia.

—¿Quién te ha pegado?

—No tiene importancia. Ya es parte del pasado.

—Así, no has venido, has vuelto... Quiero decir, ¿has venido para quedarte?

—Todavía no lo sé, igual sí. Pero no en esta casa.

—¿Y el trabajo? En Suiza tienes un buen curro, ¿no?

—Eso no me preocupa. En absoluto. Aquí también puedo encontrar un buen trabajo.

—¡Eres una privilegiada! Me alegro. —Le guiña un ojo—. ¿Y...?

—Artur, ¿puedo ir a mi habitación y a lavarme las manos y la cara?

Entra la madre con un andar renqueante. En la mano derecha, temblorosa, lleva un plato con dos huevos fritos demasiado hechos y un puñado de patatas fritas medio crudas.

—¿Todavía estáis así? Venga, que la comida está lista.

Ambos hermanos se miran. Gisela no podrá comer por culpa del nudo en el estómago, que ahora se ha cerrado con rabia. Artur se intuye pequeño, reflejado en las grandes gafas de sol de Gisela, haciendo un gesto que querría decir: «Mamá continua siendo una pésima cocinera». La maleta recomendaría a Gisela que aflojara como fuera la tensión en que se mantiene desde hace dos días y que le ha provocado una contractura en tres puntos diferentes de la parte superior de la espalda.

—Esta noche os invito a cenar —propone Gisela con una sonrisa que no encaja ni con ella ni, aún menos, con el momento.

Ha sido hacer la propuesta de cena, que el nudo del vientre y los tres puntos musculares han aflojado un poco la presión. La maleta aplaudiría con las ruedecillas. Mejor que no lo haga.

Francesca coge el teléfono.

—¿Diga?

Nadie responde, pero nota que hay alguien. Hace ya algunas semanas que ocurre lo mismo, aunque no muy a menudo. Debe de ser aquel joven.

—No me llame más, desgraciado. ¡No le tengo miedo! —Y cuelga.

Francesca coge el teléfono.

—¿Diga?

—¿Señora Francesca? ¿Francesca Puigmajor?

—¿Quién pregunta?

—Soy... soy... No me conoce. Soy Artur Claramunt, el hijo de Ernest Claramunt. ¿Sabe de quién le hablo?

—Naturalmente. Y también sé que hace días que me molesta con llamaditas.

—¿Perdón?

—Sí, sí, no se haga el tonto. Me llama y no dice nada y me vigila desde la calle. Me quiere asustar, ¿verdad?

—No, no, creo que se confunde.

—Pues sepa que tengo el corazón fuerte y amigos que testificarán, cuando sea necesario, que usted me acosa. Así que es mejor que continúe pagando cada mes y que deje de molestarme.

—Señora Francesca, por favor, escúcheme un momento. Por favor...

—...

—¿Señora Francesca? ¿Sigue ahí?

—Sí, me ha pedido que le escuche y eso estoy haciendo.

—Ah, perdone, es que no la oía.

—Si me pide que le escuche debo callar, y si callo es lógico que no me oiga.

Artur no puede evitar reírse. Al contrario, se ríe y libera un poco los nervios que le pinzan la nuca. Habla desde el viejo supletorio de su habitación, sentado en la cama, con los pies juntos sobre la polvorienta y muy desgastada pequeña alfombra, la que tiene de toda la vida.

—Le quería preguntar si puedo visitarla.

—¿Me quiere traer otro libro?

—Eso lo hice porque no sabía cómo ponerme en contacto con usted... Le pido disculpas.

—¿Y por qué quiere verme?

—Porque le quiero explicar que en casa lo estamos pasando muy mal.

—Hágalo por teléfono, ¿no?

—No me gusta, el teléfono.

—Pues por carta, así no me hará perder el tiempo.

—Creo que, cara a cara, todo se entiende mejor. Los ojos son

—Sí, sí, el espejo del alma —lo corta—. ¿Qué me quiere pedir?

—¡Nada, nada!

—No le creo.

—Bueno, no sé... Lo que quiero es hablar con usted, charlar un rato... Pedir, pedir, tampoco es que quiera pedir nada.

—Sí, que me muera.

—¡No, claro que no!

—Pronto cumpliré ciento cinco años, no pasa nada si me desea la muerte... Cuando pase, usted heredará este piso, no lo olvido.

Artur se calla. La vieja tiene las ideas tan claras y las expone con tanta nitidez que solo le podría dar la razón, en todo. ¡Mierda! No, no puede aflojar. Tiene que hacer lo que sea, aunque Gisela haya vuelto. Debe hacerlo por mamá. Y por él. ¿Dónde se ha escondido el valiente suicida?

—Pero ¿la puedo visitar o no?

—Mañana al mediodía.

—¿En su casa?

—No, iremos un rato a correr por la playa.

—¿...?

—Pues claro que en mi casa, ¿no ha visto que estoy impedida?

—De acuerdo, de acuerdo, paso mañana por su casa.

Artur quiere añadir algo más, quiere resultar amable, pero la vieja ha colgado.

Un taxi se detiene ante el edificio de Les Corts donde viven los Claramunt. Son las dos menos cuarto de la madrugada. Han cenado en Ca l'Isidre, un homenaje íntimo que Gisela —con los moratones convenientemente maquillados— ha querido rendir a su difunto padre. Mamá no ha protestado; ha dado la impresión de que no recordaba haber ido nunca. Artur, que tampoco tenía presente la cena de hace veintisiete años, ha bebido mucho y se ha reencontrado con antiguas sensaciones de aturdimiento y dispersión mental y física. Les ha explicado que al día siguiente irá a hablar con la vieja. Ha sido uno de los principales temas de conversación a la que se han asido los tres. Bueno, la madre poco, porque su mirada se alejaba de la cena e iba hacia su interior, sin

encontrar nada. Una vez en casa, se han dejado caer en el sofá. Artur hace *zapping*. Gisela recibe un *wasap*; durante la cena ha recibido unos cuantos, y los ha ignorado. Se levanta con el móvil en la mano y les dice que está cansada y que se acuesta. Artur suelta un «bunanoche» pastoso. Mamá, ni eso: ya duerme, y se estaría clavando la barbilla en el pecho si la papada no hiciera de amortiguador.

Es mediodía y Artur se despierta, no es consciente del motivo. Dentro de su cabeza, el ejército de Corea del Norte prueba los demoleedores misiles patapum-chinpum, de seis en seis, mientras todos los habitantes de Corea del Sur protestan gritando consignas furiosas a la vez que efectúan una sonora cacerolada. El vino era muy bueno, pero bebió demasiado, más las dos cervezas de antes de llegar al restaurante, más los dos gin-tonics de remate, más el tiempo pasado sin beber tanto de golpe suman una tremenda resaca. Escucha una discusión a media distancia. Eso lo habrá despertado. Ha sido el tremendo dolor de cabeza, de acuerdo, pero está convencido de que en medio del festival pirotécnico ha sido capaz de oír una alarma enviada por la intuición. Sale de la habitación peleándose con las zapatillas. Tropeziza y la pared impide que las zapatillas ganen la trifulca y lo tiren al suelo. Identifica llantos de mamá, amenazas y advertencias de Gisela y, eso le parece, una o dos palabras con voz de hombre. En el comedor no hay nadie. Avanza por el pasillo hasta el recibidor. Están ahí. Gisela discute con un hombretón que Artur no ha visto nunca.

—¿Qué coño pasa?

—¡Nada, Artur! No pasa nada. Por favor, llévate a ma-má. Dejadme sola.

—¿Quién es este tío? ¿No será el que te pegó? —Mientras lo pregunta y lo repasa de arriba abajo, confirma que debe de ser él: más alto que bajo, musculoso, cabello negro rizado, gafas de sol puestas de diadema, cejas algo depiladas, ojos oscuros, nariz afilada, bigotito y barba de trazo fino y pelo corto, vestido con una camisa elegante, con las mangas un poco arremangadas, y vaqueros caros y calzado con zapatos puntiagudos, sin calcetines. Dos anillos aparatosos de plata en la mano derecha, y en la muñeca izquierda un reloj enorme como el Big Ben, dorado y con correa de caucho.

—Ay, Artur, Gisela se casó y no nos lo dijo... —solloza Vicky.

—¿Tu marido? ¡¿Esto es tu marido?! ¡No jodas!

—¡Sí, mierda, sí! ¿Me queréis dejar resolver mis problemas?

—¿Tú pegaste a mi hermana, hijoputa?

Fazio, aún en el umbral de la puerta, da un par de pasos, entra y cierra con extrema suavidad. Es italiano, pero tiene la temperatura de la sangre templada por la frialdad suiza y no quiere protagonizar un escándalo en público. Y esa escalera con decenas de pisos es un espacio público. Una vez conseguida una cierta privacidad, mira a Gisela con ojitos de cordero, insistiendo en la súplica de perdón y sin hacer caso de las increpaciones de Artur.

—Fuiste tú, ¿verdad? —Apunta al italiano con el índice derecho y luego murmura—: Cabronazo de mierda...

Artur tiene ganas de darle un buen empujón, porque ese tipo no tiene aspecto de devolver el golpe ante la suegra apenas presentada. Además, su objetivo es recuperar a Gisela, es evidente. Caramba, ¿qué debe de ocultar su hermanita para gustarle a un chuloputas como ese? Y ella, ¿qué le ve a él? Artur intenta calcular el tamaño del paquete del italiano y parece abundante. ¡Y mamá preocupada por si la nena era lesbiana! Soltaría una carcajada, pero la guerra entre las Coreas le obliga a un ejercicio de contención. El ojo izquierdo algo amoratado de Gisela sirve para cortar

la risa. Ya puede ser un pollas, pero si le pega, eso sí que no... Artur no se decide a empujarlo, por si se ha equivocado y el otro sí que se rebota. Va, una vez. Pum.

—Artur, pero ¿qué haces? No te metas. ¡Mierda!

—Si alguien pega a mi hermana..., yo... yo...

—¿Qué? ¡¿Tú, qué?! —Gisela se planta entre su hermano y su marido, que ha ignorado la provocación—. ¿Desde cuándo te importa una mierda lo que me pase? ¿Eh? ¡Mierda, joder, mierda!

—Ay, nena, tanta mierda, tanta mierda..., modérate un poco —protesta Vicky.

—*Gisi, ti prego, torna a casa, torna da me...* —Fazio se decide a hablar.

—¿Qué dice, que vuelvas con él? —pregunta Artur a su hermana.

Gisela retira a Fazio de un empujón —ella sí que lo hace lo bastante fuerte para desplazarlo —, abre la puerta, sale y cierra de un portazo. Fazio y Artur se miran. Sin Gisela, no tienen ningún motivo de disputa. Apagan la música, encienden las luces y el público se queja haciendo muecas: la fiesta se ha acabado. Vicky pregunta, alzando la voz y marcando ligeramente las sílabas:

—¿Eres de la Italia misma? ¿O de la Suiza italiana?

Fazio les dirige una sonrisa de circunstancias, es decir, incómoda y breve, les dedica un leve gesto de despedida y sale tras Gisela.

—Pues el mozo es majo, ¿no? Guapetón. Callado, pero guapetón.

—Tiene pinta de macarra, mamá, no jodas que te gusta...

—Es italiano.

—Mamá, ¿tienes analgésicos? Me trago quinientos y me vuelvo a la cama, que estoy fatal.

—¿Quieres desayunar?

—Es hora de comer, mamá.

—¿Quieres comer?

—No. Me vuelvo a la cama. La cabeza me explota...

—Hoy no ha venido Rafaela, ¿verdad?

—No, mamá, hace años que no viene.

—Mejor, compraba el pan aquí abajo, y eso que le dije que no me gustaba.

En casa de Francesca todo está preparado para recibir a Artur. Han cerrado los postigos de los balcones para oscurecer el piso aún más de lo que ya suele estar, es decir, para oscurecerlo del todo. Once de los miembros de la guardia pretoriana, cuatro mujeres y siete hombres, incluido S de Sánchez, el economista, están escondidos, distribuidos en tres habitaciones —todos han buscado dónde sentarse, porque la espera puede ser larga y, si es menester, están decididos a defender a Francesca a tortas—. Entre todos, sin contar a Francesca, suman ochocientos treinta años, a una media de setenta y cinco y medio, entre los sesenta y ocho y los ochenta y uno. Los movimientos disimuladamente indecisos y lentos con que la mayoría se desplaza por el pasillo para situarse en las posiciones de vigilancia hacen que se asemejen a una turba de zombis. Entre la falta de luz y los problemas de vista, lo único que está claro es que no ven mucho y, en algún momento, incluso tropiezan unos con otros. Francesca, que se ha quedado en el salón, sola, vigila la calle con dificultad a través de la rendija que deja uno de los postigos de madera, que, quemado por el sol de los últimos cien años, no cierra bien por mucho que insistan en forzar las bisagras, que rechinan.

Entre todos se han propuesto hacer la guardia en silencio y en total oscuridad, pero a los pocos minutos, en las tres habitaciones, se van generando conversaciones inevitables. En la que está ocupada por las cuatro mujeres es donde el pacto se rompe antes: «Espero terminar antes de las cuatro, que a las cinco tengo que ir a buscar a mis dos nietos al campus de verano»; «Mujer, si tienes que irte, vete, ya te lo contaremos»; «¿A qué campus van? Los de mi hija mayor van a uno que montan a caballo y todo. ¿Te lo puedes creer?»; «¿Tu hija mayor no vive en Santander?»; «No, es la pequeña»; «¿La separada?»; «Sí, la separada, pobre... Pero está muy bien, ¿eh? Dice que llueve, pero que ella está muy bien»; «Ssst, callaos, que me parece que oigo algo». Después de un silencio atento, la sorda de las cuatro, que aún no había abierto boca, aprovecha la ocasión para aclarar dudas: «¿Quién decís que tiene un caballo?». Y las otras tres se ríen.

En la habitación con cuatro hombres: «Esto me recuerda la guerra»; «¿Qué guerra? ¡Si no habías nacido!»; «¡Ni tú!»; «Yo sí, pero era muy pequeño...»; «Da igual... Pues me recuerda a un guardia de la mili... Ahora me fumaría un cigarrillo, macho»; «Por mí puedes fumar»; «Que no, coño, ¡que hace treinta años que lo dejé! Quería decir para sentirme como en la mili»; «Ssst, no gritéis, que se os debe de oír desde la calle, ¡hostia!».

En la que hay tres hombres, uno de los cuales es S de Sánchez: «¿Estáis seguros de que si nos planta cara un tipo de cuarenta y pocos años, como dice Francesca que debe de tener, podremos con él? Y sin armas...»; «Yo tengo esto»; «¿Qué has traído? No veo nada...»; «Toca, toca»; «¡Pero ¿qué coño es esto?! ¿Qué te estoy tocando?»; «Es un calcetín lleno de arena de playa; duele y es fácil de hacer desaparecer, por si se me va la mano, ya me entendéis»; «Ay, Dios, las porras... Cuando era joven habría querido una bien gorda para gustar más a las mujeres, y ahora, si pudiera elegir, preferiría una próstata totalmente nueva». Se ríen con ganas y, pasados pocos segundos, se hacen callar unos a otros todavía ahogando risitas. «Ahora que lo dices, me estoy meando... Enseguida vuelvo.»

Francesca, mientras espera la llegada de Artur, oye cómo se vacía la cisterna del inodoro una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y hasta siete veces. Han pasado veintitrés minutos de guardia. Tiene ganas de que empiece la acción. Ya verá la que le espera, a ese idiota... Lllaman a la puerta del piso.

—¡Todo el mundo a sus puestos! —Ordena a las puertas ajustadas, con una mezcla de bramido y susurro, mientras circula con la dignidad de un mariscal de campo, en un trono con ruedas, por el larguísimo pasillo.

Toma aire y abre la puerta principal.

—Buenos días. ¿Cómo vamos?

—¿Qué quiere?

—Vengo a hacer la revisión del gas.

Francesca coge el teléfono.

—¿Señora Francesca?

—¿Quién es?

—Soy yo, Artur. He tenido un imprevisto y no he podido pasar por su casa a mediodía... ¿Le va bien que venga ahora?

—...

—¿Oiga?

—No, no me va bien. Tengo... tengo que salir.

—¿Y mañana?

—Tampoco, tampoco.

—Es que esta tarde estaré por la zona y...

—¡Le he dicho que no venga! Tengo muchos problemas y no puedo atenderle.

—Si solo será un ratito y... ¿Oiga?

Francesca ha colgado.

Artur también cuelga, resignado. Decide que, ahora que tiene la jaqueca bajo control y que ha tragado un par de huevos fritos fríos que su madre le ha dejado en un plato sobre el mármol de la cocina, irá al piso de la vieja, paseando sin prisas. Está convencido de que se habrá ofendido por el plantón, nada más. Seguro que no tiene que salir. Si no sale nunca, la puñetera. La idea se oscurece con nubarrones. Si está enfadada, no es el mejor momento para que le conceda el favor enorme que le piensa pedir. Le llevará unos bombones, sí. Siempre ayudan. ¿Y si es diabética? Da igual, ya interpretará la buena intención. Bombones, bombones.

Busca a mamá o a Gisela. Mamá no está en ninguno de sus dos espacios habituales: el sofá y su cama. Tampoco la encuentra en ninguno de los tres secundarios: la taza del váter, la cocina —friendo huevos— o la terraza-balcón, regando unos geranios constantemente inundados, porque, por miedo a olvidarse de ellos, los riega hasta el extremo de ahogarlos. Es raro que no esté. Y Gisela, parece ser que tampoco. Quizá todavía está jugando al escondite por la ciudad, perseguida por el guaperas espagueti ese. Lástima, le quería pedir unos euros para los bombones y el metro. Puede que tenga algún billete en el dormitorio. Abre la puerta y se da de morros contra la incestuosa visión de su hermana montando al tal Fazio con una determinación que la agita arriba y abajo como si tuviera muelles bajo las nalgas. Artur lo relaciona con unos ruidos rítmicos que ha oído antes de abrir, pero el significado previsible no ha conseguido infiltrarse entre sus neuronas aturdidas por los calmantes y la resaca aún presente en formato de sombra densa.

—¡Madre mía! Perdón, perdón... —se disculpa Artur, mientras cierra la puerta con delicadeza; es evidente que han hecho las paces.

—¿A ti no te enseñaron a llamar a la puerta?! —le riñe Gisela.

—Perdón, pensaba que no estabas... Esto... ¿Me puedes dejar veinte o treinta euros? —pide Artur a la puerta cerrada.

El silencio que sigue le confirma que no es el mejor momento para pedir nada. Era obvio, pero se le ha escapado. Las urgencias nos inducen reacciones egoístas.

—¿Antes podemos acabar? —solicita su hermana con un tono más amable de lo que cabría esperar.

—Claro, claro, faltaría más... ¿Necesitáis ayuda? —A Artur le divierte la nueva fase de confianza que ha logrado con su hermana de manera imprevista.

Se abre la puerta y aparece Gisela cubriéndose con la sábana.

—Me estás cortando el rollo, ¿sabes? De hecho, ya me lo has cortado.

—Pues nada, me voy a hacer unos temitas y os dejo solos. —Artur se fija en que a su hermana se le escapa una sonrisa maliciosa; al fondo, el italiano se tapa la erección con la almohada y, de nuevo, pone cara de circunstancias.

—Espera.

Gisela da dos pasos y coge su bolso de encima de la cómoda. Busca el monedero con una

mano, porque con la otra sujeta la sábana, arrugada y posiblemente húmeda de sudor, justo por encima de los pechos. Artur la encuentra muy atractiva —y sexi, hasta donde la moral y la ética se lo permiten—, con la sábana arrastrándose por el suelo, cubriéndola como a una vestal, pero con el pelo revuelto y sudado, emitiendo toda ella aquella feliz energía, invisible y calorífica, que solo se consigue con el buen sexo.

—Qué raro, yo tenía más dinero... —comenta para sí misma antes de volver hasta Artur con un billete de cincuenta—. Ten, vete a hacer lo que sea que tengas que hacer y después... te tomas unas cervezas.

—*Capisci*.

—Muy ocurrente.

—Por cierto, ¿sabes dónde está mamá?

—Me ha dicho que iba al cementerio, a ver a papá.

—¿Qué dices? Si no va nunca. No le gusta...

—Hemos estado charlando un rato. Me ha dicho que le recuerdo mucho a papá, se ha puesto a llorar y ha dicho que se iba al cementerio.

—Cada día está peor. Espero que sepa volver a casa.

—¿Tan mal crees que está?

—Tú acaba lo que tienes a medias. Ya hablaremos. —Empuja a Gisela hacia el interior de la habitación con suavidad—. Y tú, espagueti, a mi hermana la quiero ver siempre así de contenta; si le pegas otra vez, ¡te corto ese pollón que escondes!

—¡Lárgate de una vez, pesado! —protesta Gisela, riendo y cerrando la puerta con un pie.

En casa de Francesca solo quedan cuatro hombres, entre los cuales S de Sánchez. Observan la puerta de la despensa secreta, donde han encerrado al falso revisor del gas, que, desde que ha recuperado el conocimiento, da patadas y puñetazos, grita e implora el perdón. Desde fuera no se oye mucho, todo sea dicho. Francesca les ha explicado más o menos la verdad, que aquel escondite lo hizo construir su marido. Ha dicho, sin embargo, que lo hizo durante la guerra y para proteger a refugiados, rojos, judeomasones, anarquistas, de todo un poco, y no en la posguerra y para ocultar las riquezas que acumulaba con el estraperlo y los robos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta uno de los hombres, poco hablador.

—No lo podemos dejar ahí dentro para siempre —responde otro, algo moralista.

—¿Por qué no? —propone Francesca, que, al ver que la miran asombrados, esgrime una sonrisa falsa y añade—: Es broma, es broma...

—Una cosa está clara —proclama S de Sánchez, tomado aire y espacio escénico para un discurso—: si lo dejamos ir sin más, este tío, que no es quien esperaba Francesca, puede volver cualquier día buscando venganza o para robar, cosa que parece que pretendía. Si lo amenazamos, nos verá la cara, y si nos ve la cara..., perderá el miedo.

—Más que el miedo, el pánico, diría yo. Incluso se ha meado un poco —apunta, risueño y satisfecho, el hombre que aún no había hablado.

—El pánico, sí —concede S de Sánchez—. Si avisamos a la policía, tenemos poco que pelar y aún nos puede denunciar él por agresión, porque ha estado media hora inconsciente.

—Hombre, es que tú, dale que te pego con el calcetín... Te has pasado, macho —protesta el moralista.

—Ahora eso da igual. Lo hecho, hecho está —se defiende S de Sánchez.

Oyen una nueva descarga de golpes amortiguados contra la puerta de seguridad de la despensa.

—Si esperamos mucho más, me parece que tendremos que pensar cómo deshacernos de un cadáver —evidencia el risueño.

—¡Ya lo tengo! —exclama S de Sánchez—. Hagamos como si fuera un cadáver. Abrimos la puerta, vosotros lo detenéis y yo, escondido, salgo y le pego fuerte con el calcetín. Una vez aturdido, lo atamos y amordazamos, voy a buscar el coche y, cuando oscurezca y no esté la portera, lo bajamos entre los cuatro, lo cargamos en el maletero y lo llevamos lejos.

—¿Y lo rematas a golpes de calcetín? ¡No jodas, hombre! ¡Por el amor de Dios! —vuelve a protestar el moralista.

—No, no, nada de matar... Lo dejamos en un descampado de Mollet, de Sant Boi, de Santa Coloma...

—¿Y en Collserola? —propone el que habla poco.

—¡Donde sea! Le cogemos el DNI y le dejamos una nota donde ponga, no sé: «Sabemos quién eres y dónde vives, si algún día vuelves donde tú ya sabes, no tendremos compasión». —Espera alguna reacción que no llega—. ¿Qué? ¿Qué os parece?

—Bueno... —responden sin convicción los otros tres hombres.

—¿Y si añadimos: «No tendremos compasión y te comeremos las vísceras»? Como nos grita «¡Soltadme, zombis!»... —propone el risueño.

Lo ignoran, pensativos.

Francesca no dice nada. Tampoco los escucha. Se está llenando de un extraño presentimiento, más bien oscuro. Sospecha que ha metido a sus amigos en un buen lío. Y no tiene ni idea de cómo solucionarlo.

Suena el teléfono. Pone la silla en marcha.

Francesca, ya en la sala, coge el teléfono. No dicen nada.

—¿Oiga? No sé si es Artur, ¡pero así no conseguirá nada!

Se calla y le parece oír muy lejos y con una voz nasal:

—Ma... ma.

—¿Quién es? ¡¿Quién es?!

Han colgado.

Vuelve a la habitación de la despensa secreta. Distraídamente, golpea el marco de la puerta con la silla, aunque no pasa nada porque va muy despacio.

—¿Quién era? —pregunta el que habla poco.

—Nadie.

—Francesca, ¿qué pasa? Se te ve rara... —se preocupa el moralista.

—¿Como debería estar con un joven histérico secuestrado en casa? —plantea Francesca, por primera vez claramente nerviosa.

—Pues vete y déjanos a nosotros —insta S de Sánchez.

—No, marchaos. ¡Ahora mismo! No os quiero implicar en nada más. Voy a abrir la puerta y que se vaya o que haga lo que quiera... Me da igual. Tenéis esposa —menos S de Sánchez, los otros tres niegan en silencio— y nietos, hijos y amigos que os quieren. Iros y olvidad todo lo que

ha pasado. Ya me las apañaré.

—De ninguna manera. Déjanos resolverlo a nosotros —insiste S de Sánchez, que empuja la silla de ruedas de Francesca, que no cede.

Suena el teléfono. Francesca sostiene la mirada a S de Sánchez y hasta el tercer timbrazo no reacciona y se dirige hacia el aparato.

—¡Venga, chicos, ahora! —anima S de Sánchez.

Francesca coge el teléfono y no puede evitar un temblor que no tiene nada que ver con su extrema longevidad ni con el Parkinson que no sufre. Al otro lado solo respiran. Ella no dice nada, espera. Una voz nasal, de mujer, dice muy, muy flojito:

—He vuel... to.

—¿Quién es?

—¿Puedo ve... nir?

—Eres, eres... ¿Quién es?

Y cuelgan. Francesca aún tiene el auricular en la oreja cuando se oye un gran estruendo: golpes, gritos, muebles que caen. Se abre la puerta de la habitación de la despensa oculta y sale el falso revisor del gas, como un miura en un encierro de San Fermín. Va directo hacia el recibidor, en dirección contraria al salón desde donde lo observa Francesca. El joven se pelea con la cerradura de la puerta y repite algo como «cagondíos-joder-joder-joder», hasta que consigue abrirla y huye saltando los escalones de cinco en cinco.

De la habitación salen renqueantes los cuatro amigos de Francesca. Realmente, parecen zombis de esos que se pusieron de moda en la tele hace cuatro o cinco años, piensa, y le gustaría rubricar la imagen con un sonrisa, pero no puede, no le sale. Tiene la cabeza no cinco años atrás, cincuenta.

—¿Estáis bien? ¿Os ha hecho daño?

Entre los cuatro le explican que han apagado la luz y han abierto la puerta. Tres debían cerrar el paso al tipo y S de Sánchez, apareciendo por la retaguardia, lo debía aturdir con el calcetín. El caso es que ha sido abrir la puerta y perder el control de la situación. El chico ha salido como si fuera una efervescencia, a presión. No saben qué ha pasado, pero se les ha escapado y los cuatro han recibido golpes. Muchos de calcetín... Francesca los tranquiliza, dice que ahora ya está, que seguro que no vuelve nunca más. Les pide que se marchen y que se curen las contusiones. Primero se niegan, los cuatro. Después de lo ocurrido, no la pueden dejar sin ninguna protección ni compañía. Francesca, sin embargo, impone su criterio empujada por el presentimiento funesto. Le estorban. Finalmente se van, una vez superado un breve e intenso fuego cruzado de recomendaciones de todo tipo y agradecimientos. Antes de que cierre la puerta, Francesca oye cómo, mientras esperan el ascensor, el risueño implora a S de Sánchez: «¿Va, qué te cuesta? Déjame que te toque el calcetín...». Tres ríen. El moralista, no.

Francesca se queda sola. Y espera.

Son casi las siete de la tarde y, cuando llaman a la puerta, Francesca se sacude una somnolencia débil que la ha envuelto unos minutos, como un turbante de seda.

En ese mismo instante, Vicky está a punto de irse del cementerio, donde ha pasado unas cuantas horas charlando con Ernest, recordando anécdotas de cuando los niños eran pequeños, de

las escapadas a esquiar, de las fiestas con amigos, de las cenas románticas... Hacía mucho tiempo que no iba, pero las horas que ha estado con Gisela después de años sin verla le han regalado una visión diáfana de su marido. Y una vez más se siente empujada a pedirle perdón. Esa noche, ella no lo sabía, a Ernest hacía tres días que se le habían acabado las pastillas del corazón y no había tenido tiempo de pasar por la farmacia con la receta de crónicos, como cada mes. Lo que sí sabía ella era que Ernest, para cenar, había comido y bebido demasiado. Y también había descubierto qué le gustaba. Algo que ella nunca le había querido hacer. Y no quería que ninguna puta mulata se lo hiciese a su marido.

Unos años atrás había interceptado revistas pornográficas de Artur y las había hojeado un poco, con más asco que curiosidad, aunque de todo hubo. La semana anterior a la de la última cena, había utilizado el ordenador portátil de Ernest para buscar la programación de televisión, una de las pocas funciones para las que hacía uso del aparato. Quería comprobar si aquella noche daban una película o fútbol, tal como habían discutido en el súper la cajera y las tres mujeres de la cola. Sin querer, porque se movía poco y mal dentro del mundo informático, entró en la última dirección consultada en Google y resultó ser una página de pornografía, de vídeos gratuitos, sin diálogos ni preámbulos, solo penetraciones vaginales, anales y orales; chicas guapas y complacientes, con pechos operados; chicos musculados y con unos trastos grandes que parecían de goma. Estuvo alternando vídeos dieciocho minutos enteros, hipnotizada, cambiando de protagonistas —que cambiaban de posturas—, pasando del asco a un cierto interés, llegando a más interés que le aceleraba la respiración, para volver al asco y el rechazo al ver cómo dos hombres eyaculaban en la cara de una chica poco más que adolescente; tanto grumo no era posible, seguro que añadían algún tipo de sucedáneo. Ernest entró en el despacho, y ella, con las mejillas coloradas al sentirse cazada in fraganti, porque no había oído llegar a su marido, bajó la tapa del portátil y, en una demostración de buenos reflejos, le pidió un vaso de agua para tener tiempo de salir de la página y serenar su respiración. Daban fútbol.

Cuando una semana más tarde, entre ambos, improvisaron una cena romántica después de unos tres años sin celebrar ninguna, ella decidió añadir una sorpresa. Probarlo. Continuaba subyugada por las imágenes de aquellos vídeos, que aún podía evocar sin esfuerzo. Cuando, ya en el dormitorio de casa —porque no les apeteció ir a un hotel y ninguno de los dos hijos estaba ni se les esperaba—, comenzó a besar el pecho de su marido, acostado boca arriba, y fue bajando de manera inequívoca, Ernest se puso a reír y le preguntó que adónde iba.

—Quiero satisfacerte.

—Vicky, no sé qué te pasa, y te lo agradezco... —Ernest tenía los ojos muy brillantes, efecto del alcohol más que de la emoción—. Te seré sincero: a los setenta y dos años y después de más de treinta y cinco a tu lado, ya no es necesario, prefiero morir sin probarlo.

—Pues yo no.

Y Vicky, evitando la resistencia que él mantuvo quince o veinte segundos, succionó el discreto trasto de Ernest, escondido entre pliegues de barriga, de pubis y de muslos, poco peludos.

—Vicky, que no, que no es necesario. ¡Que lo dejes!

—¡No!

Tuvo que insistir un poco, pero el trasto creció y ella lo vio cara a cara, por primera vez, exultante y reluciente. Lo masajeó como había visto que lo hacían en los vídeos en Internet, y lo chupó y masajeó y chupó y chupó y masajeó y chupó hasta que unos pocos minutos después le estalló en la boca, acompañado de los gemidos y jadeos polifónicos de Ernest, potentes como

nunca antes. Escupió —más bien soltó, que escupir no sabía porque nunca lo había hecho— casi todo el escaso líquido en la mano derecha, haciendo cazoleta. Jamás se le habría ocurrido hacerlo en el suelo o sobre las sábanas. Cuando iba a escupir por segunda vez, vaciando la boca con esmero, se lo pensó mejor y se tragó aquellas gotas saboreando un gusto que no le resultó agradable. En cambio, el acto en sí había sido menos asqueroso de lo previsto. Incluso estaba excitada.

Cuando se montó sobre el cuerpo de su marido, satisfecha de sí misma, vio que él también estaba sonriendo y seguramente satisfecho, pero con los ojos muy abiertos, de la sorpresa. Sorpresa por la vía de entrada a su alma que había escogido la muerte.

Vicky estaba convencida de que había matado a su marido. Ambos habían sido castigados por un pecado de lujuria. Él lo había pagado con la vida. Ella, con la penitencia de cargar con la culpa, en silencio y para siempre.

—Perdóname, Ernest, perdóname, amor mío —le pide a la lápida—. Tú no querías, y te llevaste la peor parte...

Poco después, Vicky sale del pequeño cementerio de Les Corts secándose las lágrimas. Su piso está a una distancia de diez minutos de paseo. Entra en el primer taxi, de los tres que a esa hora aguardan en la parada del exterior del camposanto, y pide al chófer que la lleve a la estación de Sants.

LA HERENCIA DE LA VIEJA

Francesca ha abierto la puerta y ve cómo la observa con timidez una vieja, ni gorda ni flaca, ni alta ni baja, con el cabello andrajoso y reseco, teñido de un tono que se asemeja al rubio —con unas raíces canosas de cuatro o cinco centímetros—, que lleva un vestido floreado y descolorido y, sobre el vientre, un bolso voluminoso de piel negra colgado en bandolera. Con un gesto resuelto, poco acorde a su edad, se lanza al cuello de Francesca, que, sentada, no reacciona, se limita a esperar. Y que pase lo que tenga que pasar. Lo que parecía una agresión se transforma en un abrazo contrahecho por culpa de las limitaciones impuestas a unos cuerpos de casi ciento cinco años, el uno, y setenta y siete, el otro.

—Estoy a... quí, ma... má —confirma la mujer con una dicción dudosa y nasal mientras besa en una mejilla a su madre.

Francesca está en guardia, el presentimiento funesto que la asedia estos últimos días se impone, encaja. Y ella se desmorona, aunque no mueve ni un músculo. Esa pobre niña no tenía ninguna culpa de ser el fruto de una violación. Demasiado tarde. Sí. Pero no para todo. Levanta los brazos y abraza a su hija con fuerza y, sobre todo, con cariño sincero.

—Han pasado más de cincuenta años, Violan... Violeta —corrige—. ¿Dónde has estado?

—Ma... ma, ma... ma...

Las dos mujeres continúan abrazadas a lo largo de un tiempo que empieza a enfriarse, a endurecerse...

—Ma... ma... ¿Me... empu... empu... jas?

—¿Lumbago?

—Ssí.

... a contracturarse.

Y ríen. De hecho, emiten una mezcla de estertor y de jadeo ahogado. Francesca ayuda a la anciana a incorporarse, con cuidado. Una vez la todavía desconocida está lo suficientemente erguida, Francesca señala el pasillo y más allá.

—Adelante, estás en tu casa.

Violante, o Violeta, no se atreve a dar el primer paso. En la calle aún es de día, pero aquel recibidor está muy oscuro y el pasillo tampoco tiene luz suficiente. Ya no puede hacer uso de la velocidad con que, de pequeña, transitaba ese túnel del terror. Clap-clap-clap-clap-clap-clap... Zapatitos ligeros, claqué acelerado, pánico en la nuca, susurros en idioma de insecto gigante.

Se decide. Da un paso y se apoya en la pared. Francesca, al ver de qué manera se abalanza contra el tabique, teme que se haya mareado. Violante da dos, tres pasos más, cuatro, y continúa

rozando las paredes con las manos, que quedan atrás, al extremo de los brazos, como la estela que dejaría un barquito en un estanque calmo. No busca el equilibrio, recupera sensaciones del pasado. Sigue avanzando. Francesca no se mueve del recibidor, espera un poco antes de poner en marcha la silla de ruedas. Cuando empieza a moverse, su hija ha llegado, y se ha plantado, ante la puerta de la cocina. Francesca se detiene a seis o siete metros de distancia y observa qué pasa. Nada, Violante continúa caminando con zancadas largas, lentas y dubitativas, desgarradas, rozando las paredes con las dos manos. Francesca tiene la impresión de que, en algún momento de la vida, su hija debe de haber sufrido un ictus y que por eso habla mal, sincopada, y camina de una manera asimétrica, como si las articulaciones tuvieran un sistema de suspensión aleatoria.

Ambas ya están en el gran salón del piso. Francesca no sabe qué debe de recordar y qué habrá olvidado su hija. Tan solo han pasado dos, quizá tres minutos del reencuentro, pero ya la puede llamar así: hija. A pesar del ruido ensordecedor del tiempo sin verse y de la sorpresa de la visita, la prueba de ADN intuitiva ha dado positivo. Es ella. Es ella la que sigue acariciando muebles y paredes. Francesca valora que la casa ha cambiado muy poco en todos estos años: los mismos muebles —los dos grandes sofás, la mesa para doce comensales, la peculiar cómoda rinconera, el sillón de lectura, la extensa biblioteca...—, el mismo cuadro de caza que apenas a Violante —esos cuatro perros colgados del cuello de un ciervo a medio derribar, mordiéndolo con rabia ciega—, los mismos objetos decorativos, o casi, porque algunos ya no están, algunos deben de ser nuevos, algunos seguro que no los recuerda. El techo y las paredes tienen un par de capas de pintura más, que un día fue blanca pero que ahora está amarillenta, porque el último repaso fue hace más de veinte años. Y un televisor, que no estaba.

—Violeta, dime, ¿has vivido en los Estados Unidos todos estos años?

—Sí. Al... algunos.

—¿Haciendo qué?

—Trab... bajo.

—¿De qué?

—De co... sas.

—¿Y te has casado? ¿Tienes hijos?

—No, no, es... eso, nno. —Sonríe, avergonzada como lo estaría una niña ante la misma pregunta. Y continúa trasteando objetos de manera aparentemente azarosa.

—¿Y...? —Francesca, al percatarse de que Violante no es nada generosa en las respuestas, duda si insistir con más preguntas: ¿por qué ha venido? ¿Cuánto hace que está en Barcelona? ¿Es ella quien llamaba sin decir nada? ¿Está bien, en general? Si se calla, corre el peligro de que Violante piense que no le importa, que sigue sin importarle.

—¿Puedo sa... salir al bal... cón?

—Claro. Tú misma.

Violante abre con cierto esfuerzo las dos puertas de uno de los dos balcones del salón. Los postigos ya los había abierto alguien de la guardia pretoriana, cuando ya no era necesario mantener la casa a oscuras, con el chico ya encarcelado en la despensa secreta. Violante sale y observa la elegante porción del Eixample que se ve desde ahí.

—Me... me... gusta.

Francesca se acerca a su hija. La barandilla de obra solo le deja ver fragmentos de la calle entre las gruesas columnas de cemento. Francesca tiene una buena técnica para mirar a través.

Violante observa contrariada cómo su madre va ladeando la cabeza como un pajarillo.

—Tú no ves... ves nada. ¿Qué tienes en las... las pier... nas?

—Pereza. Me puedo poner en pie. Mira.

Francesca planta un pie en el suelo, luego el otro y, tomando impulso con las manos sobre los brazos de la silla, se pone en pie. Da un paso. Otro. Ya está en el balcón. Su hija la observa sin participar en la maniobra. Francesca se agarra fuerte a la estructura de obra y apoya todo el pecho en la franja de baldosas de casi un palmo de anchura que cubre la robusta barandilla del balcón. Cuando se siente segura sonríe a su hija, que le devuelve la sonrisa. Ahora se pueden mirar a los ojos de verdad, cara a cara, hasta lo más profundo, con luz natural. Se reconocen.

Violante empieza a toser.

—Eso es culpa del polen de los árboles, los tenemos demasiado cerca. Ve, ve a la cocina y bebe un vaso de agua... Te lo traería yo, pero...

Violante obedece a su madre y entra en el piso, en dirección a la cocina. Francesca contempla a la gente que camina por la acera, los vehículos, las ramas de los plátanos centenarios, levanta la mirada más, hacia los otros edificios. Se le carga la espalda. Se gira. Intenta escuchar lo que sucede en el interior del piso. Nada, no oye nada. Están pasando demasiados minutos y Francesca ya está cansada, le duelen los brazos y el tórax de estar colgada encima de la barandilla, como un reloj blando daliniano.

Qué día más raro. Puedes vivir más de cien años y todavía no haberlo visto todo. Lo que ha pasado con el estafador y sus amigos del club ya es sorprendente. Que su hija aparezca de pronto después de tantos años, la hija a la que ya daba por muerta, es misterioso. Que todo pase el mismo día, ya resulta increíble. Ahora sí que ha oído un ruido. Violante tarda demasiado. «¿Va todo bien?», pregunta desde el balcón. Duda que con el ronroneo de la calle de fondo la pueda oír. Quizá sea ella quien no ha oído la respuesta. Violante habla muy flojo. No tiene claro si puede preguntarle si era ella quien llamaba por teléfono estas últimas semanas. Seguro que sí. No osaba hablar, entre la timidez y que le cuesta... No es que pretendiese asustarla, como ella había supuesto. Le daba miedo, volver le daba miedo. A pesar de los muchos años transcurridos. No sería raro, eso sí que no sería del todo raro. Ese piso le daba miedo, a su hija.

Violante ha ido hasta la cocina, pero no se ha atrevido a entrar. Ha notado un olor dulce, antiguo, familiar, desagradable. Lo ha evocado. Ya no tose. Prescinde del agua. Mirando con temor hacia el pasillo, se ha fijado en la rendija de luz que sale de una habitación con la puerta entornada. Se ha acercado. Ha empujado la puerta, que ha maullado. Ha descubierto la despensa que construyó su padre, una especie de armario empotrado que no conocía, que no recordaba. Ha entrado en ese espacio con precaución. Dentro ha visto unos paquetes, cinco cuadros envueltos en papel de estraza, desgarrado, tanto el papel como parece que alguna de las telas. Hay un pequeño mueble de despacho con los cajones sacados; dos de los cuatro, rotos. Por el suelo, restos de papel de estraza, astillas de madera, documentos viejos, algunas fotos, cajitas de cartón, otras de terciopelo, todo pisoteado...

En un rincón, sobre las baldosas, la ha visto. Medio cubierta, bajo la estantería casi totalmente vacía que ocupa la pared del fondo de esa extraña habitación. Ahí está.

Y se le han ido oscureciendo los márgenes del campo visual.

Hasta que una bomba de la lucidez le ha explotado en la cara.

Artur lleva un paquete envuelto con papel de regalo, llamativo. Son los bombones que finalmente ha comprado. Hace un buen rato que ronda por la zona donde vive la vieja, pero no se decide a visitarla. La idea es tratar de convencerla como sea. Como sea. Ya ha bebido un par de cervezas.

El hecho de que Gisela esté en casa, aunque sea por pocos días, porque la reconciliación aparente, deduce Artur, significa que pronto volverá a Ginebra, le ha quitado empuje y determinación. El camino más sencillo, y más sensato, del préstamo fraternal lo seduce. Debe volver a buscar trabajo y cruzar los dedos para que la vieja se muera pronto. No, él no es un asesino. No puede matar a cambio de un piso. Dos cervezas no lo pueden convertir en valiente. Ni lo pueden volver loco. ¿Y si toma una tercera?

Cuando llega a un semáforo, Artur tiene delante un Mercedes de color blanco, nuevo y elegante. Parado a la espera de la luz verde. Lo conduce Álvaro. La información tarda en llegar al área adecuada del cerebro de Artur, ocupado con las preocupaciones morales de un aprendiz de asesino. No han coincidido nunca más desde aquella tarde en el bar, cuando él estaba cabreado y desesperado, como ahora, y Álvaro se limitó a pedirle que no lo llamara más y se negó a dejarle ni un euro. La primera reacción de Artur, a quien la imagen de Álvaro, antes que esa última conversación, le evoca las muchas juergas compartidas durante años, es de alegría y, sin pensarlo, avanza un paso y golpea la ventanilla del coche, cerrada para optimizar el aire acondicionado. «¡Eh, Álvaro!»... Y sonrío al interior del coche. El interpelado mira a Artur y pone cara de susto, como cualquiera a quien golpean el cristal de la ventanilla de manera repentina. Acelera dos segundos antes de que cambie a verde. Artur se concede que quizá no lo ha reconocido. O sí, y por eso ha acelerado. No importa. Hijoputa. Algo le provoca una especie de gusanillo mental, el típico detalle que se les escapa a los investigadores de las películas y que, cuando al final lo recuerdan o interpretan como es debido, les sirve para resolver el caso.

Pero Artur no vive en un telefilme.

¡Hostia, que no! Está casi seguro de que ha visto a Judit, la mujer de Álvaro, en el asiento del copiloto, y que detrás del conductor iba Bladé, ¡el hijo de la gran puta de Quique Bladé! El cabrón que le ha arruinado la vida, que le estafó, que está matando a su madre a disgustos. ¡¡¡Hijoputa!!!

Empieza a correr, persiguiendo al coche. En el próximo semáforo los pillarán. Los matará. Tres calles más allá, el Mercedes ya ha desaparecido a ojos de Artur, se ha camuflado aprovechando el tráfico de la ciudad, le han dado esquinazo. Mierda, mierda, mierda. Mierda. Desorientado, girando sobre sí mismo todavía buscando ya no sabe qué, un asa del jarrón de la cordura, cada vez más resquebrajado, Artur desiste. Está cansado por el esfuerzo. Y por la situación sostenida de los últimos años. Verlos juntos ha sido... Estalla, colérico. Patea un árbol. Está tentado de reventar contra la acera la caja de bombones. Gotas de sudor le descienden por la frente y las sienas. En las mejillas se mezclan con algunos lagrimones de rabia, escasos, espesos.

Intenta situarse, tratando de aminorar la respiración apresurada. Está a cien metros de la finca donde vive la vieja. Ahora sí que va. Ya te digo. Y se la carga. Por sus cojones que la mata. Y vende el piso. Y dedica hasta el último céntimo, si es necesario, a localizar, secuestrar y torturar a Bladé, a Álvaro, a su mujer, a sus hijos y a la reputa que los parió a todos por el culo.

Agarra fuerte la caja de los bombones mareados y entra en la portería con paso seguro.

Francesca se nota dolorida y fatigada, y además empieza a inquietarla que Violante tarde tanto. ¿Qué estará haciendo? ¿Qué le ha podido pasar? Decide moverse para averiguarlo. Cuando

apenas se gira para ver cómo está situada la silla de ruedas, choca con la imagen de la vieja máscara antigás, a un palmo de su cara. Primero suelta un grito, por el susto. Después se queda muda, por el pánico.

—Fuiste... fuiste tú, ma... má —la acusa Violante, con la voz ahogada que sale del filtro de la careta de goma medio podrida que lleva puesta.

—¿El qué, hija? —Le ha costado mucho trenzar una voz lo bastante audible, aún más con el zumbido constante de la calle a esas horas; el esfuerzo le ha quitado la oportunidad de decir algo más ocurrente o, al menos, conseguir sonar más convincente.

—¡Tú! Tú er... eras... eras el mons... monstruuu... ooo.

—¿De qué hablas? ¿Qué haces con eso puesto? ¿De dónde lo has sacado? —Recupera un mínimo control, pero ahora interpreta el presentimiento en toda su complejidad.

El pasado ha vuelto para saldar cuentas a través de su hija... tarada.

Francesca, muy debilitada por el cansancio y el miedo, intenta dejarse caer sobre la silla, pero su hija actúa deprisa. Se agacha, se abraza a las piernas de su madre y la impulsa por encima de la barandilla. Antes de oír el primer grito de un transeúnte, entra en el piso mientras se quita con dificultad la careta, se golpea ligeramente con la gran mesa y tumba dos sillas. Avanza por el pasillo con mucha más agilidad que cuando ha llegado, hace apenas quince minutos. Abre la puerta y sale al rellano. Comienza a bajar la escalera mientras mete la máscara pegajosa en el bolso de piel negra que lleva colgado en bandolera. Se cruza con un hombre que sube rápido, con un paquete de regalo. Cuando llega a la calle, dos mujeres y un hombre ya atienden a un cuerpo inerte tumbado sobre las baldosas de la acera.

Artur ha pasado de largo de la portería, sin mirar. Empieza a subir los escalones de dos en dos. Se cruza con una vieja y evita que le vea la cara. Llega al principal y, cuando quiere llamar al timbre, ve que la puerta está abierta. Entra sin pensarlo, empujado por la furia colateral que le ha insuflado ver a Álvaro y a Quique Bladé juntos. «¿Señora Francesca? ¿Señora Francesca? ¡¿Dónde está?!» Algo no marcha, pero tiene tantas pulsiones peleándose dentro de la cabeza que no es capaz de leer y descifrar las señales que le indican: «¡Lárgate!»... Afloja el paso. «¿Señora Francesca? Tiene la puerta abierta... Soy Artur. ¿Hay alguien? ¿Hola?» Ha perdido buena parte del empuje. La rabia ya solo está morcillona. Va revisando el piso con breves vistazos a medida que avanza. Antes de llegar al salón, se dice que los viejos ya lo hacen, dejárselo todo abierto: las puertas, las luces, el gas, las braguetas... «¿Hola? ¿Señora Francesca?» Nadie responde. No parece normal, pero puede que no pase nada, tal vez tiene una explicación banal y razonable. El balcón también está abierto. Se acerca. Hay dos sillas en el suelo del salón. Cuando pasa por el lado, las endereza de manera irreflexiva. Sigue andando y ve la silla de ruedas. Vacía. Encarada al exterior. Eso seguro que, de normal, no tiene nada. ¿Qué coño ha pasado? Sale al balcón y mira abajo. Un corro de personas rodean un cuerpo raquítrico, un títere desmadrado, tendido sobre la acera, quizá algo manchada de sangre, o son sombras del atardecer. Un dedo índice, primero, y de inmediato otros que se suman, siguiendo un macabro efecto dominó, señalan a Artur. Acusan a Artur. Se oyen sirenas aproximándose. Policía y ambulancia. Y los índices y las voces le apuntan. Incluso algún móvil. Artur abandona el balcón, atraviesa el pasillo como una bala de francotirador, se escapa del piso, salta enteros cada uno de los seis tramos de escalones de mármol blanco y, cuando está a tres metros de la puerta de la calle, cuando está a tres metros de iniciar una carrera hacia donde sea, hasta que el cansancio le reviente las piernas, los pulmones y la cabeza, ve a dos mossos que entran en el edificio. Se detiene en seco y se abraza a la caja de

bombones. Un dulce y colorido burladero. Los latidos amenazan con deformar el paquete. Pasa junto a los policías, como si nada. Acaba de asir el pomo de la pesada puerta de hierro y cristal, cuando oye: «Un momento. ¿Usted vive aquí?»; «Nno». Y sale a la calle sin mirarlos. Las piernas le tiemblan de incredulidad. Oye las voces, pero les da la espalda y se encara hacia la libertad, al menos hacia la fuga. Ahora sí que vive en una película, en el final de *El expreso de medianoche*.

No, Artur no vive en ninguna película. Y menos con final feliz. En la calle hay más policías y también la multitud de buenos ciudadanos de mierda que empiezan a señalarlo, como si hicieran turnos: «¡Es él, es el que estaba en el balcón!».

—¡Alto, policía!

—¡No he hecho nada, lo juro! —solloza Artur, levantando tímidamente las manos, sin soltar los bombones.

—¿Qué lleva ahí? —pide un mosso, mientras empuña la pistola, sin desenfundarla.

—Bombones, son bombones. ¿Qui... quiere uno?

Veintiséis días después

Artur no viste un mono de cuerpo entero de color naranja. Tampoco lleva grilletes en los tobillos, ni las muñecas esposadas y atadas a la cintura. No está en el corredor de la muerte, porque aquí ya no hay pena de muerte. Y todavía no ha sido ni juzgado. Sigue sin vivir en un telefilme. Viste de calle, ropa cómoda y limpia que le ha traído Gisela en visitas anteriores. De momento solo está confinado en régimen de prisión preventiva, en la Modelo, acusado de intento de asesinato; de asesinato y no de homicidio, porque todo apunta a la premeditación. Y tiene un gran móvil: conseguir el piso tras la muerte de la señora Puigmajor. Al fiscal no le pasó por alto.

Artur y Gisela conversan desde hace pocos minutos, mientras esperan al abogado del gabinete que ella contrató pocas horas después de que Artur fuera detenido y acusado formalmente. Hablan por un intercomunicador, como si lo hicieran por teléfono, aunque se pueden ver a través de la plancha de metacrilato rallado y sucio que los separa.

—¿Ninguna novedad de mamá?

—No, todavía no...

—¿La policía no ha encontrado nada de nada? ¿Ninguna pista?

—No. Nada de nada. Ni en los hospitales saben nada.

—¿Y no te han pedido que identifiques cadáveres anónimos?

—¡No seas morbosos! ¿Por qué debería estar muerta?

—Mujer, casi un mes es mucho tiempo... ¿Cuánto dinero te cogió?

—No llega a doscientos euros.

—Con eso no ha podido ir muy lejos.

—Precisamente hace un rato, mientras esperaba para entrar, se me ha ocurrido algo. ¿Y si se fue a San Sebastián?

—¿A hacer qué?

—No lo sé, a ver a sus hermanas...

—No se habla con ellas.

—Estas cosas a veces pueden cambiar. Fíjate en nosotros...

—Sí, tal vez tengas razón... Cada vez está más desorientada, pero se niega a visitar a un neurólogo... —Se encoge de hombros y frunce los labios—. Y todo por mi culpa. —No puede evitar una súbita humedad en los ojos.

—No digas tonterías. ¿Culpa tuya? ¿A santo de qué?

—No debería haber pasado por lo que ha pasado.

—Mucha gente no tiene dinero; es una putada, sí, pero no vuelve loco. O no a todo el mundo.

—Pero mamá, toda la vida tan señora... Y se vio pobre de un día para otro, ¡por culpa de un hijo imbécil!

—Va, cállate un rato, ¿quieres?

Se buscan los ojos, pero no se aguantan la mirada. Ella observa el entorno con aparente curiosidad, pero sin fijar la vista en ninguna parte, como si siguiera el vuelo de un insecto. La prisión ya tiene fecha de caducidad, de cierre. Aunque las paredes desconchadas y mugrientas llevan así muchos años. Vuelve a mirar a su hermano. Artur, tal como ha tenido la tentación de hacer en otras visitas, pondría una mano abierta contra la plancha de metacrilato esperando que Gisela hiciera coincidir una de sus manos, dedo a dedo, aunque son más pequeñas. Se siente ridículo solo de pensarlo. Cada vez que lo piensa.

—¿Aquí estás bien?

—Voy tirando —miente.

—Si necesitas algo...

—Sí, salir... —se le ha escapado, como la humedad abundante de los ojos, que amenaza con convertirse en lágrimas.

—Artur, Artur..., me sabe tan mal —solloza Gisela. Artur cuelga la mirada en el techo y se aleja el auricular de la oreja; toma aire ensanchando mucho el pecho, tres veces, con los ojos cerrados. No quiere llorar. Esta vez no—. Es tan deprimente, vista desde la calle... Y donde estamos ahora, es tan triste todo esto, tanto, que no quiero imaginar cómo tienes que estar dentro, rodeado de... —susurra al aparato—, rodeado de hombres con los que no tienes nada que ver.

—Gisela, tienes que sacarme —suplica, también con poco más que un cuchicheo.

—Lo haré.

Ambos callan porque ambos tienen la garganta atascada de mucosidad, de lágrimas retenidas. Artur toma un desvío fácil para huir de la intensidad emocional.

—¿Y Fazio?

—Ha vuelto a Ginebra.

—No te ha pegado más, ¿verdad?

—¡No! Le diste tanto miedo que no se atrevería —se mofa Gisela.

—Pero ¿estáis mejor?

—No lo sé... De hecho, no. Cuando pueda volver a Ginebra, creo que le pediré el divorcio.

—¿Por qué?

—¡Porque ahora no puedo irme! Entre tú y mamá, estoy bien pillada —intenta sonar frívola, siguiendo la vía abierta por su hermano, aunque sus ojos muestran una carga inequívoca de preocupación.

—Me refiero a por qué quieres el divorcio.

—Ah, eso... No sé, hay cosas que han cambiado desde que nos conocimos. Muchas. Por su parte y también por la mía —sonríe, quitándole importancia—. Tampoco esperaba llegar a

viejecita a su lado.

—Pero te prometió que dejaría de beber, ¿no?

—Sí, eso sí.

—Si ahora lo abandonas, lo empujarás a la bebida.

—Sí, quizá sí. Pero... ¿quieres que te sea sincera? Me he dado cuenta de que no sé si es responsabilidad mía, ¿sabes? Con estos chantajes es muy difícil mantener una pareja, ya no estable, ¡ni siquiera viva!

—Eso también es cierto.

—No me da miedo estar sola.

—Pequeñita pero guapa, buen trabajo, con carácter independiente... No te costará nada encontrar recambio.

—Caramba, gracias. —Sonríen.

—Muy pasional... y muy saltarina.

—Calla, burro, ¡no me lo recuerdes! —Se pone la mano izquierda en la frente y consigue cubrirse todo el rostro mirando hacia su vientre, riendo, aunque se ha sonrojado; nuevo cambio de sendero dialéctico—: Por cierto, ahora que caigo... ¿Quién era aquella chica con la que coincidí la semana pasada? Cuando me marché, ¿recuerdas?

—¿Quién?

—Venga, hombre, ya sabes de quién hablo. Aquella gordita. ¿O pretendes que me crea que cada sábado te visitan tantas mujeres que ni recuerdas sus nombres? —Los dos vuelven a reír, un poco.

—Se llama Lourdes.

—Creía que no tenías novia.

—Y no la tengo... Es una buena chica, una amiga de cuando trabajé para Albert Baena. ¿Te acuerdas de él?

—Me suena, pero poco.

—Me hicieron una putada, se inventaron que había robado, para echarme.

—Sí, eso me lo contaste.

—Ella me creyó.

—Menos mal que siempre hay alguien que te cree.

—Sí...

Se callan, de nuevo incomodados por la incertidumbre de la situación en que se encuentra Artur. Gisela mira la hora en el reloj de pulsera y resopla levantando ambas cejas: «El abogado no llega», da a entender.

—Aunque dudas de si fui yo, ¿no? —ataca, con más certeza amarga que reproche indignado.

—No, Artur, yo te creo. —Y parece sincera.

—¿Y que vi al hijoputa de Álvaro con el Bladé? ¡Juntos!

—Eso ya me cuesta más, pero me gustaría que fuera verdad... Ya lo comprobaremos, de una u otra forma. Según el abogado, por vía legal es complicado, porque no puedes demostrar nada. O poco.

—Lo sé, lo sé...

—Pero ya buscaremos la manera.

—Si salgo de esta, que se preparen.

—¡Tranquilo, Chuck Norris, tranquilo! Primero tenemos que solucionar este follón, que no será fácil.

—Lo sé, lo sé...

—Y luego atacaremos el tema de la estafa... Sería muy fuerte que estuvieran compinchados, ¿eh?

—No te puedes fiar de nadie.

—Si no es uno de los diez mandamientos, debería serlo.

—Ah, y tenemos que encontrar a mamá.

—Sí, eso también.

—Eso primero.

—Naturalmente.

Vuelven a callar.

Llega el abogado. Antes de saludar y sentarse ya está hurgando en el portafolios.

—Perdonad el retraso... El tráfico. Aparcar...

—¿Hay algo nuevo, Miguel? —pide Gisela, también sin saludar.

—Más o menos... La señora Puigmajor continúa estable dentro de la gravedad. Si no muere, la pena será mucho menor y, sin antecedentes y con buena conducta, saldrás en pocos años —le explica a Artur a través del auricular, que Gisela aguanta contra la oreja derecha del abogado mientras él revuelve papeles con ambas manos.

—¿Pocos años? ¡Y una mierda, pocos años! ¿Tú me has escuchado alguna vez? —Suelta un puñetazo, finalmente muy contenido, contra la plancha de metacrilato—. ¡Yo no la empujé, joder! Cuando llegué al piso, ella ya estaba en la acera. Cuando pueda hablar lo dirá, dirá que no fui yo. ¡¿Qué te juegas?!

—Ha recuperado la conciencia, ha salido del coma —añade el abogado para no tener que responder a Artur y evitar terminar a gritos, como en visitas anteriores.

—¿Y por qué no lo has dicho? —exige Artur.

—Lo hago ahora —responde en tono borde, mientras reúne los papeles que quiere pasarle a Artur.

—Entonces, muy pronto podrá explicar si se quiso suicidar... —interviene Gisela.

—Os he dicho mil veces que me crucé con una vieja y seguro que salía de su casa.

—... o se cayó o lo que sea que pasó, ¿no? —continúa Gisela, ignorando a su hermano.

—Esperemos que sí. De momento no nos dejan hablar con ella.

—¿Quién? ¡¿Quién no te deja?! —estalla Artur de nuevo. Un funcionario de prisiones le advierte que no vuelva a levantar la voz.

—Los médicos, no nos dejan. Y la policía también nos tiene que autorizar. Primero van ellos...

—¿Y no se puede presionar? —pregunta Gisela.

—Sí, eso estamos intentando.

—Si ella cuenta cualquier cosa que demuestre la inocencia de Artur, ¿cuánto tardará en quedar libre?

—Eso sería un proceso rápido, unas horas, pero no nos adelantemos a los acontecimientos,

por favor, vayamos paso a paso. —Pone unos documentos sobre la mínima repisa y añade un boli Bic—. De momento te traigo los formularios para solicitar la provisional. Me los tienes que firmar y...

—También me dijiste que hay otra posibilidad —corta Artur—, que detengan a quien lo hizo, a quien la empujó, ¿verdad?

—Una posibilidad remota, muy remota, porque no lo están buscando —admite el abogado.

—¡Me cago en Diós y en mi puta suerte! —exclama Artur, y de inmediato se gira hacia el funcionario de prisiones y le pide disculpas.

—Tú no crees que fue un accidente o un «no puedo más», ¿verdad? —le plantea Gisela a su hermano, tras cogerle el auricular al abogado.

—No, no... Seguro que no. Esa mujer no es de las que se suicidan. No la conozco, pero incluso por teléfono se notaba que tenía un par de cojones. Es de las que espera a que las echen, no de las que se rinden y se van... Y, joder, la puerta estaba abierta, y me crucé con aquella vieja. Si la vieja no os cuadra, la puerta abierta es una evidencia de algo. ¿O no?

—¿Y si, no sé, tenía un cáncer muy doloroso? —añade ella.

—Su salud, según los médicos, era estupenda, dentro de unos límites amplios —afirma el abogado.

—Era, dices *era*... Tanto tiempo deseando que se muriera y ahora espero que sobreviva. Prefiero seguir siendo pobre pero libre.

—Artur, Miguel dice *era* porque ahora está hecha una chapuza. Pero viva. Y pronto hablará, ¿lo oyes?

—Eso, la esperanza es lo último que debemos perder —declama el abogado con un exceso de teatralidad.

—Ding-dong, llegó la hora del tópico —protesta Artur, y añade para Gisela—: ¿Seguro que es el mejor abogado que has podido contratar?

—¿Seguro que no quieres que te acompañe?

—No. Cuando el tren llegue a Barcelona cogeré un taxi para ir a casa. Es fácil... Esto... Irene.

Ese pequeño lapsus, acompañado de un breve regreso a la mirada vacía que hace semanas que pretenden llenar de sentido, de cordura, dispara las alarmas de la hermana de Vicky.

—Mientras no te apees a medio camino... Quizá habría sido mejor que volvieras en avión, así seguro que no podrías saltar en marcha —bromea Irene, algo insegura.

—En avión, sí, en avión... No he ido nunca. ¿Y tú?

—Sí, Vicky, sí que has ido —se le escapa, con el tono de falsa paciencia que ha desgastado estas semanas—, incluso volamos una vez juntas, hasta Madrid, ¿no te acuerdas?

—Ah... sí, sí... —No engañaría ni a un pez.

Las dos hermanas se están despidiendo en la estación del Norte, en San Sebastián. Hablan en castellano, nunca han podido utilizar el vasco con soltura. Hace cinco semanas, un vecino del palacete de Oiartzun vio luces dentro, de noche. Se acercó con la escopeta de caza. Esperaba pillar a unos ladrones de tuberías, de madera, azulejos, de muebles, tan abundantes desde hace unos años, que incluso asaltan los cementerios para robar cruces y figuras de cobre, de bronce, de hierro..., pero vio a Vicky en plena crisis, medio desnuda, sucia, hambrienta y con evidentes síntomas de desorientación, eufemismo de alienación severa. Llamó a Irene, que, acompañada de su marido, enseguida fue a rescatar a su hermana. Y desde entonces han estado juntas. Según la

misma Vicky, está sola en el mundo, y por eso no pueden llamar a nadie. Sin embargo, durante los primeros diez días, Irene llamó cinco o seis veces al número fijo del piso de Les Corts —no tenía, ni tiene, el móvil de ninguno de sus dos sobrinos—, pero nadie respondió y terminó por pensar que su hermana quizá decía la verdad.

Le da pena dejarla sola, pero su marido, que no ha soportado nunca a su cuñada, hace tres días le puso un ultimátum del tipo «o Vicky o yo». Irene podía ignorar la amenaza, pero la utilizó para cavar una trinchera moral y ponerse a salvo del fuego cruzado entre la responsabilidad de cuidar a su hermana y la necesidad de evitar discusiones con su marido. Cansa, estar con Vicky tal como está, y aún más porque altera el orden natural de su vida. La suerte fue que Vicky, justamente anteayer, insistió en que tenía que regresar a Barcelona, que estaba bien, que quería volver. Y ahora la está facturando en un tren.

—Irene...

—Dime, chata.

—El palacete se muere, como nosotros haremos pronto. Si me hubierais dejado reformarlo, yo estaría bien y el de Oiartzun sería un hotel esplendoroso, vivo, y también lo estarían papá y mamá y mi Ernest.

La megafonía avisando de que el tren está a punto de partir ahorra a Irene responder a una acusación que estos días ha sido reiterativa. Abraza a su hermana y le cuesta deshacer el lazo físico y el simbólico. Finalmente se separa y espera hasta que entra en el vagón, busca la butaca que le corresponde, se sienta y le dice adiós a través de la ventana. No tiene equipaje, ni memoria, vive al día. Y eso es lo que entristece más a Irene, darse cuenta del perverso movimiento de retorno del péndulo vital que afecta a Vicky. Su hermana pequeña ha iniciado el tramo final que muchos se ven obligados a recorrer. Terminará dependiendo de terceros, como un bebé: no sabrá o no recordará mucho, tendrá la psicomotricidad cada vez más limitada, será un peligro potencial para ella y para los demás, volverá a necesitar pañales...

Sabe que pasará siete u ocho horas fatal, esperando a que Vicky la llame, una vez en casa, tal como le ha prometido. ¿Y si no lo hace? ¿Y si se le olvida? ¿Y si no llega nunca?

La mira desde el andén. Vicky no le corresponde. El vacío de la mirada ya se la ha tragado, incluso antes de que el tren se ponga en marcha.

No, no puede dejarla sola.

Sube al tren. Ya comprará un billete al revisor o pagará la multa que corresponda. Saca el móvil mientras se dirige hacia donde se ha sentado su hermana, que la ve acercarse y no reacciona de ninguna manera.

—Ibai, soy yo. Oye, que al final acompaño a mi hermana a Barcelona. Sí, volveré, claro que volveré, ¡no seas bobo! Es que esperando a que llame lo pasaré fatal, y no quiero. Además, tal vez averiguaré algo de mis sobrinos... Hombre, dos o tres días sí que los pasaré... ¿Qué dices? ¡¿Y yo qué sé qué cenarás?! Baja al bar. Ahora querrás que me crea que no te gusta... Ay, si sin mí estarás como un rey. Tengo que dejarte, que nos ponemos en marcha, *agur*, Ibai, *agur*... Sííí, pesado, te llamo en cuanto pueda.

Cuando cuelga, da los pocos pasos que la separan de donde está Vicky, mientras guarda el teléfono dentro del bolso.

—¡Vicky, cuánto tiempo sin vernos! ¿Cómo estás? —Y ocupa el asiento libre que hay frente a su hermana, porque en el de su lado ya hay una chica.

—Bien, yo estoy bien...

—¿Sabes quién soy? —le pregunta alarmada.

—Sí..., claro...

—Soy Irene, Vicky, soy Irene.

—Ya sé quién eres. ¡¿Te crees que soy idiota?! —Y se gira hacia la ventana, ofendida.

Irene, disimuladamente, se persigna mientras da gracias a Dios por haber cedido al impulso de no dejar sola a su hermana.

En la UCI del hospital de Sant Pau, Francesca pasa cada vez más ratos despierta. Todavía no habla con claridad ni coherencia, en las últimas horas solo palabras básicas para hacerse entender, pero ya identifica algo el entorno, según el ánimo con que se despierta. No lo sabe, pero ahora no podría desplazarse si no es con silla de ruedas. No sería opcional, sería imprescindible. Si vuelve a casa. La fuerza con que la lanzó Violante por encima de la barandilla del balcón fue suficiente para que diera un giro de trescientos sesenta grados en el aire antes de golpear contra la acera con los pies, como un gato de alambre y porcelana que agotara la sexta vida. Tiene ambas piernas destrozadas, treinta y siete fracturas en total, aparte de la cadera derecha totalmente hundida y con la prótesis incrustada, seis costillas rotas, también el húmero derecho, y un coágulo intracraneal, el cual, dentro de la gravedad general, es lo que preocupa a los médicos que la atienden. Le han extraído dos veces líquido de los pulmones y tiene el riñón derecho muy afectado. Se han limitado a mantenerla viva porque, con la edad que tiene, el largo viacrucis de intervenciones a las que debería someterla es descabellado y ningún facultativo se lo ha llegado a plantear.

Pero tiene el corazón fuerte.

Y toda la dentadura.

Dentro de un vaso de agua, sobre la mesita de noche.

Francesca ha intentado levantar la sábana con la mano derecha. No responde. Lo prueba con la izquierda. Quiere adivinar qué aspecto tiene su cuerpo. ¿Qué hace ahí, tan limitada de movimientos? No ha podido, la fina tela pesa demasiado. Le ha preguntado a una enfermera qué ha pasado, pero solo le ha explicado que ha tenido un accidente. «¿De qué tipo?», ha insistido con una dicción de encías relucientes y atravesada por silbidos involuntarios. La enfermera ha disparado diversas evasivas de manual, profesional como un crupier de casino repartiendo naipes.

Poco a poco, Francesca ha ido recordando algo. La primera imagen, cuando salió del coma hace dos días, fue la de una máscara antigás. Ha logrado asociar que era suya, hace muchos años, pero no por qué la tiene tan presente.

Pensar la agota. Y se duerme.

Abre los ojos con esfuerzo, los tiene pegados de legañas. Entra una anciana. No la conoce. No lleva uniforme de enfermera. Lleva un vestido de flores. Y un gran bolso de piel negra en bandolera. Le dice algo que Francesca no entiende. No logra oír nada. La mujer mira a ambos lados. A todas partes. Francesca intuye una actitud furtiva. Los párpados tienen un elefante sentado encima. Es imposible mantener los ojos abiertos. Se duerme.

Abre los ojos. Tiene la cabeza llena de una sensación: la mujer del vestido de flores y el pelo rubio andrajoso. Quizá la ha soñado. No sabe si ha dormido mucho tiempo. ¿Minutos? ¿Horas? ¿Días? Oye, como si tuviera las orejas tapadas con la almohada, el ruido de abrir y cerrar

cajones. La mujer sigue ahí. O vuelve a estar ahí. Quizá es una doctora. Sin bata. Le muestra unas llaves con expresión satisfecha, las balancea ante su cara. Francesca cierra los ojos obedeciendo un reflejo. Ya no los puede volver a abrir. Se duerme.

«Cesca, despierta. Tienes que hacer un esfuerzo, otro», se dice desde un rincón profundo de la semiconsciencia.

«¡Cesca!»

Abre los ojos. Busca a la mujer. Lástima, sigue ahí. Ve cómo coge algo de dentro del bolso. Parece que se ríe mientras saca una máscara antigás estirándola despacio, como sacaría a un bebé del interior de su madre, con una elasticidad húmeda.

Francesca recuerda quién es: su hija Violante.

Eso le permite recuperar grandes fragmentos de su vida, enormes piezas de un rompecabezas que encajan con holgura y forman un paisaje yermo que anuncia lo que está a punto de pasar.

Violante, nunca más Violeta, se pone la máscara, con boquetes recientes porque la goma se desmenuza de tan añeja y podrida, y se acerca a Francesca, que intenta pulsar el botón para avisar a la enfermera. Está lejos de su alcance. Violante ha tenido tiempo de prever detalles como ese.

Francesca recupera su vida, entera y nítida, cien años de historia, ahora sí, completos, en bloque. No sabe cuánto tiempo lleva en esa cama. Quizá ya haya pasado el 25 de septiembre y no pudo soplar las velas. Ciento cinco. Demasiadas. Los amigos del club deben de estar muy preocupados por ella. Lo querían celebrar con una gran fiesta.

Dicen que antes de morir ves pasar la vida entera a toda velocidad. Pues Francesca va eligiendo los recuerdos, con calma. Tiene tantos que no los podría ver todos ni alargando el instante de la muerte un minuto, una hora, mil años. Y eso que solo piensa en revivir los buenos momentos.

Su hija inyecta alguna sustancia en la bolsa de suero que cuelga cerca de la cama. Francesca resigue el tubito hasta su brazo izquierdo. Violante repite la operación, ahora con otra jeringa. Y aún con una tercera. A pesar de que los cristales de las mirillas de la máscara están sucios, le parece apreciar unos ojos iluminados de felicidad. Violante acerca las manos a la cara de su madre. Francesca sabe que le tapaná la nariz y la boca, y lo aprovecha para deleitarse con el recuerdo del momento en que gaseó a su marido. Si un orgasmo es como una pequeña muerte, aquella muerte fue la madre de todos los orgasmos. Sonríe, solo levemente porque los músculos faciales no responden lo suficiente. Por dentro, se troncha de risa. Violante se acerca al rostro de su madre, busca el terror dentro de aquellos ojos, se le acerca hasta obligarla a embriagarse con el tufo de goma de la careta. No puede ser, en esa mirada solo encuentra lo que considera una expresión de burla. Ahora verá. Se arranca la máscara y se la pone a Francesca, con torpeza y brusquedad. Ajusta las cinchas con cólera.

Observa en una pantalla las constantes de su madre, cada vez más bajas, más débiles. Está ansiosa esperando que el bip bip bip bip intermitente se transforme en un biiiiip continuo.

Francesca empieza a colapsarse. El cuerpo se le electriza. La recorren espasmos. Le fastidia morir dentro de esa careta. Nota cómo le cae la baba. A saber qué le ha inyectado.

Violante resopla, aburrida. Consulta el reloj de pulsera.

A través de los cristales empañados de la máscara, Francesca ve cómo su hija se dirige hacia la puerta de la habitación y mira afuera, con precaución. Habrá oído algo.

Y ella tose. Se ahoga. Le sube a la boca un sabor agrio, sospecha que definitivo.

Busca desesperadamente un último recuerdo: un tango, una nubecilla de vapor escapando de una alcantarilla de Nueva York, el aroma de un *croissant* de mantequilla recién horneado, el sol de tarde filtrándose entre los plátanos frondosos en una calle del Eixample, una limonada en un vaso con flores pintadas a mano, el mar...

Parece mentira que, después de vivir tantos años, sea tan importante la última imagen, el último pensamiento.

Cuando el monitor por fin empieza a emitir el pitido continuo, Violante dedica a su madre una peineta enérgica rubricada con un lengüetazo sardónico.

Y Francesca se lo lleva ahí donde sea.

Es el último instante. El soplido que apaga la vela.

Lástima que no haya cerrado los ojos a tiempo, tanto que le costaba mantenerlos abiertos hace solo un rato.

Quizá es que el final final no se elige.

Te toca.

Eso parece.

Dos inspectores de los Mossos de Esquadra llegan al hospital ante la insistencia del abogado que representa a Artur. Si la señora Puigmajor está consciente, cuanto antes la puedan interrogar, antes se demostrará la inocencia de su cliente.

La señora Puigmajor, sin embargo, no volverá a hablar nunca más, ni cuando le quiten la máscara de goma maloliente que retiene su último aliento.

Es muy posible que los policías, o alguien del servicio médico, sospeche de aquella vieja que, ahora mismo, vaga por los pasillos silbando «El patio de mi casa» y jugando distraídamente con un manajo de llaves. Las llaves de un piso del Eixample que le habría correspondido heredar.